LIBRO dot.com



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

VOLUMEN PRIMERO

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

VOLUMEN PRIMERO

Capítulo primero

-Lord Angelo is precise;
Stands at a guard with envy;
Scarce confesses That his blood flows, or that his appetite
Is more to bread than stone.
SHAKESPEARE,
Medida por medida

Apenas llevaba sonando la campana del convento cinco mi-nutos, y ya se encontraba la iglesia de los capuchinos abarrotada de oyentes. No creáis que la multitud acudía movida por la devoción o el deseo de instruirse. A muy pocos les impulsaban tales motivos; en una ciudad como Madrid, donde reina la superstición con tan despótica pujanza, bus-car la devoción sincera habría sido empresa vana. El público congregado en la iglesia capuchina acudía por causas diversas, todas ellas ajenas al motivo ostensible. Las mujeres venían a exhibirse, y los hombres a ver a las mujeres; a algunos les atraía la curiosidad de escuchar a un orador afamado; a otros el no tener otro medio de matar el tiempo hasta que empezase el teatro; a otros, el habérseles asegurado que era imposible encontrar sitio en la iglesia; y la mitad de Madrid acudía allí esperando encontrarse con la otra mitad. Las únicas personas verdaderamente deseosas de oír al predicador eran unas cuantas viejas beatas y media doce-na de oradores rivales, dispuestos a encontrar defectos y a ridiculizar el discurso. En cuanto al resto del auditorio, de haberse suprimido totalmente el sermón, nadie se habría sentido defraudado, y muy probablemente ni habrían notado la omisión.

Fuera como fuese, lo cierto es que la iglesia capuchina jamás se había visto con una asistencia tan numerosa. Estaban llenos todos los rincones y ocupados todos los asientos. Incluso las imágenes que adornaban las largas naves habían sido utilizadas. Los chicos se habían encaramado en las alas de los querubines; San Francisco y San Marcos cargaban un espectador sobre los hombros; y Santa Águeda se vio en la necesidad de llevar dos. El resultado fue que, a pesar de toda su diligencia y premura, nuestras dos recién llegadas miraron inútilmente, al entrar en la iglesia, buscando algún sitio vacío.

Con todo, la más vieja siguió avanzando. En vano se elevaban de todas partes exclamaciones contra ella; en vano se le decía: «Os aseguro, señora, que aquí no hay sitio». « ¡Por favor, señora, no me empujéis de manera tan desconsiderada!» « ¡Señora, no podéis pasar por aquí! ¡Válgame Dios! ¡Qué pesada es la gente!»; la vieja, testaruda, seguía adelante. A fuerza de persistencia y de brazos robustos, se abrió paso a través de la multitud y logró hacerse sitio en el mismo centro de la iglesia, a no mucha distancia del púlpito. Su acompañante la había seguido con timidez y en

silencio, al amparo de los esfuerzos de su guía.
-¡Virgen Santa! -exclamó la vieja en tono de contrarie-dad, mientras lanzaba una mirada interrogativa a su alrededor-. ¡Virgen Santa! ¡Qué calor! ¡Qué gentío! Me pregunto a qué se deberá todo esto. Creo que debemos regresar: no hay ni una silla, y no parece que haya ninguna persona amable dispuesta a cedernos la suya.
Esta descarada indirecta atrajo la atención de dos caballeros que ocupaban sendos taburetes a la derecha y apoyaban la espalda contra la séptima columna a partir del púlpito. Los dos eran jóvenes e iban ricamente vestidos. Al oír esta apelación a su cortesía hecha por una voz femenina, interrumpieron su conversación para mirar a la que había hablado. Esta se había apartado el velo para otear mejor en torno suyo. Tenía el pelo rojizo y era bizca. Los caballeros se volvieron otra vez y reanudaron la charla.
-¡Por favor! -exclamó la compañera de la vieja-; ¡por favor, Leonela, regresemos a casa inmediatamente; hace demasiado calor, y me horroriza tanta gente!
Estas palabras fueron pronunciadas en un tono de inmensa dulzura. Los caballeros interrumpieron de nuevo su charla, pero esta vez no se contentaron con mirar: se enderezaron ostensiblemente en sus asientos y se volvieron hacia la que había hablado.
La voz provenía de una dama cuya figura delicada y elegante inspiró a los jóvenes la más viva curiosidad por ver qué rostro tenía. No pudieron satisfacerla. Un tupido velo ocultaba su semblante. Pero la pugna con la muchedumbre se lo había ladeado lo bastante como para dejar al descubierto un cuello que por su simetría y belleza podía rivalizar con el de la Venus de Médicis. Era de la más deslumbrante blancura, realzada por el encanto adicional de las ondas de largo y rubio cabello que descendía sinuoso hasta la cintura. De estatura más bien por debajo de la media, su figura era grácil y etérea como la de una ninfa. Tenía el pecho cuidadosamente velado. Su vestido era blanco, sujeto por un ceñidor azul, y permitía asomar un piececillo de las más delicadas proporciones. Un rosario de gruesas cuentas colgaba de su brazo, y ocultaba su rostro bajo un velo de tupido y negro cendal. Tal era la dama, a quien el más joven de los caballeros ofreció al punto su asiento, mientras el otro creyó necesario brindar la misma atención a la acompañante.
La vieja dama, con grandes muestras de gratitud, pero sin ningún embarazo, aceptó el ofrecimiento y se sentó; la joven siguió su ejemplo, aunque sin otro cumplido que una sencilla y graciosa reverencia. Don Lorenzo (que así se llamaba el caballero cuyo asiento había aceptado ella) se colocó a su lado; pero antes susurró unas palabras a su amigo al oído, quien inmediatamente captó la intención y se dispuso a distraer la atención de la vieja de su hermosa custodia.
-Sin duda hace poco que habéis llegado a Madrid -dijo Lorenzo a su bella vecina-; es imposible que tales prendas hayan pasado inadvertidas tanto tiempo; y de no ser ésta vuestra primera aparición en público, la envidia de las mujeres y la adoración de los hombres os habrían hecho ya suficientemente notable.
Guardó silencio esperando una respuesta. Como sus palabras no la requerían, la dama no despegó los labios. Tras unos momentos, reanudó su discurso:
-¿Me equivoco al suponer que no sois de Madrid?
La dama vaciló; finalmente, en una voz tan queda que apenas era audible, consiguió decir:
-No, señor.
-¿Pensáis quedaros bastante tiempo?

-Sí, señor.
-Me consideraría afortunado si pudiese contribuir a hacer agradable vuestra estancia. Soy muy conocido en Madrid, y mi familia posee cierta influencia en la corte. Si puedo seros de algún servicio, no podríais honrarme ni complacerme más que permitiéndome serviros.
«Sin duda -se dijo para sus adentros-, no podrá ya con-testarme con un monosílabo; ahora tendrá que decir algo.»
Lorenzo se equivocó, pues la dama contestó tan sólo con un asentimiento de cabeza.
Hasta ahora, había descubierto que su vecina no era muy comunicativa; pero no sabía si su mutismo se debía a orgullo, discreción, timidez o estupidez.
Tras una pausa de unos minutos, dijo:
-Sin duda se debe a que sois forastera, y no estáis familiarizada con nuestras costumbres, el que sigáis llevando ese velo. Permitidme que os lo retire.
Al mismo tiempo, avanzó la mano hacia el velo: la dama alzó la suya para impedírselo.
-Nunca me quito el velo en público, señor.
-¿Qué mal hay en ello, dime? -terció su acompañante con cierta aspereza-; ¿no ves que las otras damas se han quitado todas el velo, sin duda para honrar el santo lugar en el que estamos? ¡Yo me he quitado ya el mío; y si expongo mi rostro a la observación general, no tienes motivo tú para sentirte tan prodigiosamente alarmada! ¡Virgen María! ¡Cuánto embarazo y tribulación por una carita! ¡Vamos, vamos, criatura! Descúbrela; te aseguro que nadie te la robará.
-Querida tía, ésa no es la costumbre en Murcia.
-¡En Murcia, no! ¡Santa Bárbara bendita! ¿Pero eso qué significa? No haces más que recordarme esa detestable provincia. Lo único que nos importa es si es costumbre en Madrid, así que es mi deseo que te quites el velo inmediatamente. Obedéceme al punto, Antonia, pues sabes que no soporto que me contradigan.
La sobrina se quedó callada, pero no opuso resistencia a los esfuerzos de don Lorenzo, quien alentado por la sanción de la tía se apresuró a retirarle el velo. ¡Qué cabeza de serafín se ofreció a su admiración! Más que hermosa era arrobadora; su encanto residía no tanto en la perfección de sus rasgos como en la dulzura y sensibilidad de su gesto. Consideradas las diversas facciones por separado, distaban mucho de ser hermosas; pero contempladas en su conjunto, eran adorables. Su piel, aunque blanca, no estaba enteramente limpia de pecas, sus ojos no eran muy grandes, ni sus pestañas especialmente largas. Pero sus labios eran de la más sonrosada frescura, su cabello rubio y ondulante, sujeto con una simple cinta, descendía hasta más abajo de su talle con gran profusión de rizos; su cuello era lleno y hermoso en extremo; sus manos y brazos estaban formados con la más perfecta simetría; sus tiernos ojos tenían la dulzura de los cielos, y el cristal con que se movían centelleaba con todo el esplendor de los diamantes. Parecía tener escasamente quince años; una sonrisa traviesa, jugando en su boca, delataba una vivacidad que el exceso de timidez reprimía de momento. Miró a su alrededor con ojos vergonzosos, y al encontrarse accidentalmente con los de Lorenzo, los bajó en seguida ruborizada y empezó a desgranar sus cuentas, si bien su actitud mostraba evidentemente que no sabía lo que se hacía.
Lorenzo la contempló con una mezcla de sorpresa y admiración; pero la tía consideró oportuno excusar la mauvaise honte de Antonia.
-Es una niña -dijo- que ignora totalmente el mundo. Se ha criado en un viejo castillo de Murcia, sin otra compañía que la de su madre, la cual, ¡Dios la perdone!, no tiene

otro juicio que el necesario para llevarse la sopa a la boca. Sin embargo, es mi propia hermana, de padre y madre.
-¿Tan poco juicio tiene? -dijo don Cristóbal con fingido asombro-; ¡qué extraordinario!
-Muy cierto, señor, ¿verdad que es extraño? Sin embargo, así es; ¡y mirad la suerte de algunas personas! A un joven noble, de condición muy principal, se le antojó que Elvira no carecía de cierta belleza: bueno, pretensiones, ha tenido bastantes; ¡pero belleza...! ¡Ojalá me hubiese tomado yo la mitad de sus trabajos en acicalarme...! Pero esto no tiene nada que ver. Como iba diciendo, señor, un joven noble se prendó y se casó con ella sin que lo supiese su padre. Mantuvieron su unión en secreto casi tres años, hasta que llegó a oídos del marqués, a quien, como ya podéis suponer, no agradó mucho la noticia. Partió a toda prisa para Córdoba, decidido a coger a Elvira y mandarla a algún lejano lugar, de forma que no se supiese de ella nunca más. ¡San Pablo bendito! ¡Cómo se enfureció al encontrarse con que había escapado con su esposo, y que habían embarcado los dos para las Indias! Nos maldijo a todos como si estuviera poseído por el demonio; arrojó a mi padre, el zapatero más honrado y trabajador de toda Córdoba, al calabozo; y al marcharse, tuvo la crueldad de quitarnos el niño de mi hermana, de apenas dos años entonces, al que se había visto ella obligada a dejar con la precipitación de la huida. La desventurada criaturita debió de recibir de él un trato despiadado, pues unos meses después recibimos la noticia de su muerte.
-¡Válgame Dios, qué viejo más terrible, señora!
-¡Oh, espantoso! ¡Y además totalmente carente de gusto! ¿Creeréis, señor, que cuando intenté apaciguarle me llamó bruja, y deseó que, para castigar al conde, se volviese mi hermana tan fea como yo? ¡Fea! ¿Os dais cuenta?
-¡Ridículo! -exclamó don Cristóbal-. Evidentemente, el conde se habría considerado afortunado de haber podido cambiar una hermana por la otra.
-¡Oh, Jesús! Señor, sois demasiado galante. Sin embargo, me alegro de que el conde pensara de otro modo. ¡Con lo mal que lo ha debido de pasar la pobre Elvira! ¡Después de pelear y sudar en las Indias durante trece largos años, muere su esposo y regresa a España sin una casa que le dé cobijo, ni dinero para procurárselo! Antonia era entonces muy pequeñita, y la única hijita que le quedaba. Se encontró con que su suegro se había vuelto a casar, que seguía irreconciliable con el conde, y que su segunda esposa le había dado un hijo, del cual se dice que es un joven muy gallardo. El viejo marqués se negó a ver a mi hermana y a su hijita, pero le envió su palabra de que, a condición de no oír hablar de ella nunca más, le asignaría una modesta pensión y podría vivir en un viejo castillo que poseía en Murcia, y allí ha permanecido hasta hace un mes.
-¿Y qué la trae ahora a Madrid? -inquirió don Lorenzo, a quien la admiración por la joven Antonia le inspiraba un vivo interés por la historia de la vieja charlatana.
-¡Ay, señor!; al morir su suegro recientemente, el administrador de sus propiedades murcianas se ha negado a seguir pasándole la pensión. Ahora ha venido a Madrid con el propósito de suplicarle a su hijo que se la renueve. ¡Pero creo que podía haberse ahorrado la molestia! Los jóvenes nobles tienen siempre demasiadas cosas que hacer con su dinero, y no están dispuestos muy a menudo a sacrificarlo a las viejas. Yo aconsejé a mi hermana que enviase a Antonia con su petición; pero no ha querido hacerme caso. ¡La muy terca! ¡Bueno! Ya sentirá no haber seguido mi consejo: la niña tiene una carita preciosa, y podía haber conseguido mucho más.
-¡Ah, señora! -interrumpió don Cristóbal simulando un aire apasionado-; si lo que

conviene es una cara bonita, ¿por qué no ha recurrido a vos vuestra hermana?
-¡Oh! ¡Jesús! ¡Mi señor, os juro que me abrumáis con vuestra galantería! ¡Pero os aseguro que sé muy bien el peligro de tales misiones para ponerme a merced de un joven noble! No, no; hasta ahora he conservado mi reputación sin tacha ni reproche, y siempre he sabido mantener a distancia a los hombres.
-De eso, señora, no tengo la menor duda. Pero permitidme una pregunta: ¿es que tenéis aversión al matrimonio?
-Esa es una pregunta muy atinada. No puedo por menos de confesar que si se presentase un amable caballero...
Aquí intentó lanzar a don Cristóbal una mirada tierna y significativa; pero dado que bizqueaba de la manera más abominable, la mirada cayó sobre su compañero: Lorenzo creyó que el cumplido iba dirigido a él, y respondió con una profunda reverencia.
-¿Puedo preguntar -dijo- el nombre de ese marqués?
-Es el marqués de las Cisternas.
-Le conozco bastante. No está en este momento en Madrid, pero se le espera de un día para otro. Es uno de los hombres más buenos; y si la encantadora Antonia me da permiso para ser su abogado ante él, no dudo que podré presentarle un informe favorable de su causa.
Antonia alzó sus ojos azules, y agradeció el ofrecimiento con una sonrisa inefable de dulzura. La satisfacción de Leonela fue mucho más sonora y audible: en efecto, mientras su sobrina se mostraba callada en compañía, ella se consideraba en la obligación de hablar por las dos; cosa que hacía sin dificultad, ya que raramente se quedaba sin palabras.
-¡Oh, señor! -exclamó-. ¡Toda nuestra familia quedará en la mayor deuda con vos! Acepto vuestro ofrecimiento con toda mi gratitud, y os doy mil gracias por la generosidad de vuestra proposición. Antonia, ¿por qué no dices nada, criatura? ¡Mientras este caballero dice toda clase de cosas amables, tú sigues callada como una estatua, sin una palabra de agradecimiento, buena, mala o indiferente!
-Mi querida tía, comprendo muy bien que...
-¡Vaya, sobrina! ¿Cuántas veces te he dicho que no debes interrumpir a una persona cuando está hablando? ¿Son éstos los modales de Murcia? ¡Válgame Dios! Jamás podré hacer de esta niña una persona bien educada. Pero os lo ruego, señor -prosiguió, dirigiéndose a don Cristóbal-, decidme, ¿por qué se ha congregado hoy tanta gente en esta catedral?
-¿Es posible que ignoréis que Ambrosio, abad de este monasterio, pronuncia un sermón en esta iglesia todos los jueves? Todo Madrid pregona sus alabanzas. Hasta ahora sólo ha predicado tres veces; pero todos los que le han oído se sienten tan embargados por su elocuencia, que es tan difícil coger sitio en la iglesia como en la primera representación de una comedia. Desde luego, su fama debería haber llegado a oídos vuestros...
-¡Ay! Señor, hasta ayer, no tuve la suerte de ver Madrid; y en Córdoba estamos tan poco informados de lo que ocurre en el resto del mundo, que el nombre de Ambrosio jamás se ha mencionado allí.
-Pues en Madrid lo encontraréis en boca de todos. Parece tener fascinados a todos sus habitantes, y aunque yo mismo no he asistido a sus sermones, me asombra el entusiasmo que ha despertado. La adoración que le tributan los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres, es sin igual. Los grandes le colman de regalos; sus esposas se niegan a tener otro confesor, y en toda la ciudad se le conoce con el nombre de

«Hombre santo».
-Sin duda, señor, será de noble origen...
-Esa cuestión aún permanece confusa. El difunto superior de los capuchinos le encontró en la puerta de la abadía cuando era aún muy pequeño. Todos los intentos por descubrir quién le había dejado allí resultaron infructuosos, y el propio niño fue incapaz de informar sobre sus padres. Se educó en el monasterio, donde ha residido desde entonces. Muy pronto manifestó una fuerte inclinación por el estudio y el recogimiento, y tan pronto como alcanzó la edad pronunció los votos. Nadie ha venido a reclamarle, ni a disipar el misterio que envuelve su nacimiento; y los monjes, conscientes del favor que reporta a su institución el respeto hacia él, no han dudado en proclamar que es un regalo que les ha enviado la Virgen. En verdad, la singular austeridad de su vida da cierto fundamento a la historia. Ahora tiene treinta años y cada hora de su vida la ha pasado en estudio, completo aislamiento y mortificación de la carne. Hasta hace tres semanas, en que fue elegido superior de la comunidad a la que pertenece, nunca había traspasado los muros de la abadía: incluso ahora no los traspone más que los jueves, para pronunciar su sermón en esta catedral, a la que Madrid entero acude a escucharle. Dicen que su sabiduría es de lo más profunda, y su elocuencia de lo más persuasiva. En el curso de toda su vida, jamás ha infringido una sola regla de su orden, ni se ha descubierto la más leve mancha en su persona; y se dice que es tan estricto observador de la castidad que desconoce en qué consiste la diferencia entre el hombre y la mujer. Así que las gentes le tienen por un santo.
-¿Un santo por eso? -preguntó Antonia-. ¡Válgame Dios! Entonces, ¿lo soy yo también?
-¡Santa Bárbara bendita! -exclamó Leonela-. ¡Qué pre-gunta! ¡Calla, criatura, calla! Esos temas no son apropiados para las jóvenes. Sería como pretender que no recuerdas que en el mundo existen los hombres, e imaginar que todos son del mismo sexo que tú. Prefiero que des a entender a las personas que sabes que un hombre no tiene pechos, ni caderas, ni...
Afortunadamente para la ignorancia de Antonia, que la conferencia de su tía habría tardado muy poco en disipar, un murmullo general en la iglesia anunció la llegada del predicador. Doña Leonela se levantó de su asiento para verle mejor, y Antonia siguió su ejemplo.
Era un hombre de noble ademán y presencia imponente. Era de estatura elevada, y tenía las facciones singularmente hermosas. Tenía la nariz aguileña; los ojos grandes, negros y centelleantes, y las cejas oscuras y casi juntas. Su tez era morena, aunque el estudio y la vigilia habían privado a sus mejillas enteramente de color. En su frente tersa y sin arrugas imperaba la serenidad; y el contento que denotaba cada rasgo parecía revelar a un hombre igualmente ajeno a las tribulaciones y a los crímenes. Saludó con humildad al auditorio: sin embargo, había cierta severidad en su mirada y continente que inspiraba un temor universal, y pocos se atrevieron a sostener la mirada inflamada y penetrante de sus ojos. Éste era Ambrosio, abad de los capuchinos, y apodado «el Hombre santo».
Antonia, mientras le miraba ansiosa, sintió en su pecho el estremecimiento de un placer hasta ahora desconocido para ella, y al que en vano se esforzó en encontrar explicación. Esperó con impaciencia a que empezase el sermón; y cuando finalmente habló el fraile, el sonido de su voz pareció penetrar hasta el fondo de su alma. Aunque ninguno de los oyentes sentía las violentas sensaciones de la joven Antonia, todos escucharon con interés y emoción. Aun aquellos que eran insensibles a los méritos de

la religión se sintieron encantados con la elocuencia de Ambrosio. Todos se hallaban irresistiblemente atraídos mientras él hablaba, y en las naves atestadas reinaba el más profundo silencio. El propio Lorenzo sucumbió también al encanto: olvidó que Antonia estaba junto a él, y escuchó al predicador con toda la atención puesta en sus palabras.

Con lenguaje nervioso, claro y simple, el monje se extendió en las bellezas de la religión. Explicó algunos pasajes oscuros de los textos sagrados en un estilo que logró la convicción general. Su voz a la vez clara y profunda estaba cargada de todos los terrores de la tempestad, al arremeter contra los vicios de la humanidad y describir los castigos a ellos reservados en un estado futuro. Cada oyente reflexionaba sobre sus pasadas culpas, y temblaba: parecía desatar el trueno cuyo rayo estaba destinado a aplastarle y a abrir el abismo de eterna destrucción a sus pies. Pero cuando Ambrosio, al cambiar de tema, habló de la excelencia de una conciencia inmaculada, de la gloria futura que la eternidad ofrecía al alma exenta de reproche y de la recompensa que le aguardaba en las regiones de gloria eterna, los oyentes sintieron que les volvía el ánimo insensiblemente. Suplicaron confiados la clemencia de su juez y se acogieron a las palabras consoladoras del predicador; y mientras su voz llena se henchía de melodía, se sintieron todos transportados a aquellas regiones dichosas que él describía con colores tan brillantes y esplendorosos.

El discurso fue de considerable longitud; no obstante, al concluir, el auditorio lamentó que no hubiese durado más. Aunque el monje había dejado de hablar, aún reinó un silencio entusiasta en la iglesia; por último, el encanto se disipó gradualmente y comenzó a expresarse la general admiración en términos audibles. Al descender Ambrosio del púlpito, sus oyentes se agolparon a su alrededor, le colmaron de bendiciones, se arrojaron a sus pies y besaron el borde de su hábito. Avanzó lentamente con las manos devotamente cruzadas sobre su pecho, hasta la puerta que daba a la abadía, en la cual aguardaban sus monjes para acogerle. Subió los peldaños y luego, volviéndose hacia los que le seguían, les dirigió unas palabras de gratitud y exhortación. Mientras hablaba, su rosario, hecho de gruesas cuentas de ámbar, resbaló de su mano y cayó entre la multitud que le rodeaba. Los espectadores se apoderaron ansiosamente de él y se lo repartieron inmediatamente. Todo el que logró coger una cuenta se la guardó como si fuese una sagrada reliquia; de haber estado bendecido tres veces por el propio San Francisco, no se lo habrían disputado con mayor viveza. El abad, sonriendo ante esta avidez, les bendijo y abandonó la iglesia con la humildad reflejada en cada gesto. ¿Reinaba ésta también en su corazón?

Los ojos de Antonia le siguieron con ansiedad. Al cerrarse la puerta tras él, le pareció haber perdido a alguien esencial para su dicha. Una lágrima rodó en silencio por su mejilla.

« ¡Está separado del mundo! -dijo para sus adentros-. ¡Puede que no vuelva a verle más!»

Al enjugarse la lágrima, Lorenzo observó su gesto.

-¿Os ha satisfecho nuestro orador? -preguntó-. ¿O creéis que Madrid sobrevalora su talento?

El corazón de Antonia estaba tan lleno de admiración por el monje que al punto aprovechó la ocasión para hablar de él: además, puesto que ya no consideraba a Lorenzo un completo extraño, se sintió menos confundida por su extrema timidez.

-¡Oh! Sobrepasa con mucho lo que yo me esperaba -contestó-; hasta este momento no tenía idea del poder de la elocuencia. Pero cuando se ha puesto a hablar, su voz me ha

inspirado tal interés, tal estima, casi puedo decir que tal afecto por él, que yo misma me asombro de la hondura de mi sentimiento.
Lorenzo sonrió ante la vehemencia de sus palabras.
-Sois joven y acabáis de entrar en la vida -dijo-; vuestro corazón tierno para el mundo y, lleno de calor y sensibilidad, recibe sus primeras impresiones con anhelo. En vuestra sencillez, no sospecháis engaño alguno de nadie; y al contemplar el mundo a través de vuestra propia sinceridad e inocencia, consideráis que todos los que están a vuestro alrededor merecen vuestra confianza y estima. ¡Qué lástima que estas visiones alegres se tengan que ver tan pronto disipadas! ¡Qué lástima que tengáis que descubrir tan pronto la bajeza de la humanidad, y guardaros de vuestros seme-jantes como de vuestros enemigos!
-¡Ay, señor! -replicó Antonia-. ¡Las desgracias de mis padres me han traído ya demasiados ejemplos de la perfidia del mundo! Sin embargo, en el presente caso el calor de la simpatía no puede haberme engañado.
-En el presente caso, reconozco que no. La reputación de Ambrosio es totalmente irreprochable; y un hombre que ha pasado toda su vida entre los muros de un convento no puede haber tenido ocasión de caer en culpa alguna, aun cuando poseyera tal inclinación. Pero ahora que, obligado por los deberes de su condición, debe entrar en el mundo y caminar por la vía de la tentación, ahora es cuando le corresponde demostrar el esplendor de su virtud. La prueba es peligrosa; se le presenta precisamente en esa etapa de la vida en que las pasiones son más vehementes, indomables y despóticas; su reconocida fama le convertirá en una víctima ilustre para la seducción; la novedad le prestará un encanto más de los halagos del placer; y el mismo talento con que la naturaleza le ha dotado contribuirá a su ruina, facilitando los medios de conseguir su objeto. Muy pocos vuelven victoriosos de una contienda tan grave.
-¡Ah!, sin duda Ambrosio será uno de ellos.
-De eso no tengo ninguna duda: En todos los respectos, es una excepción en la humanidad, y en vano tratará la envidia de manchar su reputación.
-¡Señor, me tranquilizáis con esta seguridad! Eso me anima a confirmarme en mi opinión en su favor; ¡y no sabéis con cuánto valor habría tenido que reprimir este sentimiento! ¡Ah!, tía querida, convenced a mi madre para que le elija como nuestro confesor.
-¿Convencerla yo? -replicó Leonela-; te prometo que no haré semejante cosa. No me gusta el tal Ambrosio lo más mínimo; hay un aire de severidad en todo él que me hace temblar de pies a cabeza: si fuera mi confesor, no sería capaz de revelarle ni la mitad de mis pecadillos, y entonces, ¡bonita situación! En mi vida he visto un hombre de aspecto más austero, ni espero verlo. ¡Qué descripción del diablo! ¡Dios nos bendiga! Casi me vuelvo loca de miedo; y cuando hablaba de los pecadores, parecía que se los iba a comer...
-Tenéis razón, señora -contestó don Cristóbal-; la excesiva severidad se dice que es el único defecto de Ambrosio. Como él está exento de las debilidades humanas, no es bastante indulgente con los demás; y aunque estrictamente justo y desinteresado en sus decisiones, su gobierno de los monjes ha dado ya alguna prueba de su inflexibilidad. Pero la multitud casi se ha dispersado: ¿Permitís que os acompañemos a vuestra casa?
-¡Oh, Jesús! ¡Señor! -exclamó Leonela fingiendo ruborizarse-, ¡no lo permitiría por nada del mundo! Si yo regresase a casa acompañada de un caballero tan galante, mi hermana es tan escrupulosa que me echaría un sermón de una hora, y no pararía de

oírla. Además, desearía no considerar vuestras proposiciones de momento.
-¿Mis proposiciones? Os aseguro, señora...
-¡Oh! Señor, creo que vuestras manifestaciones de impaciencia son muy sinceras; pero realmente necesito algún tiempo. No sería muy delicado por mi parte aceptar vuestra mano al primer día.
-¿Aceptar mi mano? Como espero vivir y respirar que...
-¡Oh, mi querido señor, si me amáis, no me presionéis más! Consideraré vuestra obediencia como prueba de vuestro afecto; mañana os enviaré noticias mías, de modo que adiós. Pero decidme, caballeros, ¿puedo preguntaros vuestros nombres?
M amigo -replicó Lorenzo-, es el conde de Ossorio, y yo Lorenzo de Medina.
-Es suficiente. Bien, don Lorenzo, comunicaré a mi hermana vuestro gentil ofrecimiento, y os haré conocer la decisión con toda premura. ¿Adónde os la puedo enviar?
-Se me encontrará siempre en el palacio de Medina.
-Podéis confiar en que recibiréis noticias mías. Adiós, caballeros. Señor conde, permitidme suplicaros que moderéis el excesivo ardor de vuestra pasión; sin embargo, para probaros que no me desagradáis y evitar que os abandonéis a la desesperación, recibid esta muestra de mi afecto, y dedicad algún pensamiento a la ausente Leonela.
Diciendo esto, tendió su mano flaca y arrugada, que su supuesto admirador besó con tan poca gracia y aprensión tan evidente que Lorenzo tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a reír. Leonela entonces se apresuró a abandonar la iglesia; la encantadora Antonia la siguió en silencio; pero cuando llegó al atrio, se volvió involuntariamente y dirigió una mirada hacia Lorenzo. Éste hizo una inclinación a modo de adiós; ella le devolvió el saludo y salió apresuradamente.
-¡Bueno, Lorenzo! -dijo don Cristóbal tan pronto como estuvieron solos-. ¡Bonita intriga me habéis procurado! Para favorecer vuestros planes con Antonia, le hago cortésmente unos cumplidos sin importancia a la tía, y al cabo de una hora ¡me encuentro al borde del matrimonio! ¿Cómo vais a recompensarme por haber sufrido de este modo por vos? ¿Qué puede retribuirme el haber besado la zarpa correosa de esa maldita bruja? ¡Diablos! Me ha dejado tal perfume en los labios que voy a oler a ajo durante todo este mes que viene. ¡Cuando vaya a pasear al Prado, me van a tomar por una tortilla ambulante o una enorme cebolla pasada!
-Reconozco, mi pobre conde -replicó Lorenzo-, que vuestro servicio se ha visto acompañado de peligro; pero estoy tan lejos de considerarlo superior a vuestras fuerzas, que probablemente os pediré que llevéis vuestros amores aún más adelante.
-De esta petición infiero que la pequeña Antonia ha causado alguna impresión en vos.
-No puedo expresaros lo hechizado que me tiene. Desde la muerte de mi padre, mi tío el duque de Medina me ha manifestado su deseo de verme casado; hasta ahora he soslayado sus insinuaciones, y no he querido darme por enterado. Pero lo que he visto esta tarde...
-¿Y bien? ¿Qué es lo que habéis visto esta tarde? ¡Vaya, don Lorenzo, no podéis estar tan loco como para pensar en convertir en vuestra esposa a la nieta del zapatero más honrado y trabajador de Córdoba!
-Olvidáis que es también nieta del difunto marqués de las Cisternas; pero sin entrar a discutir cunas ni títulos, os aseguro que jamás he visto mujer más interesante que Antonia.
-Es muy posible; pero no pretenderéis casaros con ella.
-¿Por qué no, mi querido conde? Poseo riqueza suficiente para los dos, y sabéis que mi

tío tiene ideas muy liberales a ese respecto. Por lo que sé de Raimundo de las Cisternas, estoy seguro de que estará dispuesto a acoger a Antonia como sobrina. Su cuna, por tanto, no será obstáculo para que pida yo su mano. Me portaría como un miserable si pensase en otra cosa que no fuese el matrimonio; y en verdad, parece dotada de todas las cualidades que para mí debe tener una esposa. Joven, adorable, dulce, juiciosa...

-¿Juiciosa? ¡Pero si no ha dicho más que «sí» y «no»!

-No ha dicho mucho más, lo reconozco; pero siempre ha dicho «sí» y «no» en el momento adecuado.

-¿De veras? ¡Oh! ¡Os pido mil perdones! Eso es emplear un argumento de enamorado, y no seré yo quien discuta con tan profundo casuista. ¿Y si nos dirigiéramos al teatro?

-Yo no puedo. Llegué anoche a Madrid, y aún no he tenido ocasión de ver a mi hermana; como sabéis, su convento está en esta calle, y me dirigía allí cuando la multitud que vi agolparse en esta iglesia excitó mi curiosidad por saber qué ocurría. Ahora deseo proseguir hacia donde iba al principio, y probablemente pasaré la tarde con mi hermana en el locutorio.

-¿Vuestra hermana en un convento, decís? ¡Oh, claro!, lo había olvidado. ¿Y cómo está doña Inés? ¡Me sorprende, don Lorenzo, cómo se os pudo ocurrir encerrar a una joven tan encantadora entre los muros de un claustro!

-¿Que se me ocurrió, don Cristóbal? ¿Cómo podéis considerarme capaz de semejante barbaridad? Sabed que tomó los hábitos por propio deseo y que determinadas circunstancias la indujeron a retirarse del mundo. Empleé todos los medios a mi alcance para hacerla cambiar de decisión. Mi esfuerzo fue inútil. ¡Y perdí a mi hermana!

-En cambio, vos tuvisteis más suerte. Creo, Lorenzo, que ganasteis bastante con esa pérdida. Si no recuerdo mal, doña Inés tenía una dote de diez mil doblones, la mitad de los cuales habrán ido a parar a vos. ¡Por Santiago! Quisiera tener cincuenta hermanas de esa misma categoría. Me resignaría a perderlas todas sin demasiado pesar.

-¡Cómo, conde! -exclamó Lorenzo con voz irritada-. ¿Me suponéis tan bajo como para haber influido en el retiro de mi hermana? ¿Creéis que el despreciable deseo de convertirme en dueño de su fortuna ha podido...?

-¡Admirable! ¡Valor, don Lorenzo! Ya se ha puesto como una furia. ¡Quiera Dios que Antonia temple vuestro fogoso carácter, o acabaremos cortándonos el cuello antes de que termine el mes! Pero para evitar tan trágica catástrofe de momento, me voy y os dejo dueño del terreno. ¡Adiós, mi caballero del Etna! Moderad vuestro carácter inflamable, y recordad que cuantas veces sea necesario hacerle la corte a esa vieja arpía, podéis contar con mis servicios.

Y dicho esto salió precipitadamente de la catedral.

« ¡Qué atolondrado! -dijo don Lorenzo para sí-. Con un corazón tan excelente, ¡qué lástima que tenga tan poco juicio!»

La noche avanzaba rápidamente. Sin embargo, aún no habían encendido las lámparas. Los débiles destellos de la luna ascendente apenas conseguían traspasar la gótica oscuridad de la iglesia. Don Lorenzo no se sintió capaz para abandonar el lugar. El vacío que la ausencia de Antonia había dejado en su corazón, y el sacrificio de su hermana, que don Cristóbal acababa de recordarle, hicieron nacer en su espíritu una melancolía muy acorde con la religiosa oscuridad que le envolvía. Aún estaba apoyado contra la séptima columna del púlpito. Una brisa suave y fresca recorrió las naves solitarias. La claridad de la luna, penetrando en la iglesia a través de las pintadas

vidrieras, tenía las bóvedas labradas y los gruesos pilares con mil matices diversos de luz y color: un silencio universal reinaba a su alrededor, turbado sólo por el cerrar de alguna puerta en la abadía contigua.
La calma de la hora y la soledad del lugar contribuyeron a fomentar la disposición de Lorenzo a la melancolía. Se dejó caer en el asiento que había junto a él y se abandonó a las ilusiones de su fantasía. Pensó en su unión con Antonia, y en los obstáculos que podían oponerse a sus deseos; y mil visiones cambiantes flotaron ante su imaginación, tristes, es cierto, aunque no desagradables. Insensiblemente, el sueño se fue adueñando de él, y la tranquila solemnidad que embargaba su espíritu momentos antes, siguió influyendo en sus sueños durante un rato.
Soñó que aún se encontraba en la iglesia de los capuchi-nos; pero ya no estaba oscura y solitaria. Multitud de lám-paras de plata derramaban su esplendor desde el aboveda-do techo. Acompañada por el cántico lejano del coro, la melodía del órgano inundó la iglesia. El altar parecía adornado como para una fiesta señalada: estaba rodeado de un espléndido grupo de personas; y en el centro se encontraba Antonia, vestida de blanco, ruborizada con todos los encantos de su virginal modestia.
Esperanzado y temeroso, Lorenzo contemplaba la escena que tenía ante sí. De súbito, se abrió la puerta que conducía a la abadía, y vio avanzar, escoltado por una larga fila de monjes, al predicador que acababa de escuchar con tanta admiración. Se acercó a Antonia.
-¿Dónde está el novio? -preguntó el imaginario fraile.
Antonia pareció mirar con ansiedad por la iglesia. Involuntariamente, el joven avanzó unos pasos. Ella le vio. Un rubor de alegría afloró a sus mejillas. Con un gracioso movimiento de mano, le hizo seña de que se acercase. No se hizo esperar: corrió hacia ella y se arrojó a sus pies.
Ella retrocedió un instante. Luego, mirándole con un gozo inefable, exclamó:
-¡Sí! ¡Sois mi esposo! ¡Mi esposo prometido!
Y se arrojó a sus brazos. Pero antes de que él tuviese tiempo de recibirla, un desconocido se interpuso entre los dos. Su figura era gigantesca. Su piel, atezada; sus ojos, terribles y fieros; su boca exhalaba llamaradas de fuego; y su frente tenía escrito en caracteres legibles: « ¡Orgullo! ¡Lujuria! ¡Crueldad!».
Antonia profirió un grito. El monstruo la cogió en sus brazos, y saltando con ella sobre el altar, la torturó con sus odiosas caricias. Ella luchó en vano por escapar de su abrazo. Lorenzo corrió en su socorro, pero antes de llegar hasta ella, se oyó un trueno espantoso. Instantáneamente la catedral pareció desmoronarse. Los monjes echaron a correr, gritando de terror. Se apagaron las lámparas, se hundió el al tar, y en su lugar se abrió un abismo que vomitaba bocanadas de humo y de fuego. El monstruo profirió un grito es-pantoso y terrible, y se precipitó en el abismo, tratando de arrastrar a Antonia con él. Forcejeó en vano. Animada de unos poderes sobrenaturales, ella se zafó de su abrazo; pero su blanco vestido quedó en su poder. Al punto, un ala de brillante esplendor se desplegó de cada brazo de Antonia. Se elevó, y mientras ascendía gritó a Lorenzo:
-¡Amigo mío! ¡Arriba nos reuniremos!
En el mismo instante, se abrió la bóveda de la catedral; unas voces armoniosas resonaron en lo alto, y el resplandor que acogió a Antonia estaba formado por una luz tan deslumbrante, que Lorenzo no fue capaz de sostener la mirada. Le falló la visión y se derrumbó en el suelo.
Cuando despertó, se encontró tendido en el pavimento de la iglesia: estaba iluminada,

y los cánticos sonaban a lo lejos. Durante un rato, Lorenzo no consiguió convencerse de que lo que había presenciado era un sueño, tan fuerte impresión había dejado en su mente. Una breve reflexión le convenció de su engaño. Durante su sueño habían encendido las lámparas, y la música que oía se debía a los monjes, que celebraban vísperas en la capilla de la abadía.

Se levantó Lorenzo, y se dispuso a dirigir sus pasos hacia el convento de su hermana. Había llegado ya cerca del atrio, con la mente ocupada en este sueño singular, cuando le llamó la atención una sombra al deslizarse por el muro opuesto. Miró con curiosidad, y descubrió a un hombre embozado en su capa, el cual pareció comprobar cautelosa-mente si eran observados sus movimientos. Muy pocas personas estaban exentas de curiosidad. El desconocido parecía deseoso de ocultar su entrada en la catedral, y fue esta misma cir cunstancia la que hizo que Lorenzo desease averiguar qué hacía.

Nuestro héroe sabía que no tenía derecho a espiar los secretos de aquel desconocido caballero.

«Me iré», se dijo Lorenzo. Pero se quedó donde estaba.

La sombra que proyectaba la columna le ocultaba del desconocido, que siguió avanzando con cautela. Finalmente, sacó una carta de debajo de su capa y la colocó apresuradamente bajo una colosal estatua de San Francisco. Luego, retirándose a toda prisa, se ocultó en un rincón de la iglesia, a considerable distancia de dicha imagen.

« ¡Vaya! -se dijo Lorenzo-; creo que se trata de un vulgar asunto amoroso. Será mejor que me vaya, puesto que nada tengo que ver.»

Lo cierto es que hasta ese momento no se le había ocurrido ni de lejos que pudiese tener algo que ver con él. Pero creyó necesario darse una pequeña excusa por haberse permitido esta curiosidad. Ahora hizo un segundo intento de retirarse de la iglesia: esta vez llegó al atrio sin ningún impedimento. Pero estaba destinado a encontrarse con otra visita esa noche. Al bajar la escalinata que conducía a la calle, chocó con él un caballero con tal violencia que a punto estuvieron de caerse al suelo los dos. Lorenzo echó mano a su espada.

-¿Qué significa eso, señor? -exclamó-. ¿A qué viene esta insolencia?

-¡Ah, sois vos, Medina! -replicó el recién llegado, en quien Lorenzo reconoció a don Cristóbal por la voz-. ¡Sois el hombre más afortunado del universo, por no haber abandonado la iglesia hasta mi regreso! ¡Entrad, entrad! ¡Mi querido muchacho! ¡Estarán aquí inmediatamente!

-¿Quiénes estarán aquí?

-La vieja gallina y sus preciosos pollitos. ¡Vayamos dentro, luego sabréis toda la historia!

Lorenzo le siguió al interior de la catedral, y se ocultaron detrás de la estatua de San Francisco.

-Y ahora -dijo nuestro héroe-, ¿puedo tomarme la libertad de preguntar qué significa toda esta prisa y arrebato?

-¡Oh, Lorenzo! ¡Vamos a tener una gloriosa aparición! La priora de Santa Clara y todo su séquito de monjas van a venir aquí. Debéis saber que el piadoso padre Ambrosio (¡Dios le bendiga por ello!), no quiere salir bajo ningún concepto de su recinto; y dado que a todo convento de actualidad le es absolutamente necesario tenerle de confesor, las monjas se ven obligadas a visitarle en la abadía. Ya que la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Y la priora de Santa Clara, para evitar mejor miradas impuras como las de vuestros ojos y las de este humilde servidor, considera

conveniente traer a confesar a su santa grey al anochecer; va a acceder a la capilla de la abadía por aquella puerta privada. La hermana portera, que es un alma bendita, y muy amiga mía, me acaba de asegurar que estarán aquí dentro de unos momentos. ¡Hay noticias para vos, bribón! ¡Vamos a ver a una de las caras más preciosas de Madrid!

-En verdad, Cristóbal, que no haremos tal cosa. Las monjas van siempre con velo.

-¡No, no! Lo sé mejor que vos. Al entrar en un lugar sagrado, se quitan siempre el velo por respeto al santo al que está dedicado. ¡Pero mirad! ¡Ya llegan! ¡Silencio, silencio! Observad y os convenceréis.

« ¡Bien! -se dijo Lorenzo-; ¡tal vez averigüe a quién van dirigidas las promesas de ese misterioso desconocido!»

Apenas hubo dejado de hablar don Cristóbal, cuando apa-reció la priora de Santa Clara, seguida de una larga procesión de monjas. Cada una, al entrar, se levantaba el velo. La priora se cruzó las manos sobre el pecho e hizo una profunda reverencia al pasar frente a la imagen de San Francisco, el patrono de la catedral. Las monjas siguieron su ejemplo, y varias pasaron sin haber satisfecho la curiosidad de Lorenzo. Casi había empezado a desesperar de ver aclarado el misterio, cuando, tras rendir homenaje a San Francisco, una de las monjas dejó caer el rosario. Al inclinarse a recogerlo le dio la luz de lleno en la cara. Al mismo tiempo, recogió hábilmente la carta de debajo de la imagen, se la metió en el pecho y corrió a ocupar su puesto en la procesión.

-¡Ajá! -dijo Cristóbal en voz baja-; aquí hay alguna pequeña intriga, sin duda.

-¡Santo Dios, Inés! -exclamó Lorenzo.

-¡Cómo! ¿Vuestra hermana? ¡Diablos! Entonces supongo que alguien purgará nuestra curiosidad.

-Y la purgará sin demora -aseguró el enfurecido hermano.

La piadosa procesión había entrado en la abadía. La puerta se había cerrado ya, tras ella. El desconocido aban-donó inmediatamente su escondite y se dispuso a salir de la iglesia. Antes de conseguirlo, descubrió a Medina cerrándole el paso. El desconocido retrocedió y se echó el sombrero sobre los ojos.

-No intentéis huir de mí -exclamó Lorenzo-; sabré quién sois y qué contenía esa carta.

-¿Qué carta? -replicó el desconocido-, ¿y con qué derecho me preguntáis eso?

-Con un derecho por el que ahora me siento avergonzado; pero no os corresponde a vos preguntarme a mí. O respondéis con detalle a mis preguntas, o tendréis que responderme con la espada.

-Ese último modo será el más breve -replicó el otro, sacando su arma-. ¡Vamos, señor bravucón! ¡Estoy preparado!

Furioso de rabia, Lorenzo se lanzó al ataque: habían cruzado ya los adversarios varias estocadas cuando Cristóbal, que en ese momento tenía más sensatez que ninguno de los otros dos, se interpuso entre sus armas.

-¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Medina! -exclamó-. ¡Recordad las consecuencias de un derramamiento de sangre en suelo sagrado!

El desconocido soltó inmediatamente la espada.

-¿Medina? -exclamó-. ¿Dios mío, es posible? Lorenzo, ¿habéis olvidado completamente a Raimundo de las Cisternas?

El asombro de Lorenzo aumentaba a cada instante. Rai-mundo avanzó hacia él, pero con una expresión de sorpresa retiró su mano, que el otro estaba dispuesto a estrechar.

-¿Vos aquí, marqués? ¿Qué significa todo esto? Vos envuelto en una correspondencia

clandestina con mi hermana, cuyo afecto...
-Siempre ha sido mía, y aún lo es. Pero no es éste lugar apropiado para explicaciones. Acompañadme a mi palacio y os lo contaré todo. ¿Quién os acompaña?
-Alguien a quien creo que habéis visto antes -replicó don Cristóbal-, aunque no probablemente en una iglesia.
-¿El conde de Ossorio?
-El mismo, marqués.
-No tengo ninguna objeción en confiaros mi secreto, pues estoy seguro de que puedo fiar en vuestro silencio.
-Entonces la opinión que tenéis de mí es mejor que la mía propia, por lo que debo rogaros que os abstengáis de tal confianza. Seguid vuestro camino, que yo seguiré el mío. Marqués, ¿dónde puedo encontraros?
-Como siempre, en el palacio de las Cisternas; pero recordad que estoy de incógnito, y que si deseáis verme, de-béis preguntar por Alfonso de Alvarada.
-¡Bien! ¡Bien! ¡Adiós, caballeros! -dijo don Cristóbal, y se marchó inmediatamente.
-¿Cómo, marqués? -dijo Lorenzo con voz de sorpresa-. ¿Vos Alfonso de Alvarada?
-El mismo, Lorenzo. Pero, a menos que vuestra hermana os haya contado mi historia, tengo que referiros cosas que os asombrarán. Así que seguidme a mi palacio sin más dilación.
En ese momento el portero de los capuchinos entró en la catedral para cerrar las puertas. Los dos nobles se retiraron al punto y se dirigieron apresuradamente al palacio de las Cisternas.
-¡Bueno, Antonia! -dijo la tía, tan pronto como salió de la iglesia-, ¿qué piensas de nuestros galanes? Don Lorenzo parece un joven realmente cortés: Tenía la atención puesta en ti, y nadie sabe qué puede resultar de ello. En cuanto a don Cristóbal, declaro que es el mismísimo Fénix de la cortesía. ¡Tan galante! ¡Tan educado! ¡Tan sensible y tan tierno! ¡Bueno! Si hay un hombre capaz de hacerme renunciar a mi voto de no casarme, ése es don Cristóbal. Ya ves, sobrina, que todo sale exactamente como yo te decía: que en el mismo momento en que me presentase en Madrid, me vería rodeada de admiradores. ¿Has visto, Antonia, el efecto que ha causado en el conde el haberme quitado el velo? Y cuando le he presentado mi mano, ¿has observado con qué pasión la ha besado? ¡Si alguna vez he visto un amor de ver dad, ha sido en el semblante de don Cristóbal!
Antonia había observado el gesto de don Cristóbal al besarle la mano; pero como había sacado una conclusión muy distinta de la de su tía, creyó prudente guardar silencio, cosa que vale la pena decir aquí, ya que es el único caso conocido.
La vieja dama siguió su discurso por este mismo derrotero hasta que llegaron a la calle donde estaba su alojamiento. Allí, una multitud congregada ante la puerta les obstruía el paso; de modo que se situaron al otro lado de la calle y trataron de averiguar qué había atraído a tanta gente. Unos minutos después, la muchedumbre se abrió en círculo, y Antonia descubrió en el centro a una mujer de extraordinaria estatura, la cual giraba repetidamente, una y otra vez, haciendo toda clase de gestos extravagantes. Su vestido estaba formado de trozos de sedas multicolores y lino fantástica-mente combinados, aunque no sin gusto. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de turbante, adornado con pámpanos y flores silvestres. Parecía muy tostada por el sol, y de piel aceitunada; tenía unos ojos llameantes y extraños, y llevaba en la mano una vara larga y negra con la que de cuando en cuando trazaba extrañas figuras en el suelo, alrededor de las cuales danzaba con todas las excéntricas actitudes de la locura y el

desvarío. De repente, dejó de danzar, giró tres veces sobre sí con rápido movimiento, y tras detenerse un instante, cantó la siguiente balada:

LA CANCIÓN DE LA GITANA

¡Venid, dadme la mano! Mi arte supera
Cuanto ha conocido mortal alguno.
¡Venid, doncellas, venid!
Mis mágicos espejos
Os mostrarán a vuestro esposo futuro:

Pues se me ha concedido el poder
De leer en el libro del destino;
Leer los designios que el cielo decreta
Y sumergirme en el porvenir.

Guío el carro plateado de la luna,
Sujeto los vientos con mágicas ligazones,
Hago dormir al dragón rojo
Que vigila sobre el oro sepultado:

Protegida con hechizos, indemne me aventuro
Hasta el aquelarre extraño de las brujas;
Sin miedo entro en el círculo del hechicero
Y sin daño camino sobre serpientes dormidas.

¡Mirad! Aquí están los hechizos poderosos
Que aseguran la fidelidad del marido,
Y éste, compuesto a media noche,
Despertará el amor del joven más frío:

Si una joven se ha entregado demasiado,
Este filtro puede reparar lo que perdió,
Remoza el rubor de la mejilla
Y éste vuelve blanco el oscuro color.

Escuchad en silencio, mientras descubro
Qué veo en mi espejo de la fortuna;
Y cada una, al término del año,
Verá cumplidas las palabras de la gitana.

-Tía -dijo Antonia cuando la extranjera hubo terminado-, ¿acaso está loca?
-¿Loca? No, criatura; únicamente es malvada. Es una gitana, una especie de vagabunda, cuya sola ocupación consiste en recorrer el país diciendo mentiras y sacándole el dinero a quien se le acerca honradamente. ¡Aléjate de ese bicho! Si yo fuese el rey de España, mandaría a la hoguera a todas las que no hubiesen salido de mis dominios en un plazo de tres semanas.

Pronunció estas palabras tan alto, que llegaron a oídos de la gitana. Ésta se abrió paso inmediatamente a través de la multitud y se acercó a las damas. Las saludó tres veces a la manera oriental, y luego se dirigió a Antonia.

LA GITANA

¡Señora! ¡Gentil señora! Sabed
Que puedo adivinaros el futuro.
Dadme vuestra mano, y no temáis;
¡Señora! ¡Gentil señora! ¡Escuchad!

-¡Tía querida -rogó Antonia-, permitídmelo esta vez!
¡Dejad que me digan la buenaventura!
-¡Tonterías, criatura!
No te dirá más que mentiras.

Y en que la guadaña del tiempo segará
El rojo cabello que corona vuestra frente.

El auditorio estallaba en risas durante el discurso de la gitana; y de boca en boca corrían «los cincuenta y uno», «ojos bizcos», «cabello rojo», «afeites y lunares», etcétera. Leonela se sentía casi sofocada de rabia, y cubrió a la maliciosa consejera con los más crueles reproches. La curtida profetisa la escuchó con sonrisa desdeñosa: finalmente, tras una breve respuesta, se volvió hacia Antonia:

LA GITANA

¡Id en paz, señora! Lo que os digo es cierto;
Y ahora, vos, mi joven y amable señora;
Dadme vuestra mano, dejadme ver
Vuestro futuro, y los designios del cielo.

Al igual que Leonela, Antonia se quitó el guante y presentó su blanca mano a la gitana, quien tras estudiarla un momento, con una expresión a la vez de compasión y de asombro, pronunció su oráculo con las siguientes palabras:

LA GITANA

¡Jesús! ¡Qué palma tenéis!
Casta y amable, joven y pura,
De espíritu y cuerpo perfectos,
Seríais la bendición de un hombre bueno.

Pero, ¡ay!, esta raya revela
Que la muerte se cierne sobre vos;
Un hombre sensual y un demonio taimado
Se unirán para labrar vuestro mal;
Y de la tierra, arrebatada por el dolor,

No tardará vuestra alma en ir al cielo.
Pero para diferir los sufrimientos,
Recordad lo que os digo.
Cuando veáis a alguien muy virtuoso
Y éste resulte ser hombre
Cuya alma no acosa ningún crimen
Ni se apiada de las flaquezas del otro,
Recordad lo que os dice la gitana:
Por bueno y amable que parezca,
¡Las obras buenas ocultan a menudo
Corazones repletos de lujuria y orgullo!
¡Hermosa doncella, con lágrimas os dejo!
No os apene mi predicción,
Sino someteos resignada,
Aguardad serena la desdicha inminente,
Y esperad la dicha eterna
En otro mundo mejor.

Dicho esto, la gitana giró sobre sí tres veces, y luego echó a correr por la calle con gesto frenético. La multitud la siguió; y despejada ya la puerta de Elvira, entró Leonela en la casa, irritada con la gitana, con su sobrina y con la gente; en suma, con todos menos consigo misma y con el caballero encantador. Las predicciones de la gitana habían afectado considerablemente a Antonia, también; pero no tardó en disiparse esta impresión, y unas horas después ha-bía olvidado la aventura tan completamente como si nunca hubiera tenido lugar.

Capítulo II

Fórse sé tu gustassi una sól volta
La millésima parte délle gióje,
Ché gusta un cór amato riamando,
Diresti ripentita sospirando,
Perduto é tutto el tempo
Ché in amar non si spénde
TASSO

Después de escoltar los monjes a su prior hasta la puerta de su celda, fueron despedidos por éste con un gesto de consciente superioridad, en el que la apariencia de humildad luchaba con la realidad del orgullo.

Tan pronto como se quedó solo, dio rienda suelta a su vanidad. Al recordar el entusiasmo que había despertado su discurso, su corazón se infló de éxtasis, y su imaginación le presentó espléndidas visiones de engrandecimiento. Miró en torno suyo lleno de alborozo, y el orgullo le can-tó que era superior al resto de sus semejantes.

« ¿Quién -pensó-, quién, aparte de mí, ha superado la ordalía de la juventud sin una mancha en su conciencia? ¿Qué otro ha vencido la violencia de las pasiones y de un temperamento impetuoso, y se ha sometido aun desde el amanecer de la vida a un retiro voluntario? En vano busco a ese hombre. Nadie más que yo posee tal resolución. ¡La religión no puede enorgullecerse de otro Ambrosio! ¡Qué poderoso efecto ha producido mi discurso entre los oyentes! ¡Cómo se han apiñado a mi alrededor! ¡Cómo me han colmado de bendiciones y me han proclamado el único pilar incorrupto de la iglesia! ¿Qué me queda ahora por hacer? Nada, sino vigilar solícitamente la conducta de mis hermanos como he vigilado la mía hasta ahora. ¡Pero alto!, ¿no me sentiré tentado a apartarme del sendero que hasta ahora he seguido sin un momento de vacilación? ¿No soy hombre, y por tanto de naturaleza frágil y propensa al error? Ahora debo abandonar la soledad de mi retiro; las damas más puras y nobles de Madrid se presentan continuamente en la abadía, y no quieren ningún otro confesor. Debo acostumbrar mis ojos a los objetos tentadores, y exponerme a la seducción de la concupiscencia y el deseo. ¿Y si encontrase, en ese mundo en el que me veo obligado a adentrarme, una mujer adorable, adorable... como vos, Virgen María...?»

Diciendo esto, clavó los ojos en un retrato de la Virgen que tenía colgado frente a él: desde hacía dos años, éste era el objeto de su cada vez más creciente adoración. Guardó silencio, y lo contempló extasiado.

« ¡Qué belleza la de ese semblante! -prosiguió tras unos minutos-. ¡Qué graciosa es la forma de esa cabeza! ¡Qué dulzura y majestad hay en sus divinos ojos! ¡Qué blanda-mente apoya la mejilla en su mano! ¿Puede la rosa competir con el rubor de esa mejilla? ¿Puede rivalizar el lirio con la blancura de esa mano? ¡Oh! ¡Si existiera una criatura se-mejante, existiría sólo para mí! ¡Ojalá me fuera dado enroscar entre mis dedos esos dorados rizos, y rozar con mis labios los tesoros de ese níveo pecho! ¡Dios misericordioso!, ¿resistiría entonces la tentación? ¿No cambiaría por un simple abrazo la recompensa de treinta años de sufrimiento? ¿No abandonaría...? ¡Qué insensato soy! ¿Adónde me arrastra la admiración que me causa este retrato? ¡Atrás, pensamientos

impuros! Debo recordar que la mujer ya no existe para mí. Jamás ha nacido un ser mortal tan perfecto como el de ese cuadro. Si existiese, la prueba sería demasiado dura para una virtud ordinaria; pero la de Ambrosio es inquebrantable frente a toda tentación. ¿Tentación he dicho? Para mí ni existiría. La que me extasía, cuando la idealizo y la considero como un ser superior, me repugnaría verla convertida en mujer manchada con todas las flaquezas de la mortalidad. No es la belleza de la mujer lo que suscita en mí este entusiasmo; ¡es la habilidad del pintor lo que admiro, es la divinidad lo que yo adoro! Pues, ¿no han muerto las pasiones en mi pecho? ¿No me he liberado de la humana fragilidad? ¡No temas, Ambrosio! Ten confianza en la fuerza de tu virtud. Entra con decisión en el mundo, puesto que estás por encima de sus debilidades. Piensa que ahora te hallas exento de los defectos de la humanidad; y desafía todas las artes de los Espíritus de las Tinieblas. ¡Van a saber quién eres!»

Aquí, sus desvaríos se vieron interrumpidos por tres suaves golpecitos en la puerta de su celda. El abad despertó dificultosamente de su delirio. Se repitió la llamada.

-¿Quién es? -preguntó Ambrosio por fin.

-Soy Rosario -respondió una voz suave.

-¡Entra! ¡Entra, hijo mío!

Se abrió la puerta inmediatamente, y apareció Rosario con una pequeña cesta en la mano.

Rosario era un joven novicio del monasterio, que quería hacer los votos dentro de tres meses. Una especie de misterio envolvía su juventud que le hacía a la vez objeto de interés y curiosidad. Su odio a la sociedad, su profunda melancolía, su rígida observancia de las reglas de su orden, y su retiro voluntario del mundo a una edad tan excepcional, llamaban la atención de la comunidad entera. Parecía te-meroso de ser reconocido, y nadie le había visto jamás el rostro. Llevaba la cabeza continuamente cubierta con la cogulla. Sin embargo, a juzgar por las facciones accidentalmente vislumbradas, parecía ser de lo más hermoso y noble. En el monasterio tan sólo se le conocía con el nombre de Rosario. Nadie sabía de dónde había venido, y cuando se le preguntaba al respecto, guardaba un profundo silencio. Un desconocido, cuyo rico atuendo y magnífico carruaje le proclamaban de distinguido linaje, había pedido a los monjes que recibiesen al novicio y había depositado las sumas necesarias. Al día siguiente volvió con Rosario, y desde entonces no volvió a saberse nada más de él.

El joven había evitado cuidadosamente la compañía de los monjes: respondía a sus atenciones con dulzura, aunque con reserva, y evidentemente mostraba su inclinación a la soledad. El superior era la sola excepción a esta regla general. A él le miraba con un respeto próximo a la idolatría: buscaba su compañía con la más atenta asiduidad, y aprovechaba ansioso cualquier medio para granjearse su favor. En compañía del abad, su corazón parecía sentirse extraordinariamente a gusto, y por su parte, no se sentía menos atraído hacia el joven; sólo ante él olvidaba su habitual severidad. Cuando le hablaba, adoptaba insensiblemente un tono más suave que el que era habitual en él; y ninguna voz le resultaba tan dulce como la de Rosario. Recompensaba las atenciones del joven instruyéndole en las más variadas ciencias; el novicio acogía sus lecciones con docilidad; Ambrosio estaba cada día más encantado con la vivacidad de su genio, la sencillez de sus modales y la rectitud de su corazón; en suma, le amaba con todo el afecto de un padre. A veces no podía por menos de experimentar un secreto deseo de verle la cara a su discípulo; pero su norma de renunciación abarcaba incluso la curiosidad, y le impedía comunicar sus deseos al joven.

-Perdonad mi intrusión, padre -dijo Rosario, mientras ponía la cesta sobre la mesa-; acudo a vos con un ruego. Al saber que un querido hermano está gravemente enfermo, vengo a suplicaros que recéis por su restablecimiento. Si alguna plegaria puede interceder por él en el cielo, la vuestra debe de ser la más eficaz.
-Sabes que puedes pedirme, hijo mío, cuanto dependa de mí. ¿Cómo se llama tu amigo?
-Vincentio della Ronda.
-Es suficiente. No le olvidaré en mis plegarias, ¡y ojalá nuestro tres veces bendito San Francisco se digne escuchar mi intercesión! ¿Qué llevas en la cesta, Rosario?
-Unas cuantas flores, reverendo padre, que he observado os son muy gratas. ¿Me permitís ordenarlas en vuestro aposento?
-Tus atenciones me encantan, hijo mío.
Mientras Rosario distribuía el contenido de la cesta en pequeños jarrones, colocados a este propósito en diversos lugares de la habitación, el abad prosiguió de este modo la conversación:
-No te he visto en la iglesia esta tarde, Rosario.
-Sin embargo, estaba presente, padre. Os estoy demasiado agradecido por vuestra protección, para perderme la oportunidad de presenciar vuestro triunfo.
-¡Ay, Rosario! Tengo pocos motivos para triunfar: el Santo hablaba por mi boca; a él corresponde todo el mérito. Entonces, ¿te ha satisfecho mi discurso?
-¿Satisfecho, decís? ¡Oh, os habéis superado! jamás había oído una elocuencia así... ¡salvo una vez!
Aquí el novicio dejó escapar involuntariamente un suspiro.
-¿Cuándo fue esa vez? -preguntó el abad.
-Cuando os tocó predicar el día de la súbita indisposición del difunto superior.
-Lo recuerdo. De eso hace más de dos años. ¿Y estabas presente? Yo no te conocía entonces, Rosario.
-Es cierto, padre. ¡Pluguiera a Dios que hubiese muerto yo, para no ver aquel día! ¡Cuántos sufrimientos, cuántos trabajos me habría ahorrado!
-¿Sufrimientos a tus años, Rosario?
-Sí, padre. Sufrimientos que, si vos los conocierais, ¡despertarían vuestra cólera y vuestra compasión! ¡Sufrimientos que representan a la vez el tormento y el placer de mi exis-tencia! Pero en este retiro, mi pecho estaría sosegado, si no fuese por las torturas de la aprensión. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Qué cruel es vivir sumido en el miedo! ¡Padre! He renunciado a todo, he abandonado el mundo y sus delicias para siempre: nada me queda, nada tiene encanto para mí, salvo vuestra amistad, salvo vuestro afecto. ¡Si yo perdiera eso, padre! ¡Oh!, si yo perdiera eso, ¡temblad ante los efectos de mi desesperación!
-¿Temes perder mi amistad? ¿Cómo puede mi conducta justificar tu temor? Deberías conocerme mejor, Rosario, y considerarme digno de tu confianza. ¿Cuáles son tus sufrimientos? Revélamelos, y ten la seguridad de que si está en mi poder aliviarlos...
-¡Ah!, nadie podría más que vos. Sin embargo, no os los puedo revelar. ¡Me odiaríais por esta revelación! ¡Me arrojaríais de vuestra presencia con desprecio e ignominia!
-¡Hijo mío! ¡Te lo suplico! ¡Te lo ruego!
-¡Por piedad, no me insistáis más! No debo... No me atrevo... ¡Escuchad! ¡La campana llama a vísperas! ¡Padre, dadme vuestra bendición, y os dejaré!

Y diciendo esto, se dejó caer de rodillas y recibió la bendición que había pedido. Luego, posando los labios sobre la mano del abad, se levantó del suelo y abandonó

apresuradamente el aposento. Poco después, Ambrosio bajó a vísperas [que se celebraban en una pequeña capilla pertene-ciente a la abadía] lleno de sorpresa ante la singular conducta del joven.
Terminado el oficio de vísperas, los monjes se retiraron a sus respectivas celdas. Sólo se quedó el abad en la capilla para recibir a las monjas de Santa Clara. No llevaba mucho tiempo sentado en el confesionario, cuando hizo su aparición la priora. Escuchó a cada una de las monjas por turno, mientras las demás aguardaban con la priora en la sacristía adyacente. Ambrosio escuchó las confesiones con atención, hizo muchas exhortaciones, impuso las penitencias de acuerdo con cada falta, y durante un rato todo transcurrió como de costumbre: hasta que de pronto, a una de las monjas, que destacaba por la nobleza de su aire y la elegancia de su figura, se le cayó inadvertidamente una carta del pecho. Se iba a retirar sin darse cuenta de la pérdida. Ambrosio creyó que sería de algún pariente, y la recogió con intención de devolvérsela.
-Aguardad, hija -dijo-; se os ha caído...
En ese instante, como el papel estaba ya abierto, sus ojos leyeron involuntariamente las primeras palabras. ¡Dio un paso atrás, sorprendido! La monja se había vuelto al oír que la llamaban; vio la carta en sus manos, y profiriendo un grito de terror, corrió a recuperarla en seguida.
-¡Deteneos! -dijo el fraile, en un tono de severidad-: hija, debo leer esta carta.
-¡Entonces, estoy perdida! -exclamó, cogiéndose las manos violentamente.
Su rostro perdió inmediatamente todo su color, comenzó a temblar con tal agitación, que se vio obligada a abrazarse a una columna de la capilla para no caer al suelo. Entretanto, el abad leyó las siguientes líneas:

Todo está preparado para vuestra fuga, mi queridísima Inés. Mañana a las doce de la noche, espero encontraros en la puerta del jardín. He conseguido la llave, y en pocas horas estaréis en lugar seguro. No dejéis que equívocos escrúpulos os induzcan a rechazar este medio de salvaros vos y la inocente criatura que alimentáis en vuestro seno. Recordad que prometisteis ser mía mucho antes de ingresar en la iglesia; que vuestro estado se hará muy pronto evidente ante los ojos observadores de vuestras compañeras, y que la huida es el único medio de evitar los efectos de su malévolo resentimiento. ¡Adiós, Inés mía!, ¡mi querida y destinada esposa! ¡No dejéis de estar en la puerta del jardín a las doce!

Tan pronto como hubo terminado, Ambrosio dirigió una mirada severa e irritada a la imprudente monja.
-¡Esta carta tiene que verla la madre priora! -dijo, y se dispuso a salir.
Sus palabras sonaron como un estampido en los oídos de la monja, que despertó de su embotamiento sólo para darse cuenta de los peligros de su situación. Corrió tras él, y le retuvo por el hábito.
-¡Aguardad! ¡Oh, aguardad! -gritó con acento desespe-rado, arrojándose a los pies del fraile, y bañándoselos con sus lágrimas-. ¡Padre, compadeceos de mi juventud! ¡Mirad con indulgencia la debilidad de una mujer, y dignaos ocultar mi fragilidad! ¡Pasaré el resto de mi vida expiando esta única falta, y vuestra benevolencia llevará un alma al cielo!
-¡Asombroso atrevimiento! ¡Pues qué! ¿Va a convertirse el convento de Santa Clara en un asilo de prostitutas? ¿Debo consentir que la iglesia de Cristo alimente en su pecho

el libertinaje y la vergüenza? ¡Indigna desdichada! Semejante lenidad me haría vuestro cómplice. La clemencia aquí sería criminal. Os habéis abandonado a la lujuria de un seductor; habéis mancillado los hábitos sagrados con vuestra impureza ¿y aún os atrevéis a consideraros digna de mi compasión? ¡Vamos, no me detengáis más! ¿Dónde está la madre priora? -añadió, alzando la voz.

-¡Deteneos! ¡Padre, deteneos! ¡Escuchadme sólo un momento! No me acuséis de impureza, ni creáis que me ha descarriado el ardor de mi temperamento. Mucho antes de que tomase los hábitos, Raimundo era dueño de mi corazón: él me inspiró la más pura e irreprochable pasión, y es-taba a punto de convertirse en mi legítimo esposo. Una horrible aventura, y la traición de una pariente, nos separaron al uno del otro: creí que le había perdido para siempre, y entré en el convento impulsada por la desesperación. El azar nos unió otra vez; no fui capaz de renunciar al melancólico placer del mezclar mis lágrimas con las suyas: nos citamos de noche en los jardines de Santa Clara, y en un momento de ofuscamiento violé mi voto de castidad. Pronto seré madre: Reverendo Ambrosio, tened compasión de mí; tened compasión del ser inocente cuya existencia está atada a la mía. Si descubrís mi imprudencia a la superiora, estaremos perdidos los dos: los castigos que asignan las reglas de Santa Clara a las desventuradas como yo son los más severos y crueles. ¡Digno, dignísimo padre! ¡Que vuestra conciencia inmaculada no os vuelva insensible ante los menos capaces de resistir la tentación! ¡Que no sea la misericordia la única virtud que no conmueve vuestro corazón! ¡Apiadaos de mí, reverendísimo padre! ¡Devolvedme la carta y no me condenéis a una muerte inexorable!

-¡Vuestro atrevimiento me confunde! ¿Ocultar vuestro crimen, yo, a quien acabáis de engañar con vuestra fingida confesión? ¡No, hija, no! Os haré un favor más esencial. Os rescataré de la perdición a pesar de vos misma. La penitencia y la mortificación expiarán vuestra culpa, y el rigor os obligará a volver a la senda de la santidad. ¡Eh! ¡Madre Santa Águeda!

-¡Padre! ¡Por todo lo que es sagrado, por cuanto es más caro para vos, os ruego, os suplico...!

-¡Soltadme! No quiero escucharos. ¿Dónde está la superiora? Madre Santa Águeda, ¿dónde estáis?

Se abrió la puerta de la sacristía, y la priora entró en la capilla, seguida de sus monjas.

-¡Cruel! ¡Cruel! -exclamó Inés, soltando el hábito del monje.

Trastornada y desesperada, se arrojó al suelo, golpeándose el pecho y desgarrándose el velo con todo el frenesí de la desesperación. Las monjas se quedaron asombradas ante esta escena. El fraile tendió el fatídico papel a la priora, le contó cómo lo había encontrado, y añadió que a ella correspondía decidir la penitencia que merecía la culpable.

Mientras leía la carta, el semblante de la superiora se iba inflamando de cólera. ¡Cómo! ¡Un crimen semejante cometido en su convento, y conocido por Ambrosio, el ídolo de Madrid, el hombre a quien más deseaba ella dar impresión del rigor y regularidad de su casa! No había palabras para expresar su ira. Se quedó callada y lanzó una mirada de amenaza y malignidad a la monja tendida.

-¡Llevadla al convento! -dijo por fin a algunas de sus acompañantes.

Dos de las monjas más viejas se acercaron ahora a Inés, la levantaron del suelo a la fuerza y se dispusieron a llevársela de la capilla.

-¡Cómo! -exclamó Inés de repente, zafándose con gesto perturbado de las manos que la sujetaban-. ¿No hay ninguna esperanza para mí? ¿Ya me lleváis a castigarme?

¿Dónde estáis, Raimundo? ¡Oh! ¡Salvadme! ¡Salvadme! -Luego, lanzando una mirada frenética al abad, prosiguió-: ¡Escuchadme, hombre sin corazón! ¡Escuchadme, orgulloso, duro y cruel! ¡Podíais haberme salvado, podíais haberme devuelto la felicidad y la virtud, pero no habéis querido! Sois el destructor de mi alma. ¡Sois mi asesino, y sobre vos caerá la maldición de mi muerte y la de mi hijo nonato! ¡Altivo en vuestra virtud hasta ahora inconmovible, habéis despreciado las súplicas de una penitente; pero Dios tendrá piedad, aunque vos no tengáis ninguna! ¿Dónde está el mérito de vuestra cacareada virtud? ¿Qué tentaciones habéis vencido? ¡Cobarde! ¡Vos habéis huido de la seducción, no os habéis enfrentado a ella! ¡Pero ya os llegará el día en que tendréis que poneros a prueba! ¡Oh! ¡Entonces, cuando sucumbáis a las pasiones impetuosas! ¡Cuando sintáis que el hombre es débil, y ha nacido para el error! ¡Cuando, temblando, volváis los ojos hacia vuestros crímenes, y supliquéis con terror la misericordia de Dios, en ese espantoso momento, pensad en mí! ¡Pensad en vuestra crueldad! ¡Pensad en Inés, y perded toda esperanza de perdón!

Y tras proferir estas últimas palabras, la abandonaron todas sus fuerzas y cayó exánime sobre el pecho de una monja que había junto a ella. Inmediatamente la sacaron de la capilla, y sus compañeras salieron detrás.

Ambrosio no había escuchado sus reproches sin emoción. Una secreta opresión en el corazón le hacía comprender que había tratado a la desventurada con excesiva severidad. Así que detuvo a la priora, y se aventuró a decirle unas palabras en favor de la culpable.

-La violencia de la desesperación -dijo- prueba al menos que el vicio no le es familiar. Quizá tratándola con algo menos de rigor de lo que es preceptivo, y mitigando un poco la acostumbrada penitencia...

-¿Mitigarla, padre? -interrumpió la madre priora-; no, creedme. Las reglas de nuestra orden son estrictas y severas; han caído en desuso últimamente. Pero el crimen de Inés me hace ver la necesidad de restaurarlas. Voy a manifestar mi intención al convento, e Inés será la primera en sentir el rigor de esas reglas, que serán observadas al pie de la letra. ¡Adiós, padre!

Y, dicho esto, abandonó apresuradamente la capilla. «He cumplido con mi deber», se dijo Ambrosio a sí mismo.

Sin embargo, esta reflexión no le dejó totalmente satisfecho. Para disipar las desagradables ideas que esta escena había suscitado en él, al abandonar la capilla bajó al jardín de la abadía. No había en todo Madrid lugar más hermoso ni más ordenado. Estaba trazado con el gusto más exquisito. Las flores más escogidas lo adornaban hasta la profusión, y aunque hábilmente distribuidas, parecían plantadas tan sólo por la mano de la naturaleza: las fuentes, brotando de tazas de blanco mármol, refrescaban el aire con una lluvia constante. Y los muros estaban enteramente cubiertos de jazmines, parras y madresel vas. Y la hora añadía belleza al escenario. La luna llena, surcando un cielo azul y sin nubes, derramaba sobre los árboles un resplandor tembloroso, y el agua de las fuentes centelleaba bajo los rayos de plata. Una brisa mansa esparcía la fragancia del azahar por los senderos, y los ruiseñores elevaban su melodioso murmullo desde la protección de una floresta artificial. El abad dirigió sus pasos hacia ese lugar.

En el seno de ese pequeño bosquecillo se abría una gruta rústica que imitaba una ermita. Las paredes estaban construidas con raíces de árboles, y los intersticios rellenos de musgo y de hiedra. A uno y otro lado había trozos de césped, y una cascada natural caía de la roca que había en-cima. Ensimismado, el monje se acercó a este

lugar. Una calma universal inundó su pecho, y una tranquilidad voluptuosa fue sumiendo su espíritu en una especie de languidez.
Llegó a la ermita; e iba a entrar para descansar un poco, cuando se detuvo, al descubrir que ya estaba ocupada. Inclinado en uno de los bancos, había un hombre en melancólica postura. Tenía la cabeza apoyada sobre un brazo, y parecía sumido en honda meditación. El monje se acercó y reconoció a Rosario: lo contempló en silencio, pero no entró en la ermita. Unos minutos después, el joven alzó los ojos y los fijó con tristeza en la pared de enfrente.
-¡Sí! -dijo, con un suspiro profundo y quejumbroso-. ¡Siento toda la dicha de tu situación, y toda la desventura de la mía! ¡Qué feliz sería yo si pudiese pensar igual que tú! ¡Si pudiese, como tú, mirar con aversión al género humano y pudiera enterrarme para siempre en alguna impenetrable soledad, y olvidar que en el mundo hay seres que merecen ser amados! ¡Oh, Dios! ¡Qué bendición sería la misantropía para mí!
-Ese es un pensamiento muy extraño, Rosario -dijo el abad, entrando en la gruta.
-¿Vos aquí, reverendo padre? -exclamó el novicio.
Al tiempo que se levantaba confundido de su sitio, se echó la cogulla apresuradamente sobre la cara. Ambrosio se sentó en el banco, y obligó al joven a sentarse junto a él.
-No debes alentar esta disposición a la melancolía -dijo-; ¿qué es lo que te hace mirar con ojos tan deseosos la misantropía, el más odioso de todos los sentimientos?
-La lectura de estos versos, padre mío, que hasta hoy habían escapado a mi observación. La excepcional claridad de la luna me ha permitido leerlos; y, ¡oh, cómo envidio los sentimientos de su autor!
Diciendo esto, señaló una tableta de mármol fijada en la pared opuesta: en ella estaban grabados los siguientes versos.

INSCRIPCIÓN EN UNA ERMITA

Quienquiera que lea ahora estos versos,
No crea que si, retirado del mundo,
Gozo los días solitarios que paso en este lúgubre desierto,
Que un remordimiento de conciencia herida me arrojó a este lugar.
Ningún pensamiento de culpa amarga mi pecho,
Libremente huí de las galantes moradas;
Pues vi que en los palacios y torres, la lujuria y el orgullo,
Potencias más caras y negras del demonio, con dignidad presiden.
Vi a la humanidad encostrada de vicio,
Vi herrumbrosa la espada del honor,
Que a nadie conmueve sino la loca lascivia,
Que era engañado aquel que confiaba en el amor o el amigo,
Y aquí vine, disgustado con el hombre, a acabar mis días.
En esta cueva solitaria, vestido de harapos,
Como un enemigo de la bulliciosa locura
Y sumida mi frente en la melancolía, transcurre mi vida
Y me entrego al oficio divino, y así consumo el día.
Más contento y alegría encuentro yo
En esta cueva, que en tiempos pasados
En el palacio; y elevando el pensamiento al Dios de los cielos,

Cada noche y mañana con voz implorante este deseo elevo yo:
«Déjame, ¡oh, Señor!, salir de esta vida
Sin conocer el fuego de la culpa mundana,
Ni el latido compungido, ni el deseo desatado,
Y cuando muera,
Que expire con esta creencia: "¡Vuelo hacia Dios!"».
Extranjero, si lleno de juventud y de exceso,
Aún no ha roto el pesar tu sosiego,
Aún mirarás, con ojo desdeñoso
La oración del ermitaño;
Pero si tienes motivo para suspirar por tu culpa o tu cuidado,
Si has conocido el enojo de un amor falso,
O vives desterrado de tu nación,
O culpable, te asusta una culpa y por ella desfalleces,
¡Oh! ¡Cuánto debes lamentar tu condición, y envidiar la mía!

-Si le fuera posible al hombre -dijo el fraile- sumergirse en sí mismo hasta el punto de vivir absolutamente de espaldas a la humana naturaleza, y no obstante pudiese conocer la serena tranquilidad que reflejan estos versos, admitiría que tal estado sería más deseable que vivir en un mundo tan plagado de vicios y locuras. Pero jamás se da este caso. Esta inscripción fue colocada ahí como mero ornamento de la gruta, y los sentimientos y el ermitaño son igualmente imaginarios. El hombre ha nacido para la sociedad. Por poco que se sienta vinculado al mundo, jamás lo puede olvidar del todo, ni soportar ser olvidado enteramente por él.
Disgustado por la culpa y la absurdidad del género humano, el misántropo huye de él. Decide hacerse ermitaño, y se entierra en la caverna de alguna tenebrosa roca. Mientras el odio inflama su pecho, posiblemente se sienta a gusto en su situación. Pero cuando sus pasiones comiencen a enfriarse, cuando el tiempo haya aliviado sus dolores y sanen aquellas heridas que se llevó consigo a su retiro, ¿crees que el gozo será su compañero? ¡Ah, no, Rosario! Al no sentirse ya sostenido por la violencia de sus pasiones, siente toda la monotonía de su forma de vida, y su corazón se hace presa del tedio y el cansancio. Mira a su alrededor, y descubre que está solo en el universo: el amor a la sociedad renace en su pecho, y anhela regresar al mundo que ha abandonado. La naturaleza pierde todo encanto ante sus ojos. No tiene a nadie junto a él que le señale sus bellezas, o comparta su admiración ante su excelencia y variedad. Apoyado en el fragmento de alguna roca, contempla la caída de la cascada con ojos ausentes, mira sin emoción el esplendor del ocaso, y regresa lentamente a su celda en el crepúsculo, pues nadie está ansioso por su llegada. No siente placer en su comida solitaria e insulsa. Se deja caer desalentado e insatisfecho en su lecho de musgo, y despierta sólo para pasar un día tan triste y tan monótono como el anterior.
-¡Me asombráis, padre! Suponiendo que las circunstancias os hubieran condenado a la soledad, ¿no habrían comunicado esa serenidad a vuestro corazón los deberes de la religión y la conciencia de una vida bien empleada...?
-Me engañaría a mí mismo, si lo considerase posible. Estoy convencido de lo contrario, y de que toda mi fortaleza no evitaría que cayese en la melancolía y el tedio. Después de pasar el día dedicado al estudio, ¡no sabes con cuánto placer me reúno con mis hermanos por la tarde! Después de pasar largas horas en soledad, ¡cómo explicarte la alegría que experimento al ver otra vez a mis semejantes! Es en este aspecto en

Librodot

donde yo sitúo el principal mérito de una institución monástica. Aleja al hombre de las tentaciones del vicio; le concede el reposo necesario para el servicio del Ser Supremo; le ahorra la mortificación de presenciar los crímenes del mundo y, sin embargo, le permite gozar de las bendiciones de la sociedad. ¿Y tú, Rosario, envidias la vida del ermitaño? ¿Puedes estar tan ciego a la dicha de tu situación? Reflexiona un momento. Esta abadía se ha convertido en tu refugio: tu regularidad, tu mansedumbre, tu talento, te han convertido en objeto de la estima de todos. Estás apartado del mundo al que declaras odiar; sin embargo, sigues en posesión de los beneficios de la sociedad, de una sociedad compuesta por los hombres más apreciables.

-¡Padre! ¡Padre! ¡Esa es la causa de mi tormento! ¡Feliz habría sido mi vida si la hubiese pasado entre los viciosos y los disolutos! ¡Ojalá no hubiese oído pronunciar jamás el nombre de la virtud! ¡Es mi adoración ilimitada de la religión, es la intensa sensibilidad de mi alma para la belleza de la pureza y el bien, lo que me llena de vergüenza! ¡Lo que me empuja a la perdición! ¡Oh! ¡Ojalá no hubiese visto jamás los muros de esta abadía!

-¡Cómo, Rosario! La última vez que estuvimos juntos hablabas en un tono diferente. ¿En tan poca cosa se ha convertido mi amistad? De no haber visto los muros de esta abadía, jamás me habrías conocido a mí. ¿Es ése realmente tu deseo?

-¿No os habría visto jamás? -repitió el novicio, levantándose del banco, y cogiendo la mano del fraile frenéticamente-. ¿Vos? ¿Vos? ¡Ojalá hubiera hecho Dios que un rayo cegara mis ojos, antes de llegar a veros! ¡Ojalá hubiera querido Dios que no os hubiese vuelto a ver, y que pudiera olvidar haberos visto jamás!

Con estas palabras, salió corriendo de la gruta. Ambro-sio permaneció donde estaba, reflexionando sobre la inexplicable conducta del joven. Le pareció que había perdido el juicio; sin embargo, su actitud general, la coordinación de sus ideas y la serenidad de su comportamiento hasta el momento de abandonar la gruta, parecía desmentir esta hipótesis. Unos minutos después, regresó Rosario. Se sentó nuevamente en el banco. Apoyó una mejilla sobre una mano y con la otra se enjugó las lágrimas que le resbalaban de cuando en cuando de los ojos.

El monje le miró con compasión y se abstuvo de interrumpir sus meditaciones. Durante un rato, los dos guardaron un profundo silencio. El ruiseñor se había posado ahora en un naranjo que había enfrente de la ermita y derramaba un trino de lo más triste y melodioso. Rosario alzó la cabeza y escuchó con atención.

-Así -dijo, dejando escapar un profundo suspiro-; así es como, durante el último y desventurado mes de su vida, solía sentarse mi hermana a escuchar los ruiseñores. ¡Pobre Matilde! Ahora duerme en su tumba, y su roto corazón no late ya de pasión.

-¿Tenías una hermana?

-Decís bien: tenía. ¡Ay! Ahora ya no la tengo. Pereció bajo el peso de sus desventuras en la misma primavera de la vida.

-¿Cuáles eran esas desventuras?

-No son de las que conmueven vuestra piedad. No conocéis el poder de esos irresistibles, esos fatales sentimientos de los que es presa el corazón. Padre, ella amaba desventuradamente. Su pasión por un hombre dotado de todas las virtudes, o más bien diría de la divinidad, resultó fatal para su existencia. Su noble figura, su carácter inmaculado, sus diversos talentos, su sólida, maravillosa y gloriosa sabiduría, podían haber inflamado el pecho más insensible. Mi hermana le vio, y se atrevió a amarle, aunque jamás osó esperar nada.

-Si tan bien había encauzado su amor, ¿qué le impedía a ella abrigar la esperanza de

ser correspondida?
-¡Padre, antes de conocerla él, Julián ya había dado promesa a la mujer más pura y más celestial! Sin embargo, mi hermana aún le amaba, y por amor al esposo, amó con locura a la esposa también. Una mañana encontró el medio de escapar de casa de nuestro padre. Vestida con ropas hu-mildes, se ofreció como sirvienta a la esposa del amado, y ésta la aceptó. Entonces estuvo continuamente en su presencia: se esforzó por granjearse su favor, y lo consiguió. Sus atenciones despertaron el interés de Julián. Los virtuosos son siempre agradecidos, de modo que distinguió a Matilde por encima del resto de sus compañeras.
-¿Y tus padres, no la buscaron? ¿Aceptaron dócilmente su pérdida, sin intentar recobrar a la hija extraviada?
-Antes de que la pudieran encontrar, ella misma se descubrió. Su amor se volvió demasiado violento para poder ocultarlo. Sin embargo, no deseaba la persona de Julián, ella sólo ambicionaba una parte de su corazón. En un momento de impremeditación, ella le confesó su afecto. ¿Cuál fue la recompensa? Enamorado de su esposa, y convencido de que una mirada de compasión a otra era como robarle algo a ella, echó a Matilde de su presencia. Le prohibió volver a presentarse más ante él. Su severidad le destrozó el corazón: regresó a casa de nuestro padre, y a los pocos meses la llevaban a la tumba.
-¡Desventurada muchacha! Evidentemente, el destino fue demasiado severo con ella, y Julián demasiado cruel.
-¿Lo creéis así, padre? -exclamó el novicio con vivacidad-. ¿Consideráis que fue demasiado cruel?
-Desde luego, y la compadezco muy sinceramente.
-¿La compadecéis? ¿La compadecéis? ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! ¡Entonces compadecedme a mí!
El fraile dio un respingo; luego, tras un momento de pausa, Rosario añadió con voz insegura:
-Pues mis sufrimientos son aún mayores. Mi hermana tenía un amigo, un amigo de verdad, que se apiadaba de la agudeza de sus sentimientos, y no le censuraba su incapacidad para reprimirlos. Yo... ¡Yo no tengo ningún amigo! ¡En todo el ancho mundo no hay un solo corazón que quiera compartir los sufrimientos del mío!
Al pronunciar estas palabras, sollozó audiblemente. El fraile se conmovió. Le cogió la mano, y se la apretó con ternura.
-¿No tienes amigo, dices? ¿Entonces qué soy yo? ¿Por qué no confías en mí, a qué tienes miedo? ¿A mi severidad? ¿La he empleado alguna vez contigo? ¿La dignidad de mi hábito? Rosario, deja a un lado al monje, y te ruego que no me consideres más que como tu amigo, tu padre. Bien puedo adoptar ese título, pues jamás ha velado un padre por su hijo con el afecto que velo yo por ti. Desde el momento en que te vi por primera vez, sentí que en mi pecho se despertaban unos sentimientos que hasta entonces desconocía; noté que tu compañía me producía un gozo que no me proporcionaba la de ningún otro; y al comprobar la magnitud de tu genio y tu saber, me congratulé como un padre ante las perfecciones de su hijo. Así que desecha tus temores; háblame con franqueza. Háblame, Rosario, y dime que confías en mí. Si mi ayuda y mi piedad pueden aliviar tu desventura...
-¡Sí que pueden! ¡Sólo las vuestras pueden! ¡Ah! ¡Padre, cómo desearía poder desvelaros mi corazón! ¡Cómo desea-ría confesaros el secreto que me agobia! ¡Pero tengo miedo! ¡Tengo miedo!

-¿De qué, hijo mío?
-De que me odiéis por mi debilidad; de que la recom-pensa a mi confianza sea la pérdida de vuestra estima.
-¿Cómo podría yo tranquilizarte? Piensa en toda mi conducta pasada, en la paternal ternura que he mostrado siempre contigo. ¿Odiarte, Rosario? No me sería posible. Perder tu compañía significaría privarme del mayor placer de mi vida. Así que cuéntame qué te aflige, y créeme si juro solemnemente...
-¡Deteneos! -interrumpió el novicio-; juradme que, cualquiera que sea mi secreto, no me obligaréis a abandonar el monasterio hasta haber concluido mi noviciado.
-Os lo prometo sinceramente, y como mantengo yo la promesa que te hago, mantenga Cristo la que hizo al hom-bre. Ahora explícame este misterio y confía en mi indulgencia.

Os obedezco. Sabed pues... ¡Oh! ¡Cómo tiemblo a la hora de decirlo! Escuchadme con compasión, venerado Ambrosio. ¡Apelad a toda chispa latente de humana debilidad que pueda ayudaros a compadecer la mía! ¡Padre! -prosiguió, arrojándose a los pies del fraile y besándole la mano con ansiedad, mientras la agitación ahogaba momentáneamente su voz-. ¡Padre! -continuó, con acento vacilante-, ¡soy mujer!

El abad se estremeció ante esta inesperada confesión. Prosternado en el suelo, el falso Rosario parecía aguardar en silencio la decisión de su juez. El estupor del uno, y el temor del otro, les tuvieron encadenados en las mismas ac-titudes durante unos minutos, como tocados por la varita de un mago. Por último, recobrándose de su confusión, el monje abandonó la gruta y se encaminó apresuradamente a la abadía. Su acción no pasó inadvertida a la suplicante. Se levantó inmediatamente del suelo y corrió tras él, le alcanzó, se arrojó a sus pies y se abrazó a sus rodillas. Ambrosio forcejeó en vano para librarse de este abrazo.
-¡No huyáis de mí! -exclamó-. ¡No me abandonéis al impulso de la desesperación! ¡Dejad que justifique mi imprudencia! ¡Confieso que la historia de mi hermana es la mía propia! Soy Matilde; y vos sois su amado.

Si la sorpresa de Ambrosio fue grande al principio, esta segunda confesión rebasó todos los límites. Atónito, con-fundido e indeciso, se sintió incapaz de pronunciar una sílaba, y se quedó mirando en silencio a Matilde; esto le dio a ella ocasión de proseguir su explicación de este modo:
-No penséis, Ambrosio, que he venido a robaros a la es-posa de vuestros afectos. No, creedme, sólo la religión es digna de vos; está muy lejos de los deseos de Matilde apartaros de la senda de la virtud. Lo que siento por vos es amor, no concupiscencia. Aspiro a poseer vuestro corazón, no ambiciono gozar de vuestra persona. Dignaos escuchar mi justificación: en unos momentos os convenceréis de que este sagrado retiro no queda manchado por mi presencia, y que podéis concederme vuestra compasión sin transgredir ninguno de vuestros votos -se sentó; y Ambrosio, casi sin saber lo que hacía, siguió su ejemplo.

Luego ella prosiguió su discurso:
-Yo procedo de una distinguida familia: mi padre era primogénito de la noble casa de Villanegas. Murió siendo yo niña, y me nombró heredera única de sus inmensas posesiones. Joven y rica, me pretendieron los jóvenes más nobles de Madrid. Pero ninguno consiguió conquistar mis afectos. Yo me había educado bajo la custodia de un tío, dotado del más sólido juicio y la más vasta erudición. Le encantaba transmitirme algo de su sabiduría. Bajo su instrucción, mi entendimiento adquirió más fuerza y

precisión de las que suelen ser normales en mi sexo. Ayudada la habilidad de mi preceptor por mi natural curiosidad, no sólo hice considerables progresos en las ciencias universalmente estudiadas, sino en otras asequibles a muy pocos, y rechazadas por la censura en la ceguera de su superstición. Pero a la vez que mi guardián se esforzaba en ensanchar la esfera de mis conocimientos, me fue inculcando todos los preceptos morales. Me hizo ver la belleza de la religión; me enseñó a mirar con veneración a los puros y virtuosos, y, ¡ay de mí! ¡Le he obedecido demasiado bien!

»En tales disposiciones, juzgad si podría yo observar con otro sentimiento que el de aversión el vicio, la disipación y la ignorancia, que deshonran a nuestros jóvenes españoles. Rechacé todos los ofreci mientos con desprecio. Mi corazón permaneció sin dueño, hasta que el azar me condujo a la catedral de los capuchinos. ¡Oh! ¡Sin duda aquel día mi ángel de la guarda se durmió, dejando abandonado su puesto! Entonces os vi por primera vez; ocupabais el lugar del superior, ausente por enfermedad. No podéis dejar de recordar el vivo entusiasmo que despertó vuestro sermón. ¡Oh! ¡Cómo bebía yo vuestras palabras! ¡Cómo parecía transportarme vuestra elocuencia! Apenas me atrevía a respirar, por temor a perderme una sílaba; y mientras hablabais, parecía que una aureola de radiante gloria rodeaba vuestra cabeza, y que de vuestro semblante emanaba la majestad de un dios. Me retiré de la iglesia inflamada de admiración. Desde aquel mo-mento, os convertisteis en el ídolo de mi corazón, en el perpetuo objeto de mis meditaciones. Hice averiguaciones sobre vos. Las informaciones que me llegaron de vuestro modo de vida, de vuestra sabiduría, piedad y abnegación reforzaron las cadenas que me había impuesto vuestra elocuencia. Comprendí que mi corazón ya no estaba vacío; que había encontrado al hombre al que hasta entonces había buscado en vano. Con el anhelo de volveros a oír, visité todos los días vuestra catedral: vos permanecíais recluido entre los muros de la abadía, y me veía obligada a retirarme siempre decepcionada y desdichada. La noche se mostraba más benévola conmigo, pues entonces me visitabais en sueños. Me prometíais eterna amistad. Me llevabais por los senderos de la virtud, y me ayudabais a soportar las vejaciones de la vida. La madrugada disipaba estas gratas visiones; al despertar, me hallaba separada de vos por barreras que parecían insuperables. El tiempo parecía aumentar la fuerza de mi pasión: me fui sumiendo en una melancolía y abatimiento aún mayores. Finalmente, no pudiendo vivir en este estado de tortura, decidí adoptar el disfraz en que ahora me veis. Mi artificio fue afortunado, pues fui recibida en el monasterio y conseguí ganarme vuestra estima.

»Ahora hubiera podido sentirme completamente feliz, de no haber venido a turbar mi paz el temor de ser descubierta. El placer que disfrutaba con vuestra compañía lo agriaba el pensamiento de que quizá no tardaría en verme privada de ella; y el corazón me latía con tanta intensidad cuando obtenía alguna prueba de vuestra amistad, que me convencí de que no podría sobrevivir a su pérdida. Así que decidí no dejar ninguna posibilidad de que se descubriese casualmen-te mi sexo, confesároslo todo a vos y entregarme enteramente a vuestra compasión y misericordia. ¡Ah, Ambrosio! ¿Acaso me he equivocado? ¿Vais a ser menos generoso de lo que yo os creía? No quiero suponerlo. No arrastraréis a una desdichada a la desesperación. ¡Aún me permitiréis veros, conversar con vos, adoraros! Vuestras virtudes serán para mí un ejemplo a lo largo de toda mi vida. Y cuando expiremos, nuestros cuerpos descansarán en la misma sepultura.

Guardó silencio. Mientras estuvo hablando, mil sentimientos contrapuestos se debatían

en el pecho de Ambrosio. La sorpresa ante su inesperada revelación, el resentimiento ante su osadía al ingresar en el monasterio, la conciencia de la severidad con que le correspondía contestar, eran sentimientos de los que se daba cuenta. Pero había otros también, de los que no se percataba. No percibía que su vanidad se sentía halagada ante las alabanzas a su elocuencia y su virtud; de que sentía un secreto placer al ver que una mujer joven, y hermosa al parecer, había abandonado el mundo por él, y había sacrificado toda otra pasión a la que él le había inspirado; y aún se daba menos cuenta de que su corazón latía de deseo mientras sentía en su mano la dulce presión de los delicados dedos de Matilde.

Gradualmente, se recobró de su ofuscamiento. Sus ideas se hicieron menos perplejas; se dio cuenta inmediatamente de la extremada insensatez que suponía el consentir que Matilde permaneciese en la abadía, después de revelar su sexo. De modo que adoptó un aire de severidad y retiró la mano.

-¡Vamos, señora! -dijo-; ¿acaso esperáis realmente que os conceda permiso para permanecer entre nosotros? Y aun cuando yo accediese a ello, ¿qué beneficio podría derivarse de ello? ¿Creéis que yo podría corresponder a un afecto que...?

-¡No, padre, no! Yo no espero inspiraros un amor como el mío. Yo sólo deseo la libertad de estar cerca de vos, pasar algunas horas al día en vuestra compañía; obtener vuestra compasión, vuestra amistad y estima. Creo que mi petición no es desorbitada.

-¡Pero reflexionad, señora! Reflexionad un momento cuán impropio sería que yo diese cobijo a una mujer en la abadía; a una mujer, además, que confiesa que me ama. No puede ser. El riesgo de que os descubran es demasiado grande, y no quiero exponerme a tan peligrosa tentación.

-¿Tentación, decís? Olvidad, padre, que soy mujer, y no existirá. Consideradme sólo como un amigo, como un desventurado cuya felicidad, cuya vida, depende de vuestra protección. No temáis que vaya a recordaros que el amor más impetuoso, el más desatado, me ha impulsado a disfrazar mi sexo; o que, instigada por deseos ofensivos para vuestros votos y para mi propio honor, intente apartaros del sendero de la rectitud. No, Ambrosio; aprended a conocerme mejor. Yo os amo por vuestras virtudes: perdedlas, y con ellas perderéis mi amor.

Decidí adoptar el disfraz en que ahora me veis. Mi artificio fue afortunado, pues fui recibida en el monasterio y conseguí ganarme vuestra estima.

»Ahora hubiera podido sentirme completamente feliz, de no haber venido a turbar mi paz el temor de ser descubierta. El placer que disfrutaba con vuestra compañía lo agriaba el pensamiento de que quizá no tardaría en verme privada de ella; y el corazón me latía con tanta intensidad cuando obtenía alguna prueba de vuestra amistad, que me convencí de que no podría sobrevivir a su pérdida. Así que decidí no dejar ninguna posibilidad de que se descubriese casualmente mi sexo, confesároslo todo a vos y entregarme enteramente a vuestra compasión y misericordia. ¡Ah, Ambrosio! ¿Acaso me he equivocado? ¿Vais a ser menos generoso de lo que yo os creía? No quiero suponerlo. No arrastraréis a una desdichada a la desesperación. ¡Aún me permitiréis veros, conversar con vos, adoraros! Vuestras virtudes serán para mí un ejemplo a lo largo de toda mi vida. Y cuando expiremos, nuestros cuerpos descansarán en la misma sepultura.

Guardó silencio. Mientras estuvo hablando, mil sentimientos contrapuestos se debatían en el pecho de Ambrosio. La sorpresa ante su inesperada revelación, el resentimiento ante su osadía al ingresar en el monasterio, la conciencia de la severidad con que le correspondía contestar, eran senti-mientos de los que se daba cuenta. Pero había otros

también, de los que no se percataba. No percibía que su vanidad se sentía halagada ante las alabanzas a su elocuencia y su virtud; de que sentía un secreto placer al ver que una mujer joven, y hermosa al parecer, había abandonado el mundo por él, y había sacrificado toda otra pasión a la que él le había inspirado; y aún se daba

menos cuenta de que su corazón latía de deseo mientras sentía en su mano la dulce presión de los delicados dedos de Matilde.

Gradualmente, se recobró de su ofuscamiento. Sus ideas se hicieron menos perplejas; se dio cuenta inmediatamente de la extremada insensatez que suponía el consentir que Matilde permaneciese en la abadía, después de revelar su sexo. De modo que adoptó un aire de severidad y retiró la mano.

-¡Vamos, señora! -dijo-; ¿acaso esperáis realmente que os conceda permiso para permanecer entre nosotros? Y aun cuando yo accediese a ello, ¿qué beneficio podría derivarse de ello? ¿Creéis que yo podría corresponder a un afecto que...?

-¡No, padre, no! Yo no espero inspiraros un amor como el mío. Yo sólo deseo la libertad de estar cerca de vos, pa-sar algunas horas al día en vuestra compañía; obtener vuestra compasión, vuestra amistad y estima. Creo que mi petición no es desorbitada.

-¡Pero reflexionad, señora! Reflexionad un momento cuán impropio sería que yo diese cobijo a una mujer en la abadía; a una mujer, además, que confiesa que me ama. No puede ser. El riesgo de que os descubran es demasiado grande, y no quiero exponerme a tan peligrosa tentación.

-¿Tentación, decís? Olvidad, padre, que soy mujer, y no existirá. Consideradme sólo como un amigo, como un desventurado cuya felicidad, cuya vida, depende de vuestra protección. No temáis que vaya a recordaros que el amor más impetuoso, el más desatado, me ha impulsado a disfra-zar mi sexo; o que, instigada por deseos ofensivos para vuestros votos y para mi propio honor, intente apartaros del sendero de la rectitud. No, Ambrosio; aprended a conocerme mejor. Yo os amo por vuestras virtudes: perdedlas, y con ellas perderéis mi afecto. Os miro como a un santo. Probadme que no sois más que un hombre, y os dejaré con repugnancia. ¿Vais entonces a temer de mí la tentación? ¿De mí, en quien los deslumbrantes placeres del mundo no despertaron otro sentimiento que el de desprecio? ¿De mí, cuyo afecto se basa en vuestra carencia de toda debilidad humana? ¡Oh! ¡Desechad tales aprensiones perniciosas! Pensad más noblemente de mí; pensad más noblemente de vos. Yo soy incapaz de induciros al pecado; y sin duda vues-tra virtud está cimentada sobre una base demasiado firme para que la hagan tambalearse unos deseos injustificables. ¡Ambrosio, queridísimo Ambrosio! ¡No me arrojéis de vuestra presencia; recordad vuestra promesa y autorizadme a que me quede!

-Imposible, Matilde; es vuestro interés el que me obliga a rechazar vuestra súplica, ya que tiemblo por vos, no por mí. Después de vencer las ebulliciones de la juventud; después de pasar treinta años de mortificación y penitencia, podría permitir que os quedarais sin peligro, y sin temor a que me inspiraseis sentimientos más cálidos que el de la mera compasión. Pero vuestra permanencia en la abadía no puede traeros más que fatales consecuencias. Interpretaríais mal todas mis palabras y mis acciones. Aprovecharíais con avidez todas las ocasiones que os alentasen a esperar una correspondencia a vuestro afecto. Insensiblemente, vuestras pasiones predominarían sobre vuestra razón; y lejos de re-primirlas mi presencia, cada momento que pasáramos juntos no serviría más que para irritarlas y excitarlas. ¡Creedme, desventurada mujer! Tenéis mi sincera compasión. Estoy convencido de que hasta aquí habéis actuado con los más puros motivos. Pero aun cuando sois ciega a la

Librodot

imprudencia de vuestra conducta, sería culpable en mí el no abriros los ojos. Me doy cuenta de que el deber me obliga a trataros con rudeza: debo rechazar vuestra súplica y disipar toda sombra de esperanza que contribuya a alentar sentimientos tan perniciosos para vuestra paz: Matilde, tendréis que iros de aquí mañana.

-¿Mañana, Ambrosio? ¿Mañana? ¡Oh! ¡Sin duda no lo decís en serio! ¡No podéis decidir arrojarme a la desesperación! ¡No podéis tener la crueldad...!

-Habéis oído mi decisión, y debéis obedecer. Las reglas de nuestra orden prohíben que permanezcáis aquí. Sería perjurio ocultar el hecho de que hay una mujer entre estos muros, y mis votos me obligarían a declarar vuestra historia a la comunidad. ¡Debéis marcharos de aquí! ¡Os compadezco, pero no puedo hacer nada más!

Pronunció estas palabras con voz débil y temblorosa. Luego, levantándose de su asiento, se dispuso a regresar apresuradamente al monasterio. Matilde profirió un grito, echó a correr tras él y le detuvo.

-¡Esperad un instante, Ambrosio! ¡Permitid que os diga una cosa!

-¡No quiero escucharos! ¡Soltadme! ¡Ya sabéis mi deci-sión!

-¡Sólo una palabra! ¡Una sola, y habré terminado!

-¡Dejadme! ¡Son inútiles vuestras súplicas! ¡Deberéis marcharos mañana!

-¡Id, pues, bárbaro! Pero aún me queda este recurso. Diciendo esto, sacó de pronto un puñal: se desgarró el hábito y apoyó la punta del arma contra su pecho.

-¡Padre, no saldré viva de estos muros!

-¡Deteneos! ¡Deteneos, Matilde! ¿Qué vais a hacer?

-Vos estáis decidido, y yo también. En el instante en queme dejéis me hundiré este acero en el corazón.

-¡San Francisco bendito! ¡Matilde, habéis perdido el juicio! ¿Os dais cuenta de las consecuencias de vuestra acción? ¿De que el suici dio es el más grande de los crímenes? ¿De que destruiréis vuestra alma? ¿De que perderéis vuestra po-sibilidad de salvación? ¿De que os enviará a la condenación eterna?

-¡No me importa! ¡No me importa! -replicó ella apasio-nadamente-. ¡O me conduce vuestra mano al paraíso, o me arroja la mía a la perdición! ¡Hablad, Ambrosio! ¡Decid que ocultaréis mi historia, que seguiré siendo vuestro amigo y compañero, o este puñal beberá mi sangre!

Al tiempo que pronunció estas palabras, alzó el brazo e hizo el movimiento como para clavárselo. Los ojos del fraile siguieron espantados la trayectoria de la daga. Matilde se había rasgado el hábito y su pecho quedaba medio al aire. Apoyó la punta del arma sobre el seno izquierdo. Y ¡oh, qué seno! La luna, iluminándolo de lleno, permitió al mon-je observar su deslumbrante blancura. Sus ojos se demora-ron ávidos en la hermosa redondez. Una sensación hasta entonces desconocida inundó su corazón, con una mezcla de ansiedad y placer. Un fuego abrasador le recorrió todos los miembros. La sangre hirvió en sus venas, y mil deseos insensatos aturdieron su imaginación.

-¡Deteneos! -exclamó con voz entrecortada-. ¡No puedo resistirlo más! ¡Quedaos pues, hechicera! ¡Quedaos para mi perdición!

Y abandonando precipitadamente el lugar, se retiró al monasterio. Llegó a su celda y se arrojó sobre el lecho tras-tornado, indeciso y confundido.

Durante un rato fue incapaz de ordenar sus ideas. La escena en que acababa de verse envuelto había suscitado tal diversidad de sentimientos en su pecho que fue incapaz de determinar cuál predominaba. No sabía qué actitud debía adoptar frente a esta perturbadora de su paz. Era consciente de que la prudencia, la religión y el decoro exigían obli-garla a abandonar la abadía. Pero por otra parte, había ra-zones tan

poderosas que la autorizaban a quedarse, que se sentía demasiado inclinado a permitirle que lo hiciera. No podía evitar sentirse halagado por la declaración de Matilde, y por el hecho de haber conquistado impremeditadamente un corazón que había resistido los asedios de los más nobles caballeros de España. El modo en que había ganado su afecto era también de lo más satisfactorio para su vanidad: recordaba las muchas horas dichosas que había pasado en compañía de Rosario, y sentía miedo al vacío que su marcha dejaría en su corazón. Pero además, reflexionó, como Matilde era rica, su favor podía ser de gran beneficio para la abadía.

« ¿Y qué riesgo corro yo -se dijo- dejándola que se quede? ¿No puedo fiar sin peligro en sus afirmaciones? ¿Acaso no puedo olvidar con facilidad su sexo, y seguir considerán-dola mi amigo y discípulo? Sin duda su amor es tan puro como lo describe. De haber sido fruto de la mera licencia, ¿lo habría ocultado durante tanto tiempo en su pecho? ¿No habría empleado algún medio de procurarle satisfacción? En cambio, ha hecho todo lo contrario. Se ha esforzado en ocultarme su propio sexo; y nada, de no ser por el temor a que mis insistencias la descubriesen, la habría obligado a re-velar el secreto. Ha cumplido con los deberes de la religión tan estrictamente como yo. No ha hecho intento alguno de excitar mis pasiones dormidas, ni ha conversado conmigo hasta esta noche acerca del amor. De haber estado deseosa de ganarse mi afecto y no mi estima, no me habría ocultado sus encantos tan cuidadosamente. Hasta este mismísimo momento no le he visto la cara; aunque ciertamente deben de ser un rostro precioso y un cuerpo hermoso los suyos, a juzgar por su... por lo que he visto.»

Al cruzarle esta última idea por la imaginación, un rubor le encendió las mejillas. Alarmado por los sentimientos a los que acababa de abandonarse, se entregó a la oración; se levantó de su lecho, se arrodilló ante la hermosa Virgen e imploró su ayuda para sofocar tan culpables emociones. Luego regresó a la cama y se abandonó al sueño.

Se despertó enfebrecido y cansado. Durante el sueño, su inflamada imaginación no había cesado de girar en torno a escenas voluptuosas. Había soñado que Matilde estaba ante él, y que volvía a demorar sus ojos en su seno desnudo. Ella le repetía sus protestas de amor eterno, le arrojaba los brazos alrededor de su cuello y le cubría de besos. El se los devolvía: la estrechaba apasionadamente contra su pecho y... se disipaba la escena. A veces, sus sueños le presentaban la imagen de su Virgen predilecta, e imaginaba que estaba de rodillas ante ella. Al ofrecerle sus votos, los ojos de la ima-gen parecían mirarle con inefable dulzura. Posaba sus labios en los del retrato, y los encontraba cálidos: la animada figura del cuadro salía de la tela, le abrazaba afectuosamente, y sus sentidos eran incapaces de soportar la intensidad de tanto placer. Tales eran las escenas que ocuparon su cerebro durante el sueño. Sus deseos insatisfechos le presentaron las imágenes más sensuales y provocativas, y le su-mergieron en goces que hasta entonces había ignorado.

Se levantó de su lecho lleno de confusión ante el recuerdo de esos sueños. Asimismo, se sentía avergonzado al pensar en las razones que la noche anterior le indujeron a au-torizar a Matilde a quedarse. Ahora se había disipado la nube que le había ofuscado el juicio. Se estremeció al contemplar los argumentos en sus verdaderos colores, y vio que había sucumbido a la adulación, a la avaricia, al amor propio. Si en una hora de conversación Matilde había producido en él un cambio tan considerable de sentimientos, ¿qué no podía esperar, si permanecía más tiempo en la aba-día? Consciente del peligro que le acechaba, despertó de su sueño de confianza, y decidió insistir en que se marchase sin demora. Empezaba a comprender que no era tan

Librodot

invul-nerable a la tentación, y que por mucho que Matilde se mantuviese dentro de los límites de la modestia, él se sen-tía incapaz de enfrentarse con estas pasiones, de las que equivocadamente se creía exento.

-¡Inés! ¡Inés! -exclamó, en medio de sus tribulaciones-. ¡Ya empiezo a sentir tu maldición!

Abandonó su celda, dispuesto a expulsar al fingido Rosario. Asistió a los maitines, pero sus pensamientos estaban ausentes, y prestó al oficio escasa atención. Su corazón y su cerebro estaban llenos de objetos mundanos, y rezó sin devoción. Terminado el oficio, bajó al jardín, dirigió sus pa-sos hacia el mismo lugar en el que tan embarazoso descu-brimiento había hecho la noche anterior. No dudaba que Matilde iría a buscarle allí: y no se equivocó. Poco después entró ella en la ermita, y se acercó al monje con timidez. Tras unos minutos, durante los cuales permanecieron en silencio, pareció ella como a punto de hablar. Pero el abad, que había estado hasta ahora haciendo acopio de toda su resolución, la interrumpió apresuradamente. Aunque ignoraba aún cuán vasto era el influjo de su voz, temía su melodiosa seducción.

-Sentaos a mi lado, Matilde -dijo, adoptando una expre-sión de firmeza, aunque evitando cuidadosamente el más mínimo asomo de severidad-; escuchadme con paciencia, y creed que lo que voy a deci ros no está motivado tanto por mi propio interés como por el vuestro. Creed que siento por vos la más cálida amistad, la más sincera compasión, y que no podéis sentiros más apenada de lo que me siento yo al teneros que decir que no debemos volver a vernos.

-¡Ambrosio! -exclamó ella con una voz que expresaba a la vez sorpresa y dolor.

-¡Serenaos, amigo mío, mi buen Rosario! ¡Dejadme que os llame por este nombre tan querido para mí! Nuestra separación es inevitable; me avergüenza confesar cuán sensi-blemente me afecta... Pero así debe ser. Me siento incapaz de trataros con indiferencia, y esa misma convicción me obliga a insistir en vuestra marcha. Matilde, no debéis per-manecer más tiempo aquí.

-¡Oh!, ¿dónde buscaré ahora sinceridad? Hastiada de un mundo insincero, ¿en qué región dichosa se oculta la verdad? Padre, yo esperaba que imperase aquí; yo creía que vuestro pecho era su altar predilecto. ¿Así que también vos demostráis ser falso? ¡Oh, Dios! ¿También vos podéis trai-cionarme?

-¡Matilde!

-¡Sí, padre, sí! Os reprocho, con toda justicia. ¡Oh!, ¿dónde están vuestras promesas? Mi noviciado no ha expirado, y, sin embargo, me obligáis a abandonar el monasterio. ¿Podéis tener valor para arrojarme de vuestra presencia? ¿No me habéis hecho solemne juramento de lo contrario?

-Yo no os obligo a que abandonéis el monasterio; habéis recibido mi solemne juramento de lo contrario. Pero si apelo a vuestra generosidad al declararos las turbaciones en que me sume vuestra presencia, ¿no me relevaréis de ese juramento? Pensad en lo peligroso que sería si esto se descubriese, en el oprobio en que me hundiría seme jante contingencia. Considerad que están en juego mi honor y mi reputación, y que mi paz espiritual depende de vuestro con sentimiento. Hasta ahora mi corazón ha sido libre. Me separaré de vos con pesar, aunque no con desesperación. Que-daos, y en pocas semanas habréis sacrificado mi felicidad en el altar de vuestros encantos. ¡Sois demasiado atractiva, demasiado afectuosa! ¡Os amaría! ¡Me volvería loco por vos! ¡Mi pecho acabaría siendo presa de deseos que el honor y mi profesión me prohíben satisfacer! Si los reprimiera, la im-petuosidad de mis deseos insatisfechos me arrastraría a la locura; y si cediera a la tentación, sacrificaría a un momento de

placer culpable mi reputación en este mundo y mi salvación en el otro. Así que apelo a vos para que me defendáis de mí mismo. ¡Preservadme de convertirme en víctima de los remordimientos! Vuestro corazón ha sentido ya las angustias del amor sin esperanza. ¡Oh, si de veras me amáis, ahorrad al mío esas angustias! Libradme de esa promesa; huid de estos muros. Si os marcháis, os acompañarán mis más fervientes plegarias en favor de vuestra felicidad, así como mi amistad, estima y admiración. Si os quedáis, os convertiréis para mí en fuente de peligros, de sufrimiento, ¡y de desesperación! Respondedme, Matilde: ¿cuál es vuestra decisión? -Ella siguió callada-. ¿No decís nada, Matilde? ¿No queréis darme a conocer vuestra decisión?

-¡Cruel! ¡Cruel! -exclamó Matilde, retorciéndose las manos con agonía-. ¡De sobra sabéis que no me dais a elegir! ¡De sobra sabéis que no tengo otra voluntad que la vuestra!

-¡Entonces no me había equivocado! La generosidad de Matilde es tan inmensa como yo esperaba.

-Sí; demostraré la sinceridad de mi afecto sometiéndome a la sentencia que me destroza el corazón. Os devuelvo vuestra promesa.

Hoy mismo abandonaré el monasterio. Tengo una pariente, la abadesa de un convento de Extrema-dura: acudiré a ella, y abandonaré el mundo para siempre. Pero decidme, padre, ¿me acompañarán vuestros parabienes en mi soledad? ¿Apartaréis alguna vez vuestra atención de los objetos divinos para dedicarme un pensamiento a mí?

-¡Ah, Matilde, me temo que pensaré en vos demasiadas veces para mi serenidad!

-Entonces, no deseo nada más, salvo que podamos reunirnos en el cielo. ¡Adiós, amigo mío! ¡Ambrosio mío! ¡Pero antes, desearía con toda el alma llevarme alguna prenda en señal de vuestro afecto!

-¿Qué podría daros?

-Algo... cualquier cosa. Una de esas flores será suficien-te. -Y señaló un rosal que había plantado en la puerta de la gruta-. La ocultaré en mi pecho; y cuando muera las mon-jas la descubrirán marchita sobre mi corazón.

El fraile fue incapaz de hablar: con el paso lento y el alma agobiada por la aflicción, salió de la ermita. Se acercó al arbusto, se inclinó a coger una de las rosas. De pronto, profirió un grito penetrante, retrocedió apresuradamente y dejó caer la flor, que ya había cortado. Matilde, al oír el gri-to, corrió ansiosa hacia él.

-¿Qué ocurre? -preguntó-. ¡Contestadme, por el amor de Dios! ¿Qué ha sucedido?

-¡Acabo de recibir la muerte! -contestó con voz desfallecida-. Oculta entre las rosas..., una serpiente...

Aquí se hizo tan intenso el dolor de la herida, que su na-turaleza fue incapaz de soportarlo. Le abandonaron los sentidos y se desplomó exánime en los brazos de Matilde.

La angustia de ésta fue indescriptible. Se mesó los cabellos, se gol peó el pecho, y no atreviéndose a abandonar a Ambrosio, comenzó a llamar con grandes voces a los mon-jes para que acudiesen en su auxilio. Lo consiguió finalmente. Alarmados por sus gritos, acudieron presurosos va-rios hermanos al lugar, y transportaron al superior de la abadía. Le acostaron inmediatamente, y el monje que ejercía las funciones de cirujano en la comunidad se dedicó a examinar la herida. La mano de Ambrosio se había hinchado considerablemente. Los remedios que le habían administrado, es cierto, le devolvieron la vida, pero no los sentidos; desvariaba, presa de todos los horrores del delirio, echaba espumarajos por la boca, y cuatro de los monjes más

fornidos apenas podían tenerle sujeto en la cama.
El padre Pablos, que así se llamaba el cirujano, examinó rápidamente la mano. Los monjes rodeaban el lecho, aguardando ansiosamente el veredicto. Entre éstos, el fin-gido Rosario no parecía el menos afectado por la calamidad del fraile. Miraba al paciente con indecible angustia; y los gemidos que a cada instante escapaban de su pecho basta-ban para delatar la violencia de su aflicción.
El padre Pablos sajó la herida. Al retirar su lanceta, vio la punta teñida de un humor verdoso. Movió la cabeza pe-sarosamente, y se apartó de la cama.
-Es lo que me temía -dijo-. No hay esperanza.
-¿No hay esperanza? -exclamaron los monjes al uníso-no-. ¿Que no hay esperanza, decís?
-Por los efectos tan inmediatos, sospechaba que le ha pi-cado un cientipedoro: el veneno que veis en la lanceta confirma mi idea. No vivirá más de tres días.
-¿Y no puede haber remedio posible? -preguntó Rosario.
-Si no se le extrae el veneno, no tiene salvación; y para mí aún sigue siendo un secreto el modo de extraerlo. Todo lo que puedo hacer es aplicarle hierbas a la herida para aliviarle el dolor. El paciente recobrará los sentidos. Pero el veneno corromperá toda la masa de su sangre, y a los tres días dejará de existir.
Excesiva fue la universal aflicción al oír esta sentencia. Vendó Pablos la herida como había prometido, y luego se retiró, seguido de sus compañeros; sólo se quedó Rosario en la celda al habérsele asignado, a instancias suyas, el cuidado del abad. Ambrosio, sin fuerzas después de la violen-cia de sus esfuerzos, había caído en un profundo sopor. Tan completamente agotado estaba por el cansancio que apenas manifestaba signos de vida. Y aún se encontraba en este estado cuando regresaron los monjes para ver si se había operado algún cambio. Retiró Pablos la venda que cubría la herida, movido más por la curiosidad que por la esperanza de descubrir algún síntoma favorable. ¡Y cuál no fue su asombro, cuando descubrió que la inflamación había desaparecido completamente! Pinchó la mano: su lanceta salió limpia y sin mancha. No se veía señal alguna de veneno. Y de no apreciarse de manera visible el orificio, aún habría puesto en duda Pablos que hubiese existido herida de ninguna clase.
Comunicó la noticia a los hermanos: la alegría sólo fue comparable a la sorpresa. Este último sentimiento, sin embargo, lo disipó al explicar la circunstancia de acuerdo con sus propias ideas. Estaban convencidos de que su superior era un santo, y pensaban que nada más natural que el que San Francisco hubiera hecho un milagro en su favor. Esta opinión fue acogida unánimemente. Y la declararon tan ruidosamente, y vociferaron « ¡Milagro! ¡Milagro!» con tanto fervor que no tardaron en turbar los sueños de Ambrosio.
Inmediatamente, los monjes se agruparon alrededor de su cama, y le expresaron su alegría ante la prodigiosa recuperación. Había recobrado completamente sus sentidos y no sentía nada, salvo una cierta languidez y debilidad. Pablos le administró una medicina tonificante y le aconsejó que guardase cama dos días. Luego se retiró, recomendan-do al paciente que no hablase demasiado, sino que procurase descansar. Los demás monjes siguieron su ejemplo, y el abad y Rosario se quedaron sin testigos.
Durante unos minutos, Ambrosio contempló a su acompañante con una mezcla de placer y aprensión. Ella estaba sentada en el borde de la cama, con la cabeza inclinada y cubierta como siempre con la cogulla del hábito.
-¿Aún estáis aquí, Matilde? -dijo el fraile al fin-. ¿No estáis satisfecha con haberme puesto en ocasión tan próxima a la muerte que nada sino un milagro ha podido

salvarme de la tumba? ¡Ah!, sin duda ha sido el cielo quien ha enviado la serpiente para castigarme...
Matilde le interrumpió poniéndole una mano en los la-bios con gesto alegre.
-¡Chist, padre! ¡Chist! ¡No debéis hablar!
-Quien ha dado esa orden ignora las urgentes cuestiones que tengo que decir.
-Pero yo sí, y sin embargo, os doy la misma orden terminante. Me han encargado que os cuide, así que no debéis desobedecerme.
-¡Estáis de humor, Matilde!
-Puede que sí: acabo de tener un placer como jamás había tenido en la vida.
-¿Qué placer?
-Tengo que ocultarlo a todos, pero sobre todo a vos. -¿Sobre todo a mí? Por favor, os lo ruego, Matilde...
-¡Chist, padre! ¡Chist! No debéis hablar. Pero puesto que no parecéis tener deseos de dormir, ¿permitís que pro-cure entreteneros con mi arpa?
-¡Cómo! No tenía idea de que supierais música.
-¡Oh, soy muy mala tañedora! Pero puesto que os han prescrito silencio durante cuarenta y ocho horas, procuraré distraeros cuando estéis cansado de vuestras propias reflexiones. Voy a traer el arpa.
No tardó en regresar con ella.
-Bueno, padre; ¿qué queréis que cante? ¿Queréis oír la balada que trata del valeroso Durandarte, que murió en la famosa batalla de Roncesvalles?
-Como queráis, Matilde.
-¡Oh! ¡No me llaméis Matilde! ¡Llamadme Rosario, llamadme amigo! Son nombres que me gusta oír de vuestros labios. ¡Ahora escuchad!
Templó el arpa, y después ejecutó un preludio con tan exquisito gusto que reveló un perfecto dominio del instrumento. Tocó una tonada melodiosa y sentida. Al oírla, Am-brosio sintió que le desaparecía el desasosiego, y que una plácida melancolía inundaba su pecho. Súbitamente, Matilde cambió de aire: con mano firme y rápida arrancó unos acordes marciales, y luego cantó la siguiente balada en un tono a la vez sencillo y melodioso:

DURANDARTE Y BELERMA

Triste y terrible es la historia
De la batalla de Roncesvalles,
En aquellos fatales campos de gloria
Donde perecieron muy esforzados caballeros,

Allí cayó Durandarte; jamás
Verso alguno cantó a más noble capitán.
Antes que sus labios se cerrasen
Para siempre, así exclamó:

« ¡Oh, Belerma! ¡Oh, amada mía!
¡Para mi dolor y dicha nacida!
Siete largos años te he servido,
Siete largos años gané tus desdenes.

»Y ahora que tu corazón ha respondido
A mis deseos, y arde como el mío,
El destino cruel, negándome la dicha,
Me manda renunciar a la esperanza.

» ¡Ah! Aunque muero joven, créeme,
No me arranca la muerte esta queja;
¡Es perderte, es dejarte,
Lo que me hace duro morir!
» ¡Oh, primo mío Montesinos!
Por la firme y querida amistad
Que hubo entre nosotros desde jóvenes,
¡Escuchad mi súplica postrera!

»Cuando mi alma, olvidando este cuerpo,
Busque ansiosa una atmósfera más pura,
Arrancad de mi pecho el corazón
Y entregadlo al cuidado de Belerma.

»Decidle que el dueño de mis tierras
La nombró en su último suspiro.
Decidle que mis labios la bendijeron
Antes que la muerte los sellara.

»Decidle, primo, cuán sinceramente
Dos veces por semana la adoraba.
Dos veces por semana, pedidle,
Que rece por quien la amó de esta manera.

»Montesinos, ya está cerca, ahora,
El instante que señala mi destino.
¡Mirad! ¡Mi brazo ha perdido su fuerza!
¡Mirad! ¡Se me cae mi fiel espada!

» ¡Ojos que me visteis partir,
No me veréis ya más regresar!
¡Primo, contened esas lágrimas vuestras,
Y dejad que muera sobre vuestro pecho!

»Al cerrar mis ojos vuestra mano generosa,
Un favor más quiero imploraros:
Rezad por el descanso de mi alma
Cuando el corazón me deje de latir;

»Que Jesús, atendiendo aún,
Generoso, a la súplica de un cristiano,
Se digne aceptar mi espíritu
Y le conceda un lugar en el cielo.»

Así habló el valeroso Durandarte
Y su gran corazón partióse en dos.
Grande fue la alegría de los moros
Con la muerte del esforzado caballero.

Llorando amargamente, Montesinos
Quitóle el yelmo y la espada;
Llorando amargamente, Montesinos,
Cavó la sepultura de su primo.

Para cumplir su promesa
Le sacó del pecho el corazón
A fin de que Belerma, ¡desdichada!,
Recibiese su último legado.
Triste estaba el corazón de Montesinos,
Sentía el pecho desgarrado.
« ¡Oh, primo mío Durandarte,
Qué desdicha la mía, ver tu muerte!

»De dulce donaire, de pura merced,
Carácter amable y fiero valor,
¡Guerrero más noble, más dulce, más bravo,
Jamás verá la luz!
» ¡Ay primo mío! ¡Mis ojos te bañan!
Cómo te podré sobrevivir!
Durandarte, aquel que te mató
¿Por qué me deja a mí vivir?»

Mientras Matilde cantaba, Ambrosio escuchaba con de-leite: jamás había oído voz más armoniosa, y se preguntaba cómo sones tan celestiales podían ser producidos por cria-turas que no eran ángeles. Pero aunque se permitió el goce del oído, una simple mirada le convenció de que no debía fiarse del de la vista. La cantora estaba sentada a cierta distancia de su lecho. La actitud con que se inclinaba sobre su arpa era natural y graciosa. La cogulla se le había deslizado hacia atrás un poco más de lo habitual, dejando ver unos la-bios de coral, maduros, frescos y cálidos, y una barbilla cu-yos hoyuelos parecían ocultar mil cupidos. La ancha man-ga de su hábito habría rozado las cuerdas del instrumento, pero ella había evitado la molestia subiéndosela por encima del codo; y de este modo vio Ambrosio que el brazo descubierto estaba dotado de la más perfecta simetría, y que la delicadeza de su piel podía haber competido en blancu-ra con la nieve. Ambrosio no se atrevió a mirar más. Una ojeada le había bastado para convencerse de lo peligrosa que era la presencia de esta criatura seductora. Cerró los ojos, pero luchó en vano por borrarla de su pensamiento. Siguió viéndola allí, adornada con todas las prendas que su enfebrecida imaginación era capaz de forjar. Cada uno de los encantos que había visto se lo presentaba aún más hermoso, y los que habían permanecido ocultos, su imagina-ción los representaba con espléndidos colores. Sin embargo, aún estaban presentes en su memoria sus votos, así como la necesidad de mantenerlos. Luchó contra el deseo, y se estremeció al darse

cuenta de lo profundo que era el abismo que tenía ante sí.
Matilde había dejado de cantar. Temiendo la influencia de sus encantos, Ambrosio siguió con los ojos cerrados y elevó sus plegarias a San Francisco para que le socorriese en tan peligroso trance. Matilde creyó que se había dormido. Se levantó, se acercó a la cama sigilosamente, y le ob-servó con atención durante unos minutos.
-¡Se ha dormido! -dijo por fin en voz baja, aunque el abad la oyó perfectamente-. ¡Ahora puedo mirarle sin ofenderle! ¡Puedo mezclar mi aliento con el suyo; puedo extasiarme en su semblante sin que piense él que pueda haber impureza ni engaño! ¡Teme que le seduzca y le induzca a violar sus votos! ¡Oh! ¡Qué injusto! De querer yo excitar su deseo, ¿le ocultaría tan cuidadosamente mi semblante? Este semblante, del que le oigo a diario...
Se calló, y se sumió en sus propios pensamientos.
-¡Ayer mismo -prosiguió-, hace unas horas incluso, era querida por él! ¡Me estimaba, y mi corazón se sentía con ello satisfecho! ¡Ahora! ¡Oh, ahora, qué cruelmente ha cambiado mi situación! ¡Me mira con recelo! ¡Me pide que le deje para siempre! ¡Oh, tú, santo mío! ¡Ídolo mío! ¡Tú, que ocupas el segundo lugar en mi pecho, junto a Dios! Dentro de dos días, mi corazón quedará desvelado ante ti. ¡Si hubieras conocido mis sentimientos cuando presenciaba tu agonía! ¡Si hubieras sabido lo mucho que tus sufrimien-tos han hecho aumentar mi amor por ti! Pero ya llegará el momento en que te convenzas de que mi pasión es pura y desinteresada. ¡Entonces te compadecerás de mí, y sentirás el peso entero de estas amarguras!
Al decir esto, su voz se ahogó en un sollozo. Al inclinarse sobre él, le cayó una lágrima en su mejilla.
-¡Ah! ¡Le he molestado! -exclamó Matilde, y se retiró apresuradamente.
Su alarma fue infundada. No hay sueño más profundo que el de aquel que está decidido a no despertar. El fraile se hallaba en esta disposición de ánimo: aún parecía sumi-do en un descanso que cada minuto se volvía más difícil de disfrutar. La ardiente lágrima había infundido calor a su corazón.
« ¡Cuánto afecto! ¡Cuánta pureza! -se dijo para sus aden-tros-. ¡Ah!, si mi pecho se conmueve de este modo por la compasión, ¿qué ocurriría si lo agitara el amor?»
Abandonó Matilde otra vez su asiento, y se retiró a cierta distancia de la cama. Ambrosio se aventuró a abrir los ojos, y a lanzarle una mirada temerosa. Vio que tenía la cara vuelta hacia el otro lado; su cabeza descansaba sobre el arpa en melancólica postura, y contemplaba el cuadro que colgaba frente al lecho.
-¡Feliz, feliz imagen! -exclamó, dirigiéndose a la hermosa Virgen-. ¡A ti es a quien él ofrece sus oraciones! ¡A ti a quien vuelve los ojos con admiración! Yo creía que alivia-rías mis pesares, pero no has hecho sino aumentar su peso. Me has hecho comprender que de haberle conocido antes de pronunciar sus votos, Ambrosio y la felicidad habrían sido míos. ¡Con qué placer contempla él este cuadro! ¡Con qué fervor dirige su plegaria a esta imagen insensible! ¡Ah! ¿No podrían estar inspirados estos sentimientos suyos por algún genio amable y secreto, partidario de mi afecto? ¿No podría ser el instinto natural del hombre el que le instruye...? ¡Callad, vanas esperanzas! No alentéis una idea que empaña el esplendor de la virtud de Ambrosio. Es la reli-gión y no la belleza la que atrae su admiración. No es ante la mujer, sino ante la deidad, ante quien él se arrodilla.

Ojalá dijese tan sólo que de no haber estado prometido ya a la iglesia no habría despreciado a Matilde! ¡Oh! ¡Dejadme al menos abrigar esta idea adorable! Quizá acceda a reconocer que siente por mí algo más que piedad, y que un afecto como el

mío puede merecer reciprocidad. ¡Quizá lo reconozca así cuando yo me encuentre en el lecho de la muerte! Entonces no tendrá que temer quebrantar sus votos, y la confesión de su afecto me aliviará los dolores de la agonía. ¡Si yo estuviese segura de eso! ¡Oh! ¡Con qué vehemencia suspiraría yo por que llegase el instante de mi disolución!

El abad no perdió una sola sílaba de este discurso; y el tono con que Matilde pronunció las últimas palabras le traspasó el corazón. Involuntariamente, alzó la cabeza de la almohada.

-¡Matilde! -dijo con voz turbada-. ¡Oh, Matilde mía!

Al oír estas palabras, Matilde se sobresaltó y se volvió súbitamente hacia él. La rapidez del movimiento hizo que le cayese del todo la cogulla. Su semblante quedó completamente al descubierto ante los ojos inquisitivos del monje. ¡Cuál no fue su estupor al contemplar la réplica exacta de su admirada imagen de la Virgen! ¡La misma exquisita pro-porción de rasgos, la misma abundancia de dorados cabe-llos, los mismos labios sonrosados, ojos celestiales y majestuosidad de gesto adornaban a Matilde! Profiriendo una ex-clamación de sorpresa, Ambrosio cayó de nuevo en la al-mohada, sin saber si la criatura que tenía delante era mortal o divina.

Matilde pareció sentirse confundida. Se quedó inmóvil, y se apoyó en su instrumento. Tenía los ojos fijos en el sue-lo, y sus blancas mejillas se habían teñido de rubor. Al recobrarse, su primer movimiento fue ocultar su semblante. Luego, con voz turbada e insegura, se aventuró a decir es-tas palabras al fraile:

-El azar ha hecho que descubráis un secreto que sólo habría revelado yo en mi lecho de muerte. Sí, Ambrosio: en Matilde de Villanegas tenéis el original de vuestra amada imagen de la Virgen. Poco después de concebir mi desventurada pasión, se me ocurrió la idea de enviaros mi retrato: una multitud de admiradores me habían convencido de que yo poseía alguna belleza, y estaba deseosa de saber qué efecto podría producir en vos. Mandé pintar mi retrato a Martín Galuppi, célebre pintor veneciano que por entonces residía en Madrid. El parecido que sacó fue asombroso. Lo envié a la abadía de capuchinos como para venderlo, y el judío a quien se lo comprasteis era uno de mis emisarios. Porque lo comprasteis vos. Juzgad mi entusiasmo cuando me informaron que lo habíais contemplado con admiración, o más bien con adoración; que lo habíais colgado en vuestra celda, y que no dirigíais vuestras súplicas a ningún otro santo. ¿Me hará este descubrimiento, aún más, objeto de sospecha? Sin embargo, debería convenceros de la pureza de mi afecto, y moveros a concederme vuestra compañía y estima. Os he oído diariamente entonar las alabanzas de mi retrato, he sido testigo ocular de los transportes que su belleza produce en vos; sin embargo, no he querido emplear esas armas, que vos mismo me habéis proporcionado, contra vuestra virtud. Oculté a vuestros ojos aquellos rasgos que vos amabais inconscientemente. Procuré no excitar deseo alguno mostrando mis encantos, y haciéndome dueña de vuestro corazón por medio de vuestros sentidos. Mi único objetivo era atraer vuestra atención atendiendo asiduamen-te a los deberes religiosos, ganar vuestra estima convencién-doos de que mi propósito era virtuoso y mi devoción sincera. Lo conseguí: me convertí en vuestro compañero y vuestro amigo. Oculté mi sexo a vuestro conocimiento, y de no

haberme asaltado el temor de ser descubierta, jamás me habríais conocido más que como Rosario. ¿Y aún estáis decidido a echarme de vuestro lado? ¿No me permitís que pase en vuestra compañía las pocas horas que me quedan? ¡Oh, hablad, Ambrosio, y decidme que puedo quedarme!

Este discurso dio ocasión al abad para recobrarse. Se daba cuenta de que, en la presente disposición de ánimo, la única escapatoria frente al poder de aquella encantadora mujer era evitar su compañía.
-Vuestra declaración me ha dejado tan asombrado -dijo-, que en este instante me siento incapaz de contestaros. No insistáis en que os dé una respuesta, Matilde; dejadme ahora. Necesito estar solo.
-Os obedezco; pero antes de irme, prometedme no in-sistir en que abandone la abadía inmediatamente.
-Matilde, pensad en vuestra situación; pensad en las con-secuencias si os quedáis. Nuestra separación es indispensa-ble, y así ha de ser.
-¡Pero hoy no, padre! ¡Oh! ¡Por compasión, hoy no!
-Me presionáis demasiado, pero no puedo resistirme a ese tono de súplica: accedo a que os quedéis aquí el tiempo suficiente para preparar de algún modo vuestra marcha ante los hermanos. Os quedaréis dos días; pero al tercero... -suspiró involuntariamente-. Recordad que al tercero de-beréis marcharos para siempre.
Matilde le cogió la mano con vehemencia y posó en ella sus labios.
-¿Al tercero? -exclamó con aire de extraviada solemni-dad-. ¡Tenéis razón, padre! ¡Tenéis razón! ¡Al tercer día tendremos que separarnos para siempre!
Una espantosa expresión relampagueó en sus ojos, al pronunciar estas palabras, que llenó de horror el alma del fraile. Besó ella su mano otra vez y salió rápidamente de la cámara.

Deseoso de autorizar la presencia de tan peligrosa hués-ped, y consciente no obstante de que su permanencia infringía las reglas de su orden, el pecho de Ambrosio se con-virtió en escenario de batalla de mil encontradas pasiones. Por último, su afecto por el fingido Rosario, ayudado por el ardor natural de su carácter, pareció inclinar la victoria de su parte. El éxito estuvo asegurado cuando la presunción que constituía el fundamento de su carácter acudió en auxilio de Matilde. El monje consideró que vencer la tentación suponía un mérito infinitamente mayor que evitarla. Pensó que más bien debía alegrarse de la ocasión que se le brindaba de probar la firmeza de su virtud. San Antonio había resistido a todas las seducciones de la concupiscencia; ¿por qué no podía él? Además, San Antonio fue tentado por el diablo, que puso en práctica todas sus artes para excitar sus pasiones, mientras que el peligro de Ambrosio provenía de una mera mujer mortal, temerosa y modesta, cuyo temor a la caída era no menos violento que el suyo propio.
«Sí -se dijo-; la desventurada se quedará. No tengo nada que temer de su presencia. Aun cuando resultase ser yo de-masiado débil para resistir la tentación, estoy a salvo del peligro, merced a la inocencia de Matilde.»
Ambrosio debería haber sabido que, para un corazón inexperto, el vicio es siempre más peligroso cuando se oculta tras la máscara de la virtud.
Se sintió tan perfectamente recuperado que cuando el padre Pablos le visitó otra vez por la noche, le pidió permiso para abandonar su aposento al día siguiente. Le fue concedida su petición. Matilde no volvió a aparecer más esa tarde, salvo en compañía de los monjes, cuando entraron todos juntos a interesarse por la salud del abad. Parecía te-mer conversar con él en privado, y sólo permaneció unos minutos en la habitación.
El fraile durmió bien. Pero se re-pitieron los sueños de la noche anterior, y sus sensaciones de voluptuosidad se hicieron aún más agudas e intensas. Ante él flotaron las mismas visiones voluptuosas: Matilde, con todo el esplendor de su belleza, se abrazaba a su pecho y le prodigaba las más ardientes caricias. El le correspondía con la

misma ansiedad, y ya estaba a punto de satisfacer sus deseos, cuando la pérfida figura desapareció, dejándole sumido en todos los horrores de la vergüenza y la decepción.
Despuntó el día. Cansado, abrumado y exhausto por estos sueños provocativos, no se sintió con ánimos de abandonar la cama. Se excusó de asistir a los maitines. Era la primera vez en su vida que faltaba. Se levantó tarde. En todo el día no tuvo ocasión de hablar con Matilde sin testigos. Su celda estaba constantemente llena de monjes de-seosos de expresarle su preocupación por su salud; y aún andaba ocupado en recibir sus congratulaciones por su re-cuperación, cuando la campana los llamó a todos al refectorio.
Después de comer, los monjes se separaron y se dispersaron por el jardín, buscando un sitio donde la sombra de los árboles o el retiro de alguna gruta les ofreciese el más agradable medio de dormir la siesta. El abad encaminó sus pasos hacia la ermita, invitando a Matilde con una mirada a que le acompañase. Obedeció ella, y le siguió en silencio. Entraron en la gruta y se sentaron. Ninguno de los dos parecía deseoso de iniciar la conversación, y se debatían bajo la influencia del mutuo embarazo. Por último, habló el abad: se limitó a comentar cosas indiferentes, y Matilde le contestó en el mismo tono. Parecía deseosa de hacerle olvidar que la persona que estaba sentada a su lado era otra que Rosario. Ninguno de los dos se atrevía ni deseaba tam-poco hacer alusión al tema que más presente estaba en sus corazones.
Los esfuerzos de Matilde por parecer alegre eran evidentemente dificultosos. Tenía el ánimo oprimido por el peso de la ansiedad, y cuando hablaba, su voz era desmayada y débil. Parecía deseosa de terminar una conversación que la aturdía; y quejándose de que no se sentía bien, pidió permiso a Ambrosio para regresar a la abadía. Éste la acompañó hasta la puerta de la celda; y cuando llegaron, el abad la detuvo para comunicarle que le daba permiso para que siguie-se compartiendo su soledad el tiempo que ella gustase.
Pero ella no dio muestra alguna de alegría ante esta no-ticia, a pesar de que el día anterior había estado tan deseo-sa de conseguir tal permiso.
-¡Ay, padre! -dijo, moviendo la cabeza tristemente-. ¡Vuestra bondad llega demasiado tarde! Mi última hora está señalada. Debemos separarnos para siempre. ¡Sin embargo, creed que agradezco vuestra generosidad, y vuestra compa-sión, por una desventurada que tan poco la merece!
Se llevó el pañuelo a los ojos. Tenía la cogulla sólo medio echada sobre la cara. Ambrosio observó que estaba pálida, y con los ojos cargados y hundidos.
-¡Válgame Dios! -exclamó-. ¡Estáis muy enferma, Matilde! Voy a llamar inmediatamente al padre Pablos.
-No; no lo hagáis. Estoy enferma, es cierto. Pero él no puede curar mi enfermedad. ¡Adiós, padre! Recordadme en vuestras oraciones mañana; mientras, ¡yo os recordaré en el cielo!
Entró en la celda y cerró la puerta.
El abad le envió el médico sin perder un instante, y aguardó impa ciente el diagnóstico. Pero el padre Pablos regresó en seguida y declaró que había sido en balde. Rosa-rio se negaba a dejarle entrar y rechazaba sus ofrecimientos de ayuda. No fue pequeña la desazón que esta información produjo a Ambrosio. Sin embargo, decidió dejar que Matilde pasase la noche como deseaba; aunque, si su estado no había mejorado por la mañana, insistiría en que la recono-ciese el padre Pablos.
No sentía deseos de dormir. Abrió la ventana y se puso a contemplar los rayos de la luna que jugaban sobre el pequeño riachuelo cuyas aguas bañaban los muros del

monasterio. El frescor de la brisa y la tranquilidad de la hora infundieron en el ánimo del fraile una vaga tristeza. Pensó en la belleza y el afecto de Matilde, en los placeres que podía haber compartido con ella, de no haberse encontrado sujeto por los grillos monásticos. Pensó que al carecer de esperanza, el amor de ella acabaría por sucumbir; que sin duda lograría apagar su pasión y buscaría la felicidad en los brazos de otro más afortunado. Se estremeció ante el vacío que la ausencia de Matilde dejaría en su corazón. Consideró con disgusto la monotonía del convento, y exhaló un suspiro al pensar en el mundo, del que se hallaba separado para siempre. Una llamada en la puerta le interrumpió todas estas reflexiones. La campana de la iglesia había dado ya las dos. El abad corrió a averiguar la causa de esta intromisión. Abrió la puerta, y entró un hermano lego, cuyo semblante denotaba agitación y premura.

-¡Apresuraos, reverendo padre! -dijo-. Corred a la celda del joven Rosario. No para de insistir en que quiere veros. Está a punto de morir.

-¡Dios misericordioso! ¿Dónde está el padre Pablos? ¿Por qué no está con él? ¡Oh, tengo miedo! ¡Tengo miedo!

-El padre Pablos le ha visto ya, pero su arte no puede ha-cer nada. Dice que sospecha que el joven está envenenado.

-¿Envenenado? ¡Oh! ¡El desventurado! ¡Entonces es lo que yo me sospechaba! Pero no perdamos un instante. ¡Quizá aún haya tiempo de salvarle!

Echó a correr hacia la celda del novicio. Había ya varios monjes en su cámara. El padre Pablos era uno de ellos, y sostenía una medicina en la mano, la cual trataban de persuadir a Rosario que se tomase; los demás estaban ocupados en admirar el divino semblante del paciente, que ahora veían por primera vez. Su expresión era más encantadora que nunca. Ya no estaba pálido ni lánguido. Un vivo rubor se había ex-tendido por sus mejillas; sus ojos brillaban con una alegría serena, y su gesto expresaba confianza y resignación.

-¡Oh, no me atormentéis más! -estaba diciendo a Pablos, cuando entró el aterrado abad en la celda-; mi enfermedad está mucho más allá del alcance de vuestra habilidad, y no deseo que me curéis de ella.

-Luego, al ver a Ambrosio, exclamó-: ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Por fin le veo otra vez, antes de partir para siempre! Dejadme, hermanos; es mucho lo que tengo que contar en privado a este hombre santo.

Los monjes se retiraron inmediatamente, y Matilde y el abad se quedaron solos.

-¿Qué habéis hecho, imprudente mujer? -exclamó éste, tan pronto como se hubieron marchado todos-. Decidme, ¿son ciertas mis sospechas? ¿Voy a perderos efectivamente? ¿Ha sido vuestra mano el instrumento de vuestra destrucción?

Ella sonrió y le cogió la mano.

-¿En qué he sido imprudente, padre? He sacrificado un guijarro para salvar un diamante. Mi muerte preserva una vida valiosa para el mundo, y más querida para mí que la mía propia. Sí, padre: me he envenenado. Pero sabed que este veneno circuló antes por vuestras venas.

-¡Matilde!

-Como os digo, estaba dispuesta a no revelároslo más que en el lecho de muerte. Ahora, ha llegado ese momento. No podéis haber olvidado el día en que os mordió el cientipedoro. El médico os desahució, declarándose impotente para extraer el veneno. Yo sabía un medio, y no vacilé un instante en emplearlo. Me dejaron sola con vos: vos dormíais. Os quité la venda de la mano; besé la herida, y extraje la ponzoña con mis labios. El efecto ha sido más rápido de lo que yo esperaba. Siento la muerte en mi

corazón. Antes de una hora, habré pasado a un mundo mejor.
-¡Dios todopoderoso! -exclamó el abad, y se dejó caer casi exánime en la cama.
Unos minutos después, se levantó de pronto, y se quedó mirando a Matilde con todo el extravío de la desesperación.
-¡Os habéis sacrificado por mí! ¡Vais a morir, a morir por haber salvado a Ambrosio! ¿Pero no existe un remedio, Matilde? ¿No existe ninguna esperanza? ¡Decidme! ¡Oh! ¡Decídmelo! ¡Decidme que aún hay un medio de salvaros!
-¡Consolaos, mi único amigo! Sí, aún tengo en mi poder un medio de salvarme. Pero es un medio que no me atrevo a emplear. ¡Es peligroso! ¡Es terrible! Sería comprar mi vida a un precio demasiado caro..., a menos que se me permitiese vivir para vos.
-¡Entonces, vivid para mí, Matilde, para mí y mi gratitud! -Le cogió la mano, y se la llevó arrebatadamente a los labios-. Recordad nuestras últimas conversaciones; pues bien, ahora accedo a todo. Recordad con qué vívidos colores me describisteis la unión de las almas; que sean las nuestras las que realicen esa idea. Olvidemos las distincio-nes de los sexos, despreciemos los prejuicios del mundo, y considerémonos el uno al otro tan sólo como hermanos y amigos. ¡Vivid, pues, Matilde! ¡Oh! ¡Vivid para mí!
-¡Ambrosio, eso no puede ser! Cuando yo pensaba así, os engañaba y me engañaba a mí misma. O muero ahora mismo, o me matarán los interminables tormentos del de-seo insatisfecho. ¡Oh!, desde nuestra última conversación, se ha rasgado el velo espantoso que tenía delante de los ojos. No os amo ya con la devoción que se tributa a un san-to; ya no os aprecio por las virtudes de vuestra alma: lo que anhelo es el goce de vuestra persona. En mi pecho domina la mujer, y me he convertido en presa de las más violentas pasiones. ¡Fuera la amistad, que es palabra fría e insensible! Mi pecho arde de amor, de incontenible amor, y sólo el amor puede aplacarlo. ¡Temblad, pues, Ambrosio, temblad, si son escuchadas vuestras súplicas! Si vivo, vuestra fideli-dad, vuestra reputación, la recompensa por vuestra vida de sufrimientos, todo cuanto estimáis, se habrá perdido irremediablemente. Ya no seré capaz de combatir mis pasiones, aprovecharé cualquier ocasión para excitar vuestros deseos, y me esforzaré en labrar vuestra deshonra y la mía. ¡No, no, Ambrosio! ¡Ya no puedo vivir! Estoy cada vez más convencida de que no tengo más que una alternativa; siento con cada latido que debo gozar de vos, o morir.
-¡Me dejáis estupefacto! ¡Matilde! ¿Sois vos la que me habláis así?
Hizo un movimiento como para levantarse. Ella profirió un grito, y medio incorporándose de la cama, echó los brazos en torno al cuello del fraile para detenerle.
-¡Oh! ¡No me dejéis! ¡Escuchad mis errores con compa-sión! Dentro de unas horas, no existiré; un poco más, y me habré librado de esta pasión vergonzosa.
-¡Desdichada! ¿Qué puedo deciros? Yo no puedo... No debo... ¡Pero vivid, Matilde! ¡Oh! ¡Vivid!
-No os dais cuenta de lo que pedís. ¿Pues qué? ¿Viviré para hundirme en la infamia? ¿Para convertirme en agente del mal? ¿Para labrar la destrucción de los dos, la vuestra y la mía? ¡Sentid este corazón, padre!
Le cogió la mano. Confundido, turbado y fascinado, no la retiró, y sintió debajo de ella palpitar su corazón.
-¡Sentid este corazón, padre! Aún lo habitan el honor, la verdad y la castidad. Si mañana sigue latiendo, será presa de los más negros crímenes. ¡Oh! ¡Dejad, pues, que muera hoy! ¡Dejad que muera, mientras aún merezco las lágrimas del virtuoso! ¡Quiero expirar así! -reclinó la cabeza sobre el hombro de él, y su dorado cabello se

derramó sobre su pecho-. Cobijada en vuestros brazos, me sumiré en el sueño, vuestra mano cerrará mis ojos para siempre, y vuestros labios recibirán mi último aliento. ¿Pensaréis alguna vez en mí? ¿No derramaréis alguna vez una lágrima sobre mi tumba? ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Este beso es mi garantía!

Era una hora avanzada. El silencio reinaba alrededor. La luz desmayada de una lámpara solitaria iluminaba la figura de Matilde y difundía por la cámara un resplandor confuso y misterioso. Ningún ojo indiscreto, ningún oído curioso vigilaba a los amantes. No se oía nada, sino los melodiosos acentos de Matilde. Ambrosio se hallaba en pleno vigor de la virilidad. Vio ante sí a una mujer joven y hermosa, salva-dora de su vida, adoradora de su persona, y cuyo afecto la había llevado hasta el borde de la tumba. Estaba sentado junto a la cama, su mano descansaba sobre el pecho de ella, que a su vez apoyaba la cabeza sobre su pecho. ¿Qué tiene de extraño que cayera en la tentación? Ebrio de deseo, apretó los labios sobre los labios que le buscaban. Sus be-sos compitieron con los de Matilde en ardor y pasión. La estrechó arrebatadamente entre sus brazos. Olvidó sus votos, su santidad y su fama. No tuvo en cuenta otra cosa que el placer y la ocasión.

-¡Ambrosio! ¡Oh! ¡Ambrosio mío! -suspiró Matilde.

-¡Tuyo, tuyo para siempre! -murmuró el fraile, y se de-rrumbó sobre el pecho de ella.

Capítulo III

-Thesse are the Villains
Whom all the Travellers do fear so much –
Some of them are Gentlemen,
Such as the fury of ungoverned Youth
Thrust from the company of awful Men
SHAKESPEARE,
Dos gentileshombres de Verona

El marqués y Lorenzo prosiguieron en silencio hacia el palacio. El primero, entregado a evocar todas las circunstan-cias que recordaba que pudiesen producir la opinión más favorable en Lorenzo, sobre sus relaciones con Inés. En tanto el otro, justamente alarmado por el honor de su familia, se sentía desconcertado por la presencia del marqués. El lance que acababa de presenciar le impedía tratarle como amigo; y habiéndose confiado los intereses de Antonia a su mediación, consideraba poco oportuno tratarle como enemigo. De estas reflexiones concluyó que lo más prudente era guardar silencio, y esperar con impaciencia la explicación de don Raimundo.
Llegaron al palacio de las Cisternas. El marqués le condujo inmediatamente a su aposento, y comenzó a expresarle su satisfacción por haberle encontrado en Madrid. Lo-renzo le interrumpió:
-Excusadme, señor -dijo en tono distante-, si respondo con alguna frialdad a vuestras expresiones de estima. En este asunto está implicado el honor de mi hermana: hasta que quede establecido y aclarado el objeto de vuestra correspondencia con Inés no puedo consideraros como amigo. Estoy deseando oír el significado de vuestra conducta, y espero que no demoréis la prometida explicación.
-Primero, dadme vuestra palabra de que la oiréis con paciencia e indulgencia.
-Quiero a mi hermana demasiado para juzgarla con dureza; y hasta este momento, no tenía un amigo al que quisiera más que a vos. Quiero confesar también, que estando en vuestro poder darme satisfacción en un asunto que me afecta tan hondo, me siento muy deseoso de encontraros aún merecedor de toda mi estima.
-¡Lorenzo, me conmovéis! No podría brindárseme mayor placer que la ocasión de servir al hermano de Inés.
-Convencedme de que puedo aceptar vuestros favores sin deshonor, y no habrá hombre en el mundo a quien tenga en más alto aprecio.
-Probablemente, vuestra hermana os habrá mencionado ya el nombre de Alfonso de Alvarada.
-Nunca. Aunque siento por Inés un afecto verdaderamente fraternal, las circunstancias nos han impedido estar juntos mucho tiempo. De niña fue confiada al cuidado de su tía, que estaba casada con un noble alemán. Permaneció en el castillo de éste hasta hace dos años, en que regresó a España, decidida a retirarse del mundo.
-¡Santo Dios! ¿Conocíais vos su intención, y no hicisteis nada por disuadirla?
-Marqués, me ofendéis. La noticia, que me llegó estando en Nápoles, me consternó profundamente, y me apresuré a regresar a Madrid con el expreso propósito de evitar

este sa-crificio. En cuanto llegué, corrí al convento de Santa Clara, en el que Inés había escogido hacer su noviciado. Pedí ver a mi hermana. Imaginad mi sorpresa cuando me envió una negativa. Declaró categóricamente que, temiendo mi in-fluencia sobre ella, no quería aventurarse a hablar conmigo hasta la víspera de pronunciar los votos. Supliqué a las monjas; insistí en ver a Inés, y no vacilé en manifestar mis recelos de que se impedía que la viese en contra de su propia inclinación. Para librarse de mis acusaciones de violencia, la priora trajo unas líneas escritas con la letra de mi hermana, que yo conocía tan bien, en las que repetía el mensaje que ya me había dado. Todos los intentos que después hice por conseguir una entrevista con ella resultaron tan infructuosos como el primero. Se mantuvo inflexible, y no se me permitió verla hasta la víspera del día en que ingresó en el claus-tro para no dejarlo más. Esta entrevista tuvo lugar en pre-sencia de nuestros principales parientes. Era la primera vez que la veía desde que era niña, y la escena fue de lo más conmovedora. Se arrojó sobre mi pecho, me besó, y lloró desconsoladamente. Traté de hacerla renunciar con todos los argumentos posibles, llorando, suplicando y poniéndo-me de rodillas. Le expliqué todos los rigores de la vida reli-giosa; pinté a su imaginación todos los placeres a los que iba a renunciar, y le supliqué que me revelase qué era lo que la hacía rechazar el mundo. Ante esta pregunta se puso pálida, y sus lágrimas brotaron con mayor abundancia. Me pidió que no insistiera en esta cuestión. Que me bastase saber que su resolución estaba tomada, y que el único lugar donde ella podía encontrar la paz era el convento. Persistió en su propósito y pronunció los votos. La visité frecuentemente en las rejas, y cada momento que pasaba con ella me hacía sentir más aflicción por su pérdida. Poco después me marché de Madrid; regresé ayer mismo por la tarde; y desde entonces, aún no he tenido tiempo de ir al convento de Santa Clara.

Entonces, hasta que yo no os lo he mencionado, ¿no habíais oído el nombre de Alfonso de Alvarada?

-Perdonadme: mi tía me escribió que un aventurero así llamado había encontrado el medio de introducirse en el castillo de Lindenberg; que había logrado ganarse las sim-patías de mi hermana, que incluso había accedido a huir con él. Sin embargo, antes de que pudiesen poner en práctica dicho plan, este caballero descubrió que las propiedades que él creía que poseía Inés en la Española me pertenecían en realidad a mí. Esta información le hizo cambiar los planes. Desapareció el día que habían concertado huir; e Inés, desesperada ante esta perfidia y bajeza, había deci-dido retirarse a un convento. Añadió que como este aventurero se había hecho pasar por un amigo mío, deseaba saber si yo le conocía. Le contesté que no. No tenía idea de que Alfonso de Alvarada y el marqués de las Cisternas fue sen la misma persona. La descripción que me había dado del primero no encajaba de ningún modo con la que yo co-nocía del segundo.

-En esto reconozco fácilmente el pérfido carácter de doña Rodolfa. Cada palabra de esta relación está marcada con el sello de su malicia, su falsía y su habilidad para con-fundir a quienes quiere hacer daño. Perdonadme, Medina, por hablaros con tanta desenvoltura de vuestra pariente; el daño que me ha hecho autoriza mi resentimiento, y cuan-do hayáis oído mi historia quedaréis convencido de que mis expresiones no son demasiado severas.

A continuación, comenzó su relato de la siguiente manera...

HISTORIA DE DON RAIMUNDO, MARQUÉS DE LAS CISTERNAS

Mi larga experiencia, mi querido Lorenzo, me ha convencido de cuán generosa es vuestra naturaleza: no he esperado vuestra declaración de ignorancia respecto a las aventuras de vuestra hermana para comprender que os han sido ocultadas con toda intención. De haber llegado a vuestro conocimiento, ¡cuántas desventuras nos habríamos ahorrado Inés y yo! ¡Pero el destino había determinado lo contrario! Vos estabais de viaje cuando conocí a vuestra her-mana; y como nuestros enemigos cuidaron de ocultarle a ella vuestra dirección, le fue imposible imploraros vuestra protección y consejo.

Al marcharme de Salamanca, en cuya Universidad, según he sabido después, habéis permanecido un año después de irme yo, emprendí inmediatamente una serie de viajes. Mi padre me suministró dinero liberalmente; pero insistió en que ocultase mi linaje y no me diese a conocer sino como un caballero particular. Esta petición se debía a los conse-jos de un amigo, el duque de Villa Hermosa, un noble cuyo talento y conocimiento del mundo me han causado siempre la más profunda veneración.

-Creedme -me dijo-, mi querido Raimundo; después os daréis cuenta de los beneficios de esta temporal degradación. Es cierto que como conde de las Cisternas seríais re-cibido con los brazos abiertos y vuestra juvenil vanidad se sentiría halagada por las atenciones que os lloverían de todos lados. De este otro modo, casi todo dependerá de vos: tenéis excelentes recomendaciones, pero debe ser asunto vuestro utilizarlas. Deberéis esforzaros en ganar la aprobación de aquellos a quienes seréis presentado. Quienes hu-biesen buscado con solicitud la amistad del conde de las Cisternas, no habrían tenido interés en averiguar vuestros méritos, ni en soportar con paciencia los defectos de Alfonso de Alvarada. Por tanto, cuando os veáis realmente aceptado, podréis atribuirlo con seguridad a vuestras buenas cualidades, no a vuestro linaje, y la distinción que se os haga os resultará infinitamente más satisfactoria. Además, vuestra insigne cuna no os permitiría mezclaros con las clases inferiores de la sociedad, cosa que ahora estará en vuestro poder, y de lo cual, en mi opinión, sacaréis considerable beneficio. No limitéis vuestro contacto a los ilustres de los países que vayáis a visitar. Examinad los hábitos y costumbres de la multitud. Entrad en las cabañas, y observad cómo son tratados los vasallos de los extranjeros; aprended a disminuir las cargas y a aumentar el bienestar de los vuestros. A mi modo de ver, entre las ventajas que un joven destinado a la posesión de poder y riqueza puede obtener de un viaje, no debía tener por menos esencial la ocasión de mezclarse con las clases que son inferiores a la suya, y hacerse testigo ocular de los sufrimientos del pueblo.

Perdonadme, Lorenzo, si os parece aburrido mi relato. La estrecha relación que ahora existe entre nosotros me hace estar deseoso de que conozcáis cada detalle sobre mí; y en mi temor de omitir la mínima circunstancia que pueda induciros a juzgar favorablemente a vuestra hermana y a mí, puede que os cuente muchas cosas que os parecerán sin interés.

Seguí el consejo del duque; no tardé en convencerme de lo atinado que era. Salí de España, con el supuesto título de don Alfonso de Alvarada, asistido por un solo criado de probada fidelidad. París fue el destino de mi primera etapa. Durante un tiempo me sentí encantado, como efectiva-mente se debe de sentir todo hombre que es joven, rico y amante de los placeres. Sin embargo, entre todas las ale-grías, sentía que faltaba algo a mi corazón. Acabó por has-tiarme la disipación: descubría que las gentes entre las que vivía y cuyo exte rior era tan cortés y seductor, eran frívolas en el fondo, insensibles e hipócritas. Me aparté de los habitantes de París con repugnancia, y abandoné el teatro del lujo sin un suspiro de pesar.

Entonces enderecé mi rumbo hacia Alemania con inten-ción de visitar la mayor parte de las cortes principales. Antes de esta expedición, quise estar algún tiempo en Estrasburgo. Al descender de mi coche en Luneville para tomar algún refrigerio, observé un espléndido carruaje, escoltado por cuatro criados de rica librea, el cual estaba detenido a la puerta del León de Plata. Poco después, estando yo asomado a la ventana, vi a una dama de noble presencia, seguida de dos acompañantes, que subía en el carruaje, po-niéndose éste en marcha inmediatamente.

Pregunté al posadero quién era la dama que acababa de partir.

-Una baronesa alemana, monsieur, de gran alcurnia y fortuna. Ha venido a visitar a la duquesa de Longueville, según me han informado sus criados; ahora se dirige a Estrasburgo, donde se reunirá con su esposo y regresarán jun-tos a su castillo de Alemania.

Reanudé mi viaje con la intención de llegar a Estrasbur-go esa noche. Mi esperanza, empero, se vio frustrada al estropearse mi coche. El accidente ocurrió en medio de un tupido bosque, y no me sentí poco desconcertado sobre qué decisión tomar. Estábamos en pleno invierno. La noche cerraba ya en torno nuestro, y Estrasburgo, que era la ciudad más próxima, aún distaba de nosotros varias leguas. Me pareció que mi única alternativa, si no quería pasar la noche en el bosque, era tomar el caballo del criado y dirigirme a Estrasburgo, empresa que en aquella época del año estaba muy lejos de ser agradable. Sin embargo, no viendo otro recurso, tuve que decidirme por hacerlo así. De modo que comuniqué lo que había determinado al postillón, diciéndole que le enviaría a alguien para que le ayudase tan pronto como llegara a Estrasburgo. No confiaba demasiado en su honradez. Pero dado que dejaba a Stephano bien armado, y siendo el cochero de edad avanzada, consideré que no había peligro de perder mi equipaje.

Afortunadamente, según entonces me pareció, se me: presentó la ocasión de pasar la noche más agradablemente de lo que yo esperaba. Al mencionar mi deseo de continuar solo hasta Estrasburgo, el postillón movió la cabeza con desaprobación.

-Es demasiada distancia -dijo-; os será difícil llegar sin un guía. Además, monsieur no parece acostumbrado a los ri-gores de esta época, y es posible que no pueda soportar el frío excesivo...

-¿Por qué me ponéis todas esas objeciones? -dije, inte-rrumpiéndole impaciente-; no tengo otra solución: aún se-ría mayor el riesgo de perecer de frío si pasamos la noche en el bosque.

-¿Pasar la noche en el bosque? -replicó-. ¡Uh, por Saint Denis! No estamos en un trance tan apurado, por ahora. Si no me equivoco, nos encontramos a menos de cinco minu-tos de la cabaña de mi viejo amigo Baptiste. Es leñador, y persona muy honrada. No dudo que os cobijará por esta noche con mucho gusto. Entretanto, puedo coger el caba-llo ensillado e ir a Estrasburgo y volver con gente que pue-da reparar vuestro carruaje al amanecer.

-¡En nombre de Dios! -dije yo-, ¿cómo me habéis tenido tanto tiempo en suspenso? ¿Por qué no me habéis ha-blado antes de esa cabaña? ¡Qué estupidez!

-Creí que quizá monsieur no se dignaría aceptar...

-¡Absurdo! ¡Vamos, vamos! No hablemos más; condu-cidnos sin demora a casa de ese leñador.

Obedeció, y emprendimos el camino: los caballos tiraban con dificultad del estropeado vehículo, detrás de nosotros. Mi criado se había quedado casi sin habla, y yo empecé a sentir los efectos del frío antes de llegar a la deseada cabaña. Era una

construcción pequeña aunque aseada. Al acercarnos, me alegró observar a través de las ventanas un fuego reconfortante. Nuestro conductor llamó a la puerta. Transcurrió un rato antes de obtener respuesta. La gente del interior pareció dudar si admitirnos o no.
-¡Vamos! ¡Vamos, amigo Baptiste! -gritó el conductor con impaciencia-. ¿Qué os pasa? ¿Estáis dormido? ¿O es que queréis negarle cobijo por una noche a un caballero cuyo coche acaba de averiarse en el bosque?
-¡Ah! ¿Sois vos, mi buen Claude? -replicó una voz de hombre en el interior-. Aguardad un momento, y os abriré la puerta.
Poco después descorrieron los cerrojos. Se abrió la puer-ta y apareció ante nosotros un hombre con una lámpara en la mano. Dio al conductor una efusiva acogida, y luego se dirigió a mí.
-Entrad, señor; entrad y sed bien venido. Excusadme por no haberos abierto antes. Pero hay tantos salteadores por estos lugares, que de no ser por vuestro aspecto, os habría podido tomar por uno de ellos.
Diciendo esto, me condujo a la habitación donde yo había visto el fuego. Inmediatamente, me acomodé en una silla que había cerca de la chimenea. Una mujer, que supuse sería esposa de mi anfitrión, se levantó de su asiento al entrar yo y me acogió con una leve y fría reverencia. No contestó a mi saludo, sino que volvió a sentarse inmediatamente y prosiguió la labor en la que estaba ocupada. La actitud de su marido era amistosa en la misma medida que la de ella era seca y desabrida.
-Desearía poder ofreceros un alojamiento más cómodo, monsieur -dijo-; pero no podernos presumir de tener demasiado espacio en esta choza. Sin embargo, creo que po-dré cederos un aposento a vos, y otro a vuestro criado. Tendréis que conformaros con una modesta cena; pero cuanto tenemos, creedme, os lo ofrecemos de corazón. -Luego, volviéndose a su mujer-: ¡Cómo, cómo es que sigues sentada ahí, Marguerite, con toda tranquilidad, como si no hubiese nada que hacer! ¡Muévete, mujer! ¡Muévete! Haz algo de cenar; pon sábanas limpias. Vamos, vamos; echa unos troncos al fuego. El caballero parece muerto de frío.
La mujer arrojó su labor sobre la mesa y procedió a ejecutar las órdenes de su esposo con manifiesta desgana. Su semblante me había desagradado desde el primer momento. Sin embargo, en conjunto, sus facciones eran incuestionablemente hermosas; pero tenía la piel cetrina y el cuerpo flaco y endeble. Una expresión ceñuda y sombría contraía su rostro, confiriéndole tan elocuentes huellas de rencor y malquerencia, que no podían pasar inadvertidas ni al observador más distraído. Cada mirada o gesto suyo manifestaba disgusto e impaciencia, y la contestación que le dio a Baptiste cuando éste le reprochó que replicara con malhumor a sus cortesías, fue áspera, breve y cortante. En suma, desde el principio concebí tanta antipatía por ella como predisposición en favor del marido, cuyo semblante inspiraba estima y confianza. Tenía una cara franca, sincera y amistosa; sus modales poseían toda la honradez del campesino, sin ser rudos. Sus mejillas eran anchas, llenas y coloradas, y la solidez de su persona parecía ofrecer una amplia defensa de la endeblez de su mujer. Por las arrugas de su frente, juzgué que había rebasado los sesenta. Pero sobrellevaba bien la edad, y parecía mantenerse aún fuerte y vigoroso. La esposa no podía tener más de treinta años, aunque su vivacidad y su ánimo habían envejecido mucho más que los del esposo.
No obstante, a pesar de su desgana, Marguerite empezó a preparar la cena, mientras el leñador conversaba alegremente sobre temas diversos. El postillón, que a la sazón se había provisto de una botella de licor, estaba dispuesto ya para salir hacia Estrasburgo,

Librodot

y me preguntó si deseaba dar-le alguna otra orden.
-¿A Estrasburgo? -interrumpió Baptiste-; no pensaréis ir allá esta noche.
-Perdonad: si no traigo obreros que arreglen el coche, ¿cómo va a proseguir monsieur su viaje mañana?
-Eso es verdad, había olvidado el coche. Bien, pero Claude, podríais comer un poco, ¿no? Total os hará perder muy poco tiempo, y monsieur es sin duda demasiado bueno para enviar allá a alguien con el estómago vacío, y en una noche tan tremendamente fría como ésta.
Asentí con mucho gusto, diciéndole al postillón que no tendría ninguna importancia que llegase yo a Estrasburgo al día siguiente una hora o dos más tarde. Me dio las gra-cias, y saliendo luego de la cabaña con Stephano, entró los caballos en el establo del leñador. Baptiste les siguió hasta la puerta y se asomó con preocupación.
-¡Sopla un viento cortante! -dijo-. ¡Me pregunto qué será lo que entretiene tanto a los chicos! Monsieur, le pre-sentaré a dos de los muchachos más apuestos que visten y calzan. El mayor tiene veintitrés años, y el otro es un año más joven. En sensatez, valor y disposición para el trabajo no hay otros en cincuenta millas a la redonda. Ojalá estu-vieran ya de vuelta! Empiezo a preocuparme.
Marguerite estaba poniendo el mantel.
-¿Y vos, no estáis también preocupada por el regreso de vuestros hijos? -le pregunté a ella.
-¡Yo no! -replicó de mal humor-. No son hijos míos.
-¡Vamos, vamos, Marguerite! -dijo el marido-; no te en-fades con el caballero por haberte hecho una simple pregunta. Si no pusieras esa cara de enfado, no te habría creí-do él tan vieja como para tener un hijo de veintitrés. ¡Pero ya ves lo que te beneficia el mal humor! Excusad la rudeza de mi esposa, monsieur. Se enfada por nada; la ha incomodado que no os dierais cuenta de que aún no ha cumplido los treinta. Ha sido eso, ¿verdad, Marguerite? Ya sabéis, monsieur, lo quisquillosas que son las mujeres con la edad. ¡Vamos! ¡Vamos, Marguerite!; sonríe un poco. Aunque no tienes hijos tan mayores, los tendrás dentro de veinte años, y espero que vivamos lo bastante para verlos tan sanos como Jacques y Robert.
Marguerite juntó las manos con apasionamiento.
-¡No lo permita Dios! -dijo-. ¡No lo permita Dios! ¡Si los tuviera, los estrangularía con mis propias manos!
Se marchó apresuradamente de la habitación, y subió a los aposentos.
No pude por menos de manifestar al leñador cuánto le compadecía por verle encadenado para siempre a una com-pañera tan hosca.
-¡Ah, Señor! Monsieur, a cada uno le toca su parte de calvario, y el mío es Marguerite. Sin embargo, en el fondo no es mala, sino que está siempre malhumorada. Lo peor es que su afecto por los dos hijos que tuvo con su anterior marido la hace portarse como una madrastra con los míos. No puede soportar su presencia, y si fuera por ella, no volverían a poner los pies en esta casa. Pero en eso no estoy dispues-to a transigir, y jamás consentiré en abandonar a los pobres muchachos a su suerte por el mundo, como tantas veces me ha pedido ella que haga. En todo lo demás, la dejo que man-de lo que quiera; y lo cierto es que lleva la casa excelentemente, eso hay que decirlo en su favor.
Estábamos conversando de esta manera, cuando vimos nuestro discurso interrumpido por una voz que llamó a lo lejos, desde el bosque...
-¡Mis hijos, espero! -exclamó el leñador, y corrió a abrir la puerta.
Se repitió la voz. Ahora distinguimos el cabalgar de caballos, y poco después se

Librodot

detenía ante la puerta de la caba-ña un carruaje escoltado por varios caballeros. Uno de los jinetes preguntó cuánto faltaba para llegar a Estrasburgo. Como se había dirigido a mí, le dije el número de millas que Claude me había dicho antes; a lo cual descargó una andanada de maldiciones contra los cocheros por haber extraviado el camino. Informó a continuación a las personas del interior del coche de la distancia que faltaba, así como que los caballos estaban tan cansados que no podían proseguir. Una dama, que parecía ser la dueña, se mostró muy contrariada ante esta información. Pero como no tenía remedio, uno de los que le daban escolta preguntó al leñador si podía proporcionarles alojamiento por una noche.

Este pareció desconcertado, y contestó que no, añadiendo que un caballero español y su criado ocupaban los únicos aposentos libres que había en la casa. Al oír esto, la galante-ría de mi nación no me permitió retener dichos acomodos, de los que tenía necesidad una mujer. Inmediatamente, indiqué al leñador que cedía mi derecho a la dama; él puso algunas objeciones, pero se las rebatí, y corriendo al carruaje, abrí la puerta y ayudé a la dama a descender. Inmediatamente reco-nocí en ella a la persona que había visto en la posada de Luneville. Aproveché la ocasión para preguntar a uno de sus acompañantes cómo se llamaba.

-La baronesa de Lindenberg -me contestó.

No pude por menos de observar cuán diferente fue la aco-gida que nuestro anfitrión dispensó a los recién llegados y a mí. Su renuencia a admitirles se hizo patente en su semblan-te, y tuvo que hacer esfuerzos para darle a la dama la bienvenida. La condujo a la casa y la acomodó en la butaca que yo acababa de dejar. Ella me dio las gracias muy cortésmente, y pidió mil perdones por haberme causado tal incomodidad. Súbitamente, el semblante del leñador se iluminó.

-¡Por fin lo he arreglado! -dijo, interrumpiendo las excu-sas de ella-; puedo alojaros a vos y vuestro séquito, señora, y no tendréis necesidad de hacer sufrir a este caballero la in-comodidad a que le obliga su cortesía. Tenemos dos aposentos, uno para la dama, y el otro, monsieur, para vos. Mi esposa cederá el suyo a las dos doncellas que la acompañan; en cuanto a los criados, deberán conformarse con pasar la noche en el granero, que está a unas yardas de la casa. Tendrán fuego, y la mejor cena que les podamos preparar.

Tras varias expresiones de agradecimiento por parte de la dama, y de oposición por la mía a que Marguerite cediese su cama, quedó acordado este arreglo. Como la estancia era pequeña, la baronesa despidió inmediatamente a los criados. Y estaba a punto Baptiste de conducirles al granero que había mencionado, cuando aparecieron dos jóvenes en la puerta de la cabaña.

-¡Ira de Satanás! -exclamó el primero volviéndose al otro-. ¡Robert, la casa está llena de extranjeros!

-¡Ah! ¡Aquí están mis hijos! -exclamó nuestro anfitrión-. ¡Eh, Jacques! ¡Robert! ¿Adónde vais tan corriendo, muchachos? Aquí hay sitio de sobra para vosotros.

Ante esta afirmación, los jóvenes regresaron. El padre nos los presentó a la baronesa y a mí; tras lo cual, el leñador salió con nuestros criados, mientras que a petición de las dos doncellas, Marguerite las condujo a la habitación de su señora.

Los dos jóvenes recién llegados eran altos, fornidos, bien formados y muy tostados por el sol. Nos presentaron sus respetos con pocas palabras, y saludaron a Claude, que en-traba en ese momento en la habitación, como a un viejo conocido. Luego se quitaron las capas en las que venían en-vueltos, se despojaron de los cinturones de cuero, de los que colgaban dos largos machetes, y sacándose cada uno un par de

Librodot

pistolas de la cintura, las dejaron sobre un estante.
-Viajan bien armados -observé.
-Cierto, monsieur -convino Robert-. Hemos salido de Estrasburgo ya de noche, y es preciso tomar precauciones para atravesar el bosque después de oscurecer. No goza de buena fama, os lo aseguro.
-¿Cómo? -dijo la baronesa-. ¿Hay salteadores por aquí?
-Eso dicen, madame; por mi parte, he cruzado este bos-que a todas horas, y jamás he topado con ninguno.
Marguerite regresó en ese momento. Sus hijastros la condujeron al otro extremo de la habitación y conferencia-ron con ella en voz baja durante unos minutos. Por las miradas que echaban a intervalos, deduje que le preguntaban qué hacíamos en la cabaña.
Entretanto, la baronesa manifestó el temor de que su esposo se inquietase por ella. Había pensado enviar a uno de sus criados, para informar al barón del motivo de su demora. Pero la noticia que los jóvenes habían dado del bosque hacía el plan irrealizable. Claude la sacó de este apuro. Le comunicó que él tenía necesidad de llegar a Estrasburgo esa noche, y que si ella deseaba confiarle una carta, podía estar segura de que sería entregada debidamente.
-¿Y cómo es -pregunté- que vos no tenéis ningún mie-do de tropezaros con los salteadores?
-¡Ay! Monsieur, un pobre cargado de hijos no debe desperdiciar la oportunidad de sacar algún provecho, sólo porque supone algún peligro, y quizá mi señor el barón recompense de algún modo mis trabajos. Además, no tengo nada que perder, salvo la vida, que de nada les valdría a los bandidos quitármela.
Sus argumentos no me parecieron convincentes y le aconsejé que esperase hasta la mañana siguiente. Pero como la baronesa no me secundó, me vi obligado a renunciar a la discusión. La baronesa de Lindenberg, como averigüé más tarde, estaba acostumbrada a sacrificar los intereses de los demás al suyo propio, y su deseo de enviar a Claude a Estrasburgo le impedía ver el peligro de la empresa. De modo que se decidió que éste saldría sin demora. La baronesa escribió una carta a su esposo, y yo envié unas líneas a mi banquero, notificándole que no estaría en Estrasburgo hasta el día siguiente. Claude cogió nuestras car-tas y abandonó la cabaña.
La dama manifestó que estaba muy cansada del viaje: además de venir de muy lejos, los cocheros habían contribuido a perderse en el bosque. A continuación se dirigió a Marguerite, pidiéndole que le mostrase su aposento y la dejase descansar media hora. Fue llamada inmediatamente una de las doncellas; apareció ésta con una luz, y la baronesa la siguió escalera arriba. Se puso el mantel en la estancia donde estaba yo, y Marguerite me dio a entender en seguida que yo estaba de más. Su alusión fue demasiado directa para no comprenderla claramente. Así que pedí a uno de los jóvenes que me condujese a la alcoba donde debía dormir, y pudiese permanecer hasta que la cena estuviera dispuesta.
-¿Qué alcoba es, madre? -preguntó Robert.
-La de cortinas verdes -respondió ella-; acabo de tomarme el trabajo de prepararla y poner sábanas limpias en la cama. Si el caballero desea echarse, que la haga después por mí.
-Estáis de mal humor, madre; aunque no es ninguna novedad. Tened la bondad de seguirme, monsieur.
Abrió la puerta y se dirigió hacia una estrecha escalera.

Librodot

-¡No llevas ninguna luz! -dijo Marguerite-. ¿Quieres romperte el cuello tú, o se lo quieres romper al caballero?
Pasó delante de mí y le puso a Robert una vela en la mano; después de lo cual, comenzó éste a subir. Jacques estaba poniendo el mantel de espaldas a mí. Marguerite apro-vechó la ocasión de que no nos veían. Me cogió la mano y me la apretó fuertemente.
-¡Mirad las sábanas! -dijo al pasar junto a mí, e inmediatamente reanudó su anterior ocupación.
Sorprendido ante lo inesperado de su acción, me quedé petrificado. La voz de Robert, pidiéndome que le siguiera, me devolvió a la realidad. Subí. Mi guía me introdujo en una cámara en cuyo hogar ardía un excelente fuego. Colocó la luz sobre la mesa, me preguntó si deseaba alguna cosa más; y al contestarle que no, me dejó a solas. Podéis estar seguro de que en el instante en que me encontré solo fui a cumplir la petición de Marguerite. Cogí la vela, me acerqué apresuradamente a la cama y la abrí. ¡Cuál no sería mi estupor, mi horror, al ver las sábanas manchadas de sangre!

En aquel momento, me pasaron mil confusas ideas por la imaginación: los salteadores que infestaban el bosque, la exclamación de Marguerite sobre sus hijos, las armas y la apa-rición de los jóvenes, y las diversas anécdotas que había oído relatar sobre la secreta correspondencia que frecuentemente existe entre los bandidos y los postillones; todas estas circunstancias me cruzaron por la mente, inspirándome recelo y aprensión. Me puse a meditar de qué medio podría valerme para comprobar la verdad de mis conjeturas. De pronto, oí que alguien andaba abajo paseando de un lado a otro, impaciente. Ahora, todo me resultaba sospechoso. Me acerqué con precaución a la ventana, la cual, como la habitación ha-bía estado cerrada mucho tiempo, había quedado abierta a pesar del frío. Me aventuré a asomarme. Los rayos de la luna me permitieron distinguir a un hombre, en quien re-conocí a mi anfitrión. Observé sus movimientos. Avanzó rápidamente, luego se detuvo y pareció escuchar: pateaba el suelo y se golpeaba el estómago con los brazos como para entrar en calor. Al menor ruido, si oía alguna voz en la par-te inferior de la casa, o si un murciélago le rozaba al pasar, o el viento hacía susurrar las ramas desnudas, se sobresalta-ba y miraba en torno suyo con inquietud.
-¡La peste se lo lleve! -dijo por fin con impaciencia-. ¡Qué le pasará!
Lo dijo en voz baja; pero como estaba justamente debajo de mi ventana, distinguí sus palabras con claridad.
A continuación oí pasos de alguien que se acercaba. Baptiste se dirigió hacia el lugar de donde provenía el ruido. Se le unió un hombre, cuya baja estatura, y el cuerno que lle-vaba colgando del cuello, indicaba que no era otro que mi fiel Claude, a quien suponía ya camino de Estrasburgo. Esperando que su conversación arrojase alguna luz sobre mi situación, me apresuré a tomar una posición que me permitiese escuchar sin que me viesen. Para ello, apagué la luz que tenía en la mesita de noche, las llamas del fuego no eran lo bastante grandes como para delatarme. Seguidamente volví a mi puesto en la ventana.
Los dos individuos que despertaban mi curiosidad se ha-bían detenido justamente debajo de ella. Supongo que du-rante mi breve ausencia, el leñador había reprochado a Claude su tardanza, ya que cuando me aposté de nuevo en la ventana éste trataba de justificar su falta.
-Sin embargo -añadió-, mi diligencia compensará ahora mi anterior retraso.
-En ese caso -contestó Baptiste-, os perdono. Pero ya que vamos a partes iguales en las

presas, vuestro propio interés debería estimularos para actuar con la mayor diligen-cia. ¡Sería una vergüenza que dejásemos escapar tan noble botín! ¿Decís que el español es rico?

-Su criado se jactaba en la posada de que los efectos de ese coche valen más de dos mil doblones.

¡Oh! ¡Cómo maldije la imprudente vanidad de Stephano!

-Y me han dicho -prosiguió el postillón- que la barone-sa lleva consigo un cofrecillo de joyas de inmenso valor.

-Puede ser, pero habría preferido que se hubiese quedado en otra parte. El español era presa segura. Los chicos y yo podíamos haberles reducido con facilidad a él y a su criado, y luego nos habríamos repartido los dos mil doblones entre los cuatro. Ahora nos toca dejar que entre la banda en el reparto, y quizá se nos vaya de las manos la nidada entera. Si nuestros amigos han acudido a sus diferentes puestos antes de que llegues tú a la caverna, todo se habrá perdido. Los acompañantes de la dama son demasiado numerosos para que los dominemos nosotros solos. A menos que nuestros compinches lleguen a tiempo, tendremos que dejar que estos viajeros prosigan mañana su viaje sin daño alguno.

-¡Ha sido una condenada desgracia que mis camaradas que conducían el coche estuvieran al margen de nuestra alianza! Pero no temáis, amigo Baptiste. En una hora estaré en la caverna. Ahora no son más que las diez, de modo que podéis esperar la llegada de la banda para las doce. A propósito, tened cuidado con vuestra esposa. Ya sabéis cómo aborrece ella nuestro modo de vida; puede encontrar algún medio de informar a los criados de la dama sobre nuestros propósitos.

-¡Oh! Estoy seguro de su silencio; me tiene demasiado miedo, y quiere demasiado a sus hijos para atreverse a traicionar mi secreto. Además, Jacques y Robert la vigilan estrechamente, y no le permitirán salir de la cabaña. Los criados están bien alojados en el granero; procuraré que todo esté tranquilo hasta la llegada de nuestros amigos. Si yo tu-viera la seguridad de que ibais a encontrar a los bandidos, despacharíamos a los extranjeros en un instante. Pero como es posible que no, temo que vengan los criados a verles.

-¿Y si uno de los viajeros descubre vuestro plan?

-Entonces deberemos apuñalar a los que estén en nuestro poder, y hacer lo posible por reducir a los demás. Sin embargo, para evitar ese riesgo, corred a la cueva: los bandidos no se marcharán de allí hasta las once, y si sois diligente, podéis llegar a tiempo.

-Decid a Robert que cojo su caballo. El mío ha roto la brida y ha escapado al bosque. ¿Cuál es el santo y seña?

-La recompensa del valor.

Es suficiente. Corro a la cueva.

-Y yo voy a reunirme con mis invitados, no vaya a ser que mi ausencia despierte sospechas. Adiós, y sed diligente.

Se separaron estos dignos asociados. Uno se encaminó hacia el establo, mientras que el otro regresó a la casa.

Podéis imaginar cuáles fueron mis sentimientos durante esta conversación, de la que no perdí una sola sílaba. No me atrevía a abandonarme a mis propias reflexiones, ni veía medio de escapar a los peligros que me amenazaban. Sabía que sería inútil toda resistencia; estaba desarmado, y era un solo hombre contra tres. Sin embargo, estaba dispuesto al menos a vender mi vida lo más cara posible. Temiendo que Baptiste se

diera cuenta de mi ausencia y sospechase que había oído su entrevista con Claude, me apresuré a encender de nuevo mi vela y a abandonar la alcoba. Al bajar, encontré la mesa puesta para seis personas. La baronesa estaba sentada junto a la chimenea. Marguerite aliñaba la ensalada, y sus hijastros deliberaban en voz baja en el otro extremo de la estancia. Baptiste, que había ido a efectuar una ronda alrededor de la cabaña antes de entrar, aún no había llegado. Me senté tranquilamente enfrente de la baronesa.

Con una mirada a Marguerite, le indiqué que había captado su alusión. ¡Cuán diferente me pareció ahora! Lo que antes había tomado por enfado y mal humor, ahora vi que era disgusto por sus compañeros, y compasión por mi peligro. La miré como mi único recurso. Sin embargo, sabiendo que su esposo la vigilaba con ojos recelosos, poca era la confianza que podía depositar en las diligencias de su buena voluntad.

Pese a todos mis esfuerzos por ocultarla, mi semblante reflejaba demasiado visiblemente la agitación que me dominaba. Estaba pálido, y tanto mis palabras como mis ac-ciones eran nerviosas y atropelladas. Los jóvenes se dieron cuenta y me preguntaron la causa. Yo lo atribuí al exceso de cansancio y al violento efecto que producía en mí el rigor de la estación. Si me creyeron o no, es cosa que no puedo decir. Al menos, dejaron de agobiarme con sus preguntas. Me esforcé en apartar la atención de los peligros que me rodeaban, conversando sobre temas diversos con la barone-sa. Hablé de Alemania, declarando mi intención de visitarla inmediatamente. ¡Bien sabe Dios lo poco que pensaba en aquel momento que la vería alguna vez! Ella me contestó con gran naturalidad y cortesía, manifestó que el placer de haberme conocido compensaba ampliamente la demora en su viaje, y me invitó cálidamente a pasar unos días en el castillo de Lindenberg. Mientras hablaba de este modo, los jóvenes intercambiaron una sonrisa maliciosa, la cual indicaba que sería afortunada si lograba llegar al castillo. No se me escapó este gesto; pero oculté la emoción que suscitó en mi pecho. Seguí conversando con la dama. Pero mi discur-so era tan frecuentemente incoherente que, como después me contó, empezó a dudar que estuviese en mi juicio. La verdad es que mientras mi conversación giraba sobre un tema mis pensamientos estaban enteramente ocupados en otro. Pensaba en el medio de salir de la cabaña, llegar al granero e informar a los criados de los propósitos de nuestro anfitrión. No tardé en comprobar lo irrealizable que era este plan. Jacques y Robert vigilaban cada movimiento mío con ojos atentos, y me vi obligado a abandonar la idea. Ahora, todas mis esperanzas estaban puestas en que Claude no encontrase a los bandidos: en tal caso, según lo que había oído, nos dejarían marchar libremente.

Al entrar Baptiste en la estancia, me estremecí involuntariamente.

Pidió mil perdones por su larga ausencia, pero «le habían entretenido asuntos imposibles de posponer». Luego nos pidió permiso para que su familia cenase en la mis-ma mesa que nosotros, sin el cual, el respeto no le permitiría tomarse tal libertad. ¡Oh! ¡Cómo maldije en mi corazón al hipócrita! ¡Cómo odié la presencia de aquel que estaba a punto de privarme de la existencia en ese tiempo tan cara para mí! Tenía todos los motivos para estar satisfecho de la vida. Poseía juventud, riqueza, alcurnia y educación, y ante mí tenía las más hermosas expectativas. Pero veía que estas expectativas estaban a punto de derrumbarse de la manera más horrible. Sin embargo, me vi obligado a disimular y a acoger con expresiones de agradecimiento las falsas cortesías del que tenía la daga puesta sobre mi pecho.

Nuestro anfitrión recibió el permiso que solicitaba. Nos sentamos a la mesa. La baronesa y yo ocupamos un lado. Los hijos se sentaron enfrente de nosotros, de

espaldas a la puerta. Baptiste ocupó su asiento en un extremo de la mesa, junto a la baronesa, y la otra plaza se dejó para su esposa. Entró ésta en seguida en la habitación y nos colocó delante una sencilla pero reconfortante comida campesina. Nuestro anfitrión consideró necesario excusar la modestia de la cena: le había cogido desprevenido nuestra llegada, así que sólo podía ofrecernos compartir lo que estaba destina-do a su propia familia.

-Pero -añadió-, si algún accidente retuviese a mis nobles invitados más de lo que es su propósito, espero que podría brindarles un tratamiento mejor.

¡El muy villano! De sobra sabía yo a qué accidente se refería; ¡me estremecí ante el tratamiento que nos quería dis-pensar!

Mi compañera de peligro parecía haber olvidado la pesadumbre del retraso. Reía y conversaba con la familia con infinita alegría. Yo me esforzaba inútilmente en seguir su ejemplo. Mi buen humor resultaba evidentemente forzado, y esta actitud que yo mismo me imponía no escapó a la observación de Baptiste.

-¡Vamos, vamos, monsieur, animaos! -dijo-. No parece que os hayáis recobrado del todo de vuestra fatiga. Para levantar el ánimo, ¿qué os parece si tomamos un vaso de un excelente vino añejo que me dejó mi padre? ¡Dios le tenga en su seno, ahora está en un mundo mejor! Raras veces saco yo vino de ése. Pero como no todos los días me siento honrado con invitados de vuestra categoría, esta ocasión bien merece una botella.

Dio a su esposa una llave y le indicó dónde hallaría el vino del que hablaba. No pareció ella complacida con tal comisión, ni mucho menos. Cogió la llave con embarazo y vaciló antes de abandonar la mesa.

Marguerite le lanzó una mirada de ira y temor, y salió de la habitación. Los ojos del esposo la siguieron recelosa-mente, hasta que cerró la puerta.

Poco después regresó con una botella sellada con cera amarilla. La colocó sobre la mesa y devolvió la llave a su esposo. Sospeché que no se nos ofrecía este licor sin una in-tención, y observé los movimientos de Marguerite con inquietud. Se puso a enjuagar unas pequeñas copas de asta. Al colocarlas ante Baptiste, se dio cuenta de que mis ojos estaban fijos en ella, y en el instante en que creyó que los bandidos no la miraban, me hizo una seña con la cabeza para que no probara la bebida, y volvió a ocupar su sitio.

Entretanto, nuestro anfitrión había quitado el tapón, y llenando dos de las copas, nos las ofreció a la dama y a mí. Al principio, ella puso algunos reparos, pero las insistencias de Baptiste fueron tan apremiantes que se vio obligada a complacerle. Temiendo despertar sospechas, cogí el vaso que me ofrecía sin vacilar. Por el olor y el color supuse que era champaña; pero las motas de polvo que flotaban en su superficie me convencieron de que le habían añadido algo. Sin embargo, no me atreví a manifestar mi repugnancia a beberlo. Me lo llevé a los labios y fingí bebérmelo. Y levantándome súbitamente de la silla me dirigí lo mejor que pude a una cubeta de agua donde Marguerite había estado lavando las copas. Fingí tragar el vino con desagrado, y aproveché la ocasión para vaciar la copa inadvertidamente en la cubeta.

Los bandidos parecieron alarmarse ante mi acción. Jac-ques medio se incorporó de su silla, se metió la mano en el pecho, donde descubrí el puño de una daga. Volví a mi asien-to con tranquilidad y fingí no haber notado su confusión.

-No habéis acertado con mi gusto, mi buen amigo -dije, dirigiéndome a Baptiste-. No puedo probar el champaña sin que me produzca un violento trastorno. Creo que he tragado demasiado antes de saber qué era, y me temo que mi imprudencia me va a

causar molestias.
Baptiste y Jacques intercambiaron una mirada de desconfianza.
-Tal vez os resulte desagradable su olor -dijo Robert.
Se levantó de su silla y cogió la copa. Observé que comprobaba si efectivamente estaba vacía.
-Debe de haber bebido suficiente -le dijo a su hermano en voz baja, mientras se sentaba otra vez.
Marguerite pareció temer que hubiese probado el licor: la tranquilicé con una mirada.
Aguardé con ansiedad los efectos que el brebaje iba a producir en la dama. No dudaba que el polvo que había observado era ponzoñoso, y lamentaba no haberme sido posi-ble advertirla del peligro. Pero transcurrieron varios minu-tos, antes de observar que se le cerraban los ojos. Se le dobló la cabeza hacia un lado, y se sumió en profundo sueño. Fingí no enterarme de tal circunstancia, y seguí mi conversación con Baptiste, con toda la alegría que era ca-paz de aparentar. El me miraba con desconfianza y asombro, y vi que los bandidos cuchicheaban frecuentemente entre sí. Mi situación se volvía más difícil a cada instante: mantenía la actitud de confianza cada vez con menos gracia. Temeroso a la vez de que llegasen sus cómplices y de que sospechasen que estaba enterado de sus propósitos, no sabía cómo disipar el recelo con que los bandidos me vigilaban. La servicial Marguerite me ayudó una vez más en este nuevo dilema. Pasó por detrás de sus hijastros, se detuvo un momento frente a mí, cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre el hombro. Esta alusión disipó inmediatamente mi incertidumbre. Me decía que debía imitar a la baronesa y fingir que el licor había hecho pleno efecto en mí. Así lo hice, y a los pocos minutos simulé que el sueño me había vencido completamente.
-¡Vaya! -exclamó Baptiste, al caer yo en mi silla-. ¡Por fin se ha dormido! Empezaba a pensar que se había olido nuestro plan y que nos tocaría despacharlo de todas maneras.
-¿Y por qué no lo despachamos de todas maneras? -preguntó Jacques con ferocidad-. ¿Para qué vamos a darle la posibilidad de que traicione nuestro secreto? Marguerite, dadme una de mis pistolas. Total, puedo acabar con él con sólo apretar el gatillo.
-Supón -replicó el padre-, supón que no llegan nuestros amigos esta noche, ¡vaya un papel que haríamos cuando los criados pregun tasen por él mañana por la mañana! No, no, Jacques; hay que esperar a nuestros socios. Si se unen a nosotros, seremos lo bastante fuertes como para acabar con los criados y los amos, y el botín será nuestro. Si Claude no encuentra a la banda, deberemos tener paciencia y dejar que la presa se nos vaya de entre los dedos. ¡Ah! ¡Muchachos, muchachos! De haber llegado vosotros cinco minutos antes, habríamos terminado con el español, y ahora sería-mos dueños de dos mil doblones. Pero nunca estáis cuando os necesito. ¡Sois unos ladrones de lo más inoportunos!
-¡Bueno, bueno, padre! -contestó Jacques-; si pensarais como yo, ya habríamos terminado con todos. Vos, Robert, Claude y yo, habríamos reducido a los extranjeros, aunque sean el doble. Sin embargo, Claude no está; es demasiado tarde para pensar en eso ahora. Tendremos que esperar pa-cientemente a que llegue la banda; y si los viajeros se nos escapan esta noche, tendremos que ocuparnos de asaltarles mañana.
-¡Cierto! ¡Cierto! -dijo Baptiste-. Marguerite, ¿has dado el somnífero a las doncellas?
Marguerite dijo que sí.
-Entonces todo marcha. Vamos, vamos, muchachos. Pase lo que pase, no hay razón para quejarse de esta aventura. No corremos ningún peligro, podemos ganar mucho, y no hay nada que perder.

Librodot

En ese momento, oí cascos de caballos. ¡Oh, qué espantoso resultó ese ruido a mis oídos! Un sudor frío me corrió por la frente, y sentí todos los horrores de la muerte inminente. No fue tranquilizador, ni mucho menos, oír exclamar a Marguerite, con acento desesperado:

-¡Dios todopoderoso! ¡Están perdidos!

Afortunadamente, el leñador y sus hijos estaban demasiado atentos a la llegada de sus socios para ocuparse de mí; de otro modo, la violencia de mi agitación les habría convencido de que mi sueño era fingido.

-¡Abrid! ¡Abrid! -exclamaron varias voces, en el exterior.

-¡Sí! ¡Sí! -gritó Baptiste alegremente-. ¡Son ellos! ¡Ahora nuestro botín es seguro! ¡Id, muchachos! Llevadles al granero; ya sabéis lo que hay que hacer allí.

Robert corrió a abrir la puerta.

-Pero primero -dijo Jacques, cogiendo sus armas-, primero dejadme despachar a estos dos dormidos.

-¡No, no, no! -replicó el padre-; ve al granero, donde haces falta. Deja que me encargue yo de éstos y de las mujeres de arriba.

Jacques obedeció y siguió a su hermano. Parecieron conferenciar unos minutos con los recién llegados. Después de lo cual oí desmontar a los forajidos y, según supuse, diri-girse al granero.

-¡Bueno! ¡A eso se llama obrar juiciosamente! -murmu-ró Baptiste-; han dejado los caballos, y van a caer sobre los extranjeros por sorpresa. ¡Bien! ¡Bien!, ahora a lo mío.

Le oí acercarse a una pequeña alacena situada en el fondo de la habitación y abrirla. En ese momento, sentí que me sacudían suavemente.

-¡Ahora! ¡Ahora! -susurró Marguerite.

Abrí los ojos. Baptiste estaba de espaldas a mí. No había nadie más en la estancia, salvo Marguerite y la dama dor-mida. El villano había cogido una daga de la alacena, y parecía comprobar si estaba lo bastante afilada. Yo no me había cuidado de proveerme de armas; pero comprendí que ésta era la única ocasión de escapar, y decidí no desaprovecharla. Me levanté de un salto, me abalancé sobre Baptiste, y cogiéndole por el cuello, le apreté con fuerza para que no pudiese gritar. Quizá recordéis la fama que tenía en Salamanca la fuerza de mi brazo. Ahora esta fuerza me prestó un servicio esencial. Sorprendido, aterrado y sin respiración, el villano no fue adversario peligroso. Le arrojé al suelo, le agarré aún más fuerte, y mientras le inmovilizaba, Marguerite le arrancó la daga de la mano y se la hundió re-petidamente en el corazón, hasta que expiró.

No bien hubo perpetrado este acto horrible pero necesario, Marguerite me ordenó que la siguiese.

-¡Nuestra única salvación es huir! -dijo-. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡De prisa!

Obedecí sin vacilar. Pero no queriendo dejar a la baronesa para que fuese víctima de la venganza de los ladrones, la cogí en brazos, aún dormida, y corrí tras Marguerite. Los caballos de los bandidos estaban atados junto a la puerta. Mi conductora saltó sobre uno de ellos. Seguí su ejemplo, coloqué a la baronesa delante de mí, y espoleé mi caballo. Nuestra única esperanza era llegar a Estrasburgo, que estaba mucho más cerca de lo que el pérfido Claude me había asegurado. Marguerite conocía el camino bastante bien, y galopaba delante de mí. Tuvimos que pasar por delante del granero, donde los ladrones estaban asesinando a nuestros criados. La puerta estaba abierta. ¡Oímos los alaridos de los moribundos y las im-precaciones de los asesinos! ¡Me es imposible describir lo que sentí en aquel momento!

Jacques oyó los cascos de nuestros caballos. Corrió a la puerta con una antorcha en la mano y nos reconoció en se-guida.
-¡Traición! ¡Traición! -gritó a sus compañeros.
Inmediatamente dejaron su sangrienta tarea y corrieron a sus caballos. No les oímos más. Clavé las espuelas en los flancos de mi corcel, y Marguerite aguijoneó al suyo con el puñal que tan buen servicio le había prestado ya. Corríamos como centellas, y salimos a campo abierto. Teníamos la torre de la catedral de Estrasburgo a la vista, cuando oí-mos a los ladrones detrás de nosotros. Marguerite se volvió y divisó a los ladrones que descendían por una pequeña colina, a no mucha distancia. En vano hostigábamos a nuestros caballos; el ruido se aproximaba cada vez más.
-¡Estamos perdidos! -exclamó-. ¡Los villanos nos están alcanzando!
-¡Seguid! ¡Seguid! -repliqué-. Oigo caballos que vienen de la ciudad.
Redoblamos nuestros esfuerzos, y no tardamos en divisar un numeroso grupo de caballeros que venían hacia nosotros a toda velocidad. Estaban a punto de pasarnos.
-¡Deteneos! ¡Deteneos! -gritó Marguerite-. ¡Salvadnos! ¡Por Dios, salvadnos!
-¡Es ella! ¡Es ella! -exclamó, saltando al suelo-. ¡Parad, mi señor, parad! ¡Están a salvo! ¡Es mi madre!
Al mismo tiempo, Marguerite saltó de su caballo, se abrazó a él, y le cubrió de besos. Los demás caballeros se detuvieron ante tales exclamaciones.
-¿La baronesa de Lindenberg? -gritó otro de los desconocidos ansiosamente-. ¿Dónde está? ¿No viene con vos?
Se detuvo al descubrirla sin sentido en mis brazos. Me la cogió apresuradamente. El profundo sueño en que había caído le hizo temer por su vida; pero el latido de su cora-zón le tranquilizó en seguida.
-¡Alabado sea Dios! -dijo-. Ha escapado sin daño.
Interrumpí su euforia señalándole a los forajidos, que seguían aproximándose. No bien los mencioné, la mayor par-te de la compañía, que parecía estar compuesta casi toda de soldados, salió inmediatamente a su encuentro. Los villanos no esperaron a recibir el ataque: al darse cuenta del peligro, volvieron grupas y huyeron hacia el bosque, adonde los siguieron sus perseguidores. Entretanto, el desconocido, el cual supuse que era el barón de Lindenberg, después de dar-me las gracias por haber cuidado de su dama, sugirió que regresáramos inmediatamente a la ciudad. La baronesa, que seguía bajo los efectos del opio, fue colocada delante de él; Marguerite y su hijo volvieron a montar en sus caballos; los criados del barón nos dieron escolta, y no tardamos en lle-gar a la posada donde ya había tomado él aposento.
Se trataba del Águila Austriaca, donde mi banquero, a quien había informado antes de salir de París de mi intención de visitar Estrasburgo, había reservado ya aposento para mí. Me alegré de esta circunstancia. Esto me daba ocasión de trabar amistad con el barón, lo que preveía que me sería de gran utilidad en Alemania. Tan pronto como llegamos, la dama fue conducida a la cama. Llamaron a un, médico; prescribió éste una medicina que contrarrestase los efectos de la poción letárgica, y tras derramarle un poco en la boca, la baronesa fue encomendada a los cuidados de la posadera. El barón se dirigió a mí entonces, y me rogó que le contase los detalles de nuestra aventura. Satisfice al punto sus deseos, pues apenado por el destino de Stephano, a quien me había visto obligado a abandonar a la crueldad de los bandidos, me parecía imposible encontrar descanso hasta tanto no tuviera alguna noticia de él. Muy pronto me en-teré de que mi fiel criado había perecido. Los soldados que habían perseguido a los forajidos regresaron cuando todavía estaba yo relatando mi aventura al barón. Dijeron

que los habían alcanzado: el crimen y el auténtico valor son incompatibles. Se arrojaron a los pies de sus perseguidores, se rindieron sin cruzar un solo golpe y revelaron su refugio secreto, dándoles además la contraseña con la que podrían coger al resto de la banda. Y, maniatados, los habían conducido a Estrasburgo. Algunos de los soldados corrieron a la cabaña, utilizando de guía a uno de los bandidos. Lo pri-mero que inspeccionaron fue el granero fatal, donde tuvieron la fortuna de hallar con vida aún a dos de los criados del barón, aunque desesperadamente malheridos. El resto había muerto bajo las espadas de los ladrones, y uno de éstos era el desventurado Stephano.

Alarmados por nuestra huida, y en su prisa por alcanzar-nos, los ladrones no habían visitado la cabaña. Por consiguiente, los soldados encontraron ilesas a las dos doncellas, y sumidas en el mismo sueño profundo que había vencido a su señora. No encontraron a nadie más en la cabaña, salvo a un niño que no tendría más de cuatro años, a quien los soldados se trajeron con ellos. Estábamos haciendo mil conjeturas sobre los padres del infortunado pequeño, cuando irrumpió Marguerite en la habitación con el niño en brazos. Cayó a los pies del oficial que nos estaba informando, y le bendijo mil veces por haber salvado a su hijo.

Cuando hubo pasado esta primera efusión de ternura maternal, le rogué que nos explicase cómo era que había estado unida a un hombre cuyos principios parecían tan en desacuerdo con los suyos. Bajó los ojos y se limpió unas lágrimas de la mejilla.

-Caballeros -dijo tras un silencio de unos minutos-, desearía suplicaros un favor. Tenéis derecho a saber con quién habéis contraído una obligación. Así que no voy a ocultaros una confesión que me cubre de vergüenza. Pero permitidme que lo haga con el menor número de palabras posible.

»Nací en Estrasburgo, de padres respetables. De momento debo ocultar sus nombres: mi padre vive aún, y no merece que le mezcle en mi infamia; si me concedéis esto, os informaré del nombre de mi familia. Un villano se adueñó de mis afectos, y abandoné la casa de mi padre para seguirle. Sin embargo, aunque mis pasiones predominaban sobre mi virtud, no me hundí en la degeneración del vicio, como tan frecuentemente ocurre a las mujeres que dan un primer paso en falso. Amaba a mi seductor; ¡le amaba tiernamente! Le fui fiel hasta el final. Este niño, y el joven que os advirtió, mi señor barón, del peligro de vuestra dama, son fruto de nuestro afecto. Aún en este instante lamento su pérdida, aunque a él debo todas las desventuras de mi existencia.

»Era de noble cuna, pero había dilapidado su herencia paterna. Sus parientes le consideraban un baldón para su nombre y le echaron completamente. Sus excesos atrajeron sobre él la indignación de la policía. Se vio obligado a huir de Estrasburgo, y no encontró otro medio de evitar la mendicidad que uniéndose a los bandidos que infestaban el bosque vecino, y cuya banda estaba compuesta principalmente por jóvenes de buena familia, y en la misma situación que él. Yo estaba decidida a no abandonarlo. Lo acompañé a la cueva de los forajidos y compartí con él las miserias inseparables de una vida de pillaje. Pues aunque yo sabía que nuestra existencia se sustentaba a base de robos, ignoraba las horribles circunstancias relacionadas con las actividades de mi amante. Él me las ocultaba con el mayor cuidado. Se daba cuenta de que mis sentimientos no eran lo bastante depravados como para pensar en el asesinato sin estremecerme.

Suponía, y con justicia, que huiría horrorizada de los abrazos de un asesino. Los ocho años que me poseyó no ahogaron su amor por mí; y evitaba con todo cuidado que me enterase de ningún detalle que pudiese llevarme a sospechar los crímenes en los

que participaba a menudo. Lo conseguía muy bien; hasta la muerte de mi seductor, no descubrí que sus manos habían estado manchadas de sangre inocente.

»Una noche fatal lo trajeron a la cueva cubierto de heridas. Las recibió al atacar a un viajero inglés, a quien sus compañeros mataron inmediatamente, en venganza. Sólo tuvo tiempo de suplicarme perdón por todas las desdichas que me había ocasionado; me besó la mano con sus labios enfebrecidos, y expiró. Mi dolor fue indecible. Tan pronto como cedió, decidí regresar a Estrasburgo y arrojarme a los pies de mi padre, con mis dos hijos, y suplicar su perdón; aunque poco esperaba conseguirlo. ¡Cuál no fue mi consternación, al enterarme de que no se permitía abandonar la cuadrilla a nadie que conociese el refugio de los bandidos, que debía renunciar a toda esperanza de volver a la sociedad y resignarme a aceptar inmediatamente a uno de la banda por esposo! Fueron inútiles todas mis súplicas y protestas. Echaron a suertes para decidir quién me iba a poseer en adelante, y pasé a ser propiedad del infame Baptiste. Un ladrón que en otro tiempo había sido monje nos unió mediante una ceremonia más burlesca que religiosa. Mis hijos y yo pasamos a manos de mi nuevo marido, que nos llevó inmediatamente a su casa.

»Me aseguró que hacía tiempo que sentía por mí la más ardiente estima; pero la amistad por mi fallecido amante le había obligado a reprimir sus deseos. Se esforzó en recon-ciliarme con mi destino, y durante algún tiempo me trató con respeto y dulzura. Finalmente, viendo que mi aversión, lejos de disminuir, iba en aumento, obtuvo con violencia los favores que yo me resistía a concederle. No me quedó otro recurso que soportar mis sufrimientos con paciencia. Me daba cuenta de que me los merecía sobradamente. Me era imposible huir: mis hijos estaban en poder de Baptiste, y éste había jurado que si intentaba escapar lo pagarían ellos con sus vidas. Tuve demasiadas ocasiones de comprobar la ferocidad de su naturaleza para dudar que cumpliría su palabra al pie de la letra. La triste experiencia me había convencido de los horrores de mi situación; mi primer amante me los había ocultado escrupulosamente: Baptiste, en cambio, gozaba abriéndome los ojos a las crueldades de su profesión, y se esforzaba en familiarizarme con la sangre y las matanzas.

»Mi naturaleza era ardiente y licenciosa, pero no cruel; mi conducta había sido imprudente, pero mi corazón no era malvado. ¡Juzgad, pues, lo que yo sentía al tener que ser constante testigo de los crímenes más horrendos y abominables! ¡Juzgad cuánto debo de haber sufrido al verme unida a un hombre que recibía a los invitados fingiendo sinceridad y hospitalidad, al tiempo que maquinaba su destrucción! La desazón y el pesar se adueñaron de mi ser: se marchitaron los pocos encantos con que la naturaleza me había dotado, y la melancolía de mi semblante reflejó los sufrimientos de mi corazón. Mil veces me sentí tentada de poner fin a mi existencia. Pero el recuerdo de mis hijos contuvo mi mano. Me estremecía pensar en dejar a mis queridos niños en poder del tirano, y más que por sus vidas, temía por su virtud. El segundo aún era demasiado pequeño para que le aprove-chasen mis enseñanzas; pero me esforzaba incansablemente en inculcar en el corazón del mayor aquellos principios que le capacitasen para evitar los crímenes de sus padres. Me escuchaba con docilidad, o más bien con avidez. Aun con sus escasos años, mostraba que no estaba hecho para vivir en una sociedad de villanos; y el único consuelo que yo tenía en medio de mis desdichas, era ver las virtudes que empezaban a apuntar en mi Theodore.

»Tal era mi situación, cuando el pérfido postillón de don Alfonso condujo a éste a la cabaña. Su juventud, aspecto y modales hicieron interesarme enormemente en su favor. La ausencia de los hijos de mi marido me proporcionó la ocasión que yo tanto

Librodot

había deseado, y decidí arriesgarlo todo para proteger al extranjero. La vigilancia de Baptiste me impedía prevenir a don Alfonso del peligro que corría: sabía que si yo les delataba me matarían inmediatamente; y a pesar de lo amargada que estaba mi existencia por las calamidades, me faltaba valor para sacrificarla protegiendo a otra persona. Mi única esperanza estaba en pedir socorro de Estrasburgo. Así que decidí intentarlo; y si se me presentaba una ocasión de advertir a don Alfonso sin que me viesen, estaba dispuesta a aprovecharla con presteza. Subí por orden de Baptiste a arreglarle la cama al extranjero. Le puse las sábanas sobre las que habían matado a un viajero la noche anterior, que aún estaban manchadas de sangre. Confiaba en que no escaparían estas señales a la observación de nuestro invitado, y que de ellas inferiría las intenciones de mi pérfido esposo. Pero no fue éste el único paso que di para preservar al extranjero. Theodore estaba en la cama enfermo. Me deslicé en su habitación sin que me viera mi tirano, le conté mi plan, y me apoyó con interés. Se levantó a pesar de su fiebre y se vistió a toda velocidad. Le até una sábana por debajo de los brazos y lo bajé por la ventana. Corrió al establo, cogió el caballo de Claude y se dirigió a Estrasburgo a todo galope. Si le abordaban los bandidos, debía declarar que llevaba un mensaje a Baptiste; pero afortunadamente llegó a la ciudad sin ningún obstáculo. Tan pronto como llegó, pidió ayuda a la magistratura. Su historia corrió de boca en boca, y finalmente llegó a oídos del señor barón. Inquieto por la seguridad de su dama, la cual sabía que pasaría por ese camino esa misma tarde, pensó que podía haber caído en poder de los ladro-nes; así que acompañó a Theodore, quien guió a los soldados a la cabaña, y llegó a tiempo de evitar que cayésemos una vez más en manos de nuestros enemigos.

Aquí interrumpí a Marguerite para preguntarle por qué me habían dado la poción somnífera. Dijo que Baptiste creía que yo iba armado, y quería impedir que opusiera re-sistencia: era una precaución que tomaba siempre, dado que, como los viajeros no tenían esperanzas de escapar, la desesperación podía incitarles a vender caras sus vidas.

A continuación, el barón quiso saber cuáles eran ahora los planes de Marguerite. Me uní a él, declarando que estaba dispuesto a mostrarle mi gratitud por haberme salvado la vida.

-Hastiada de un mundo -respondió- en el que no he encontrado más que desventuras, mi único deseo es retirarme a un convento. Pero primero debo proveer para mis hijos. He sabido que mi madre ha muerto, quizá prematuramente, ¡por mi huida de casa! Mi padre vive aún. No es hombre inflexible. Tal vez, caballeros, a pesar de mi ingratitud e imprudencia, vuestras intercesiones puedan inducirle a perdonarme y tomar a su cargo a sus dos desventurados nietos. ¡Si me conseguís esa diligencia, me habréis devuelto centuplicados mis servicios!

El barón y yo aseguramos a Marguerite que no ahorraríamos esfuerzos para obtener su perdón; y que aun cuando su padre se mostrase inflexible, no tenía por qué angustiarse por el destino de los niños. Yo mismo me comprometí a encargarme de Theodore, y el barón prometió tomar bajo su protección al más joven. La reconocida madre nos dio las gracias con lágrimas en los ojos por lo que ella llamó generosidad, pero que en realidad no era sino un justo sentido de nuestro agradecimiento. Salió entonces de la estancia para meter en la cama a su pequeño, al que el cansancio y el sueño habían vencido completamente.

La baronesa, al recobrarse y ser informada de los peligros de los que yo la había rescatado, se deshizo en expresiones de gratitud. Y su esposo se le unió tan

afectuosa-mente, insistiéndome en que les acompañase a su castillo de Baviera, que me fue imposible rehusar. Durante la semana que pasamos en Estrasburgo no quedaron olvidados los intereses de Marguerite. Nuestra entrevista con su padre fue tan fructífera como podíamos desear. El buen anciano había perdido a su esposa: no tenía más descendencia que esta desventurada hija, de quien no había tenido noti-cias durante casi catorce años. Estaba rodeado de parientes lejanos, quienes aguardaban con impaciencia a que se muriese para entrar en posesión de su dinero. De modo que cuando Marguerite reapareció tan inesperadamente, la acogió como un don del cielo. La recibió a ella y a sus hijos con los brazos abiertos, e insistió en que fuesen a instalarse en su casa sin demora. Los decepcionados primos se vieron obligados a cederle el sitio. El anciano no quiso saber nada de los planes de su hija sobre retirarse a un convento. Dijo que le era demasiado necesaria para su felicidad, y la convenció fácilmente para que renunciase a su proyecto. Pero ninguna razón pudo persuadir a Theodore de que desistiese del plan que al principio había trazado yo para él. Me cobró el más sincero afecto durante mi estancia en Estrasburgo, y cuando estaba a punto de marcharme, me suplicó con lágrimas en los ojos que le tomase a mi servicio: Describió todas sus pequeñas habilidades con los colores más favorables, y trató de convencerme de que en él encontraría una ayuda inmensa, a la hora de ponernos en ca-mino. Yo no tenía ganas de cargar con un chico que apenas había cumplido los trece años, sabiendo que sólo sería una responsabilidad para mí. Sin embargo, no pude resistirme a las súplicas de este afectuoso joven, que de hecho poseía mil cualidades estimables. Con alguna dificultad, convencí a sus familiares para que le permitiesen acompañarme, y una vez conseguido tal permiso, le di el título de paje. Después de pasar una semana en Estrasburgo, Theodore y yo salimos para Baviera en compañía del barón y su esposa. Estos y yo habíamos obligado a Marguerite a aceptar varios regalos de valor, para ella y para su hijo más joven. Al marcharnos, prometí firmemente a la madre que le devolvería a Theodore en el término de un año.

Os he relatado esta aventura con detalle, Lorenzo, para que comprendáis por qué medio «se introdujo el aventurero Alfonso de Alvarada en el castillo de Lindenberg». ¡Juzgad por esta muestra el crédito que merecen las afirmacio-nes de vuestra tía!

Librodot